

De la serie *Chocolate caliente para el alma*
que lleva más de 50.000.000 de ejemplares vendidos
en el mundo, en más de 30 idiomas.

Chocolate caliente *para el Alma* DE LA PAREJA



Historias para atesorar y compartir

JACK CANFIELD,
MARK VICTOR HANSEN,
MARK Y CHRISSY DONNELLY
Y BARBARA DE ANGELIS

ATLANTIDA

COMENTARIOS SOBRE
*Chocolate caliente
para el alma de la pareja*

"El mundo necesita más amor, y *Chocolate caliente para el alma de la pareja* nos brinda una hermosa visión de la diferencia que puede aportar el amor a nuestras vidas."

—Deepak Chopra, Dr. en Medicina

"¡El amor de este libro les hará cantar el corazón! Lo recomiendo enfáticamente."

—Susan Jeffers,
autora de AUNQUE TENGA MIEDO, HÁGALO IGUAL

"Toda pareja se debe a sí misma la lectura de *Chocolate caliente para el alma de la pareja*. Ustedes se inspirarán, se entretendrán, aprenderán a entender mejor a su compañero, y acabarán más enamorados que antes!"

—Marie Osmond
conductora televisiva de DONNY Y MARIE



"*Chocolate caliente para el alma de la pareja* es la más conmovedora antología de historias del amor, el romance y las relaciones, escritas en muchas décadas. Elevará los espíritus de lectores de todas las edades. Si ustedes ya están enamorados, o todavía tienen que encontrar a alguien especial, serán transportados a nuevas alturas por las cálidas y sensibles experiencias románticas compartidas en estas páginas."

—Terry M. Walker
AMERICAN BRIDE MAGAZINE

"No se olviden de llevar un ejemplar de *Chocolate caliente para el alma de la pareja* para leer en la luna de miel o en una fuga romántica. Esta maravillosa colección de historias representa una gran lectura para recién casados o para cualquier pareja enamorada."

—Adam Sadow
HONEYMOON MAGAZINE

Chocolate
caliente
para el Alma
DE LA PAREJA



TÍTULOS DE LOS AUTORES PUBLICADOS
POR EDITORIAL ATLANTIDA

Chocolate caliente para el alma

•

Otra taza de chocolate caliente para el alma

•

Más chocolate caliente para el alma

•

La última taza de chocolate caliente para el alma

•

Chocolate caliente para el alma que no se rinde

•

Chocolate caliente para el alma de los enamorados

•

Chocolate caliente para el alma en la Edad de Oro

•

Chocolate caliente para el alma de las novias

•

Chocolate caliente para el alma de la pareja

•

Chocolate caliente para el alma de los padres

•

Chocolate caliente para el alma de la mujer que trabaja

•

Chocolate caliente para el alma de la futura mamá

•

Chocolate caliente para el alma de las madres

•

Chocolate caliente para el alma de los hijos adoptivos

•

Chocolate caliente para el alma de los maestros

•

Chocolate caliente para el alma. Historias de amor

•

Chocolate caliente para el alma solidaria

•

Chocolate caliente para el alma de los emprendedores

•

Chocolate caliente para el alma en la menopausia

•

Chocolate caliente para niños con necesidades especiales

•

JACK CANFIELD, MARK VICTOR HANSEN
MARK Y CHRISSY DONNELLY Y BARBARA DE ANGELIS

Chocolate
caliente
para el Alma
DE LA PAREJA

Traducción:
ELEONOR GORGA

EDITORIAL ATLANTIDA



Chocolate caliente para el alma de la pareja / Jack
Canfield...[et.al.],. - 6a ed.-

Buenos Aires : Atlántida, 2010.

312 p. ; 13x20 cm.

Traducido por: Eleonor Gorga

ISBN 978-950-08-2312-8

1. Relaciones Interpersonales. I. Eleonor Gorga, trad.
CDD 158.2

Fecha de catalogación: 04/08/2010

Dirección de Internet / E-mail:

www.atlantidalibros.com.ar

atlantidalibros@atlantida.com.ar

Producción industrial: Leandro Savoia

Título original: CHICKEN SOUP FOR THE COUPLE'S SOUL.

Copyright © 1998 by Jack Canfield, Mark Victor Hansen, Barbara De
Angelis, Mark Donnelly and Chrissy Donnelly.

Copyright © Editorial Atlántida S.A., 2000.

Derechos reservados para todos los países de habla hispana de
América del Sur.

Publicado de acuerdo con HEALTH COMMUNICATIONS INC.,
Deerfield Beach, Florida, USA.

Sexta edición publicada por EDITORIAL ATLANTIDA S.A.,
Azopardo 579, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Esta edición se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010
en los talleres gráficos de Latingráfica S.R.L., Buenos Aires, Argentina.

I.S.B.N.: 978-950-08-2312-8

*“Cada uno de nosotros es un ángel con una sola ala.
Y podemos volar sólo si nos abrazamos el uno al otro.”*

Luciano de Crescenzo

*Desde nuestro corazón al de nuestros lectores,
dedicamos este libro a todo aquel
que alguna vez estuvo enamorado, o
espera volver a enamorarse.*

Índice

Agradecimientos	15
Introducción	21

1. AMOR E INTIMIDAD

Pensando en ti <i>Alicia von Stamwitz</i>	27
Alguien que me cuide <i>Sharon Wadja</i>	33
Hambre de tu amor <i>Herman y Roma</i> <i>Rosenblat, tal como le fue contado</i> <i>a Barbara De Angelis</i>	37
Ava <i>Laura Jeanne Allen</i>	43
Una historia de amor irlandesa <i>George Target</i>	46
¿Malva intenso o borravino apagado? <i>T. Suzanne Eller</i>	53
Una tierna caricia <i>Daphna Renan</i>	57
¿Qué significa ser un amante? <i>Barbara De Angelis</i>	60

2. AL ENCUENTRO DEL AMOR VERDADERO

Una prueba de fe <i>Bryan Smith</i>	65
Mercadería dañada <i>Joanna Slan</i>	75
La profecía de la galleta de la suerte <i>Don Buehner</i>	78
Fuerza de voluntad <i>Barbara De Angelis</i>	84
Nudista por amor <i>Carole Bellacera</i>	86
Limonada y una historia de amor <i>Justin R. Haskin</i>	89
Una segunda oportunidad <i>Diana Chapman</i>	94

3. SOBRE EL COMPROMISO

Cincuenta maneras de amar a su pareja	
<i>Mark y Chrissy Donnelly</i>	105
Salvando la vida de mi esposo <i>Lorraine Lengkeek,</i>	
<i>tal como le fue contado a Deborah Morris</i>	108
Sólo marque el 911 <i>Cynthia C. Muchnick</i>	117
¿Cómo te amo? <i>Lilian Kew</i>	120
Hasta que la muerte nos separe <i>Barbara De Angelis</i>	124
Buenos augurios <i>Katharine Byrne</i>	126
Amor sin palabras <i>Margie Parker</i>	132
Inseparables <i>Susan Ager</i>	134

4. ENTENDERSE EL UNO AL OTRO

La tarjeta para anotar tantos <i>Marguerite Murer</i>	139
Conectándose <i>Thom Hunter</i>	143
Roles invertidos <i>The Best of Bits and Pieces</i>	146
Una situación tirante <i>Barbara D. Starkey</i>	148
La mujer más rica del mundo <i>Barbara De Angelis</i>	152
La guerra de las mayonesas <i>Nick Harrison</i>	156
Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer	
<i>The Best of Bits and Pieces</i>	159

5. SALVANDO OBSTÁCULOS

Donde el amor toca tierra <i>Diana Chapman</i>	163
El regalo de amor de Derian <i>Patsy Keech</i>	169
Tallado en su corazón <i>Elizabeth Songster</i>	174
Zapatillas nuevas <i>Kim Lonette Trabucco</i>	177
Ámame tiernamente <i>Jacklyn Lee Lindstrom</i>	182
¿Existe en verdad un Príncipe Azul? <i>Diana Chapman</i>	188

6. SOBRE LA FAMILIA

Una leyenda de amor <i>LeAnn Thieman</i>	197
Pertenencia <i>Bob Welch</i>	202
Alguien a quien tener <i>Maxine M. Davis</i>	208
Sacando fotos <i>Ken Grote</i>	211

El guiño <i>Karen Culver</i>	216
Las botitas rojas <i>Jeannie S. Williams</i>	220
Un vínculo inquebrantable <i>Jann Mitchell</i>	223

7. LA LLAMA QUE TODAVÍA ARDE

Los miércoles <i>David A. Manzi</i>	231
Por siempre joven <i>Shari Cohen</i>	234
Todavía te amo <i>Geoffrey Douglas</i>	237
Sólo un martes <i>Dorothy Walker</i>	240
Nena, tú eres... <i>David L. Weatherford</i>	243
En nuestro vigésimo aniversario de casados <i>Maggie Bedrosian</i> .	245
Sonríe a quien amas <i>Eileen Egan</i>	248

8. AMOR ETERNO

Arroz con leche <i>Roxanne Willems Snopek</i>	251
Una señal de su amor <i>Patricia Forbes</i>	256
La espera <i>Ann W. Compton</i>	259
Amor después del divorcio <i>Bonnie Furman</i>	265
El baile <i>Thelda Bevens</i>	269
El último pedido de Sarah <i>Ray L. Lundy</i>	272
Un beso más de Rose <i>Laura Lagana</i>	277
La vida sin Michael <i>Cindy Landon con Kathryn Casey</i>	281
Un último adiós <i>Karen Corken Babb</i>	288
 Sobre los autores	 293
Colaboradores	297
Autorizaciones	307

Agradecimientos

Más de tres años nos llevó escribir, compilar y editar *Chocolate caliente para el alma de la pareja*. A veces fue una maratón, a veces, una carrera de velocidad. En todo momento, un trabajo de amor y alegría. Fue un proceso de establecimiento de fuertes vínculos, y de beneficio inesperado a partir de amistades ya existentes. Pero, más que nada, fue un proyecto que no habríamos podido completar sin la afectuosa asistencia de mucha gente. Querríamos agradecer a las siguientes personas:

Kim Kirberger, cuya experta habilidad para la formación de parejas nos ayudó a conducir este proyecto a través de una fase crucial. Fuiste nuestro ángel, Kim y siempre te estaremos agradecidos por tu amistad y tu amor.

Patty Hansen, que nos ayudó a centrarnos y nos recordó de qué se trata *Chocolate caliente*. A Elisabeth y Melanie les damos las gracias por su afecto y su aceptación.

Georgia Noble, por abrir su casa y brindarnos tanto apoyo cálido y afectuoso.

Christopher Canfield, gracias por compartir a tu papá con nosotros.

Bob Proctor, por proveer el fértil entorno creativo que nos ayudó a perfeccionar la idea original. Sin ti,

¡esto habría sido una historia distinta (literalmente)!

John Assaraf, por ser el tronco del árbol del éxito que nos llevó a todas las otras ramas.

Phyllis y Don Garsham, por ser siempre una fuente de amor incondicional, inspiración y firme apoyo.

Bob y Jan Donnelly, por responder de inmediato cada vez que los necesitamos, y por ser fantásticos padres y buenos amigos.

Jeanne Neale, por ser una mamá con mayúscula y una muy necesitada fuente de armonía. ¡Eres la mejor!

Hilda Markstaller, por ser la fuente de sabiduría que eres.

Mac Markstaller, por tu incansable apoyo en la investigación de historias, por tu sólido optimismo, y tu inamovible convicción de que los sueños pueden convertirse en realidad, y se convierten.

Alison Betts, por tener tantos recursos y ser incansable para unir el manuscrito con las autorizaciones, y por ser nuestro nexo de comunicación a lo largo del proyecto.

Patty Aubery, tu apoyo y tu amistad han sido fuente de fuerza e inspiración para llevar a buen puerto este proyecto. Tú eres la que hace de todo, ¡y la receta de *Chocolate caliente* es asombrosa porque tú también lo eres! Jeff Aubery, J.T. y Chandler, ¡gracias por su amistad y su apoyo!

Nancy Mitchell, gracias por tu estímulo y tus indicaciones del principio al fin. Gracias por conducirnos a través de las desconocidas aguas del proceso de las autorizaciones.

Heather McNamara, por tu experta guía desde el manuscrito hasta el libro terminado. Gracias por

acercarte a nosotros, bajo una increíble presión. ¡Eres la mejor!

Leslie Forbes, por intervenir cada vez que necesitábamos ayuda, y por todo tu duro trabajo cuando las autorizaciones debían estar para ayer.

Veronica Romero, Teresa Esparza y Robin Yerian, por realizar una labor tan profesional al dirigir los Seminarios de Autoestima.

Ro Miller, por ser el último jugador del equipo. ¡¿Quién cuida a Chandler cuando Patty se va de la habitación?!

Lisa Williams y Laurie Hartman, de la oficina de Mark Victor Hansen, por brindar tanto apoyo al proyecto y guiarnos a través del laberinto.

A todos los integrantes de Health Communications, nuestro editor, por facilitar tanto nuestro trabajo con ellos, y poner tanto entusiasmo en el proyecto. Peter Vegso, Tom Sand y Terry Burke, por reunir y dirigir a un equipo tan maravilloso.

Christine Belleris, Matthew Diener, Lisa Drucker y Allison Janse, por su experto trabajo al editar el libro. Larissa Hise, por tu ayuda con el creativo y original diseño de la tapa.

Diana Chapman, tu incansable apoyo y tu fe desde el primer día han sido invalorable. Tu amistad y tu agudo ingenio nos han mantenido en el camino correcto y nos han respaldado a lo largo de los inevitables períodos de soledad. Gracias.

Matt Eggers, Marty Rauch, Chris McDevitt, Amy y Neal Fanelli, James y Sherry Sandford, Lillian y Frank Kew, y DeJais Collet, que fueron verdaderos creyentes desde el primer momento. Su corazón es tan grande y tan abierto a los demás que sus buenas

También queremos agradecer a los cientos y cientos de personas que aportaron sus historias, cartas, poemas y citas para una posible inclusión en *Chocolate caliente para el alma de la pareja*. Aunque resultó imposible utilizar todo lo que enviaron, nos sentimos profundamente conmovidos de que hayan compartido con nosotros historias tan intensas y emocionantes. Sus sentimientos e intenciones sobre el amor y las relaciones fueron una constante fuente de inspiración para todos nosotros. ¡Gracias!

Dado el alcance y la duración de este proyecto, tal vez hayamos dejado de lado mencionar a personas que nos ayudaron a lo largo del camino. De ser así, por favor acepten nuestras disculpas y sepan que sus contribuciones han sido apreciadas como merecen.

Estamos profundamente agradecidos por las muchas manos afectuosas y sentidas intenciones que se vincularon con este proyecto. ¡Sin ustedes, habría sido imposible llevarlo a cabo! ¡Los queremos a todos!

Introducción

El amor es la fuerza más poderosa y mágica del universo, y donde mejor despliega su belleza y maravilla es en la relación íntima entre dos personas. Hemos escrito *Chocolate caliente para el alma de la pareja* en la esperanza de captar ese misterio y esa maravilla en palabras, palabras que emocionarán profundamente y abrirán su corazón si alguna vez usted ha estado enamorado o espera estarlo. Éste es un libro para esposos y esposas, para amantes y para quienquiera sueñe con encontrar a su verdadera alma gemela.

A veces, el amor entre dos personas dura toda la vida. Otras, está destinado a durar sólo un tiempo; después, los amantes se separan, por elección o por destino. Pero una cosa es cierta: el resultado de una relación no tiene importancia cuando el amor entra en nuestra vida, ya que nunca se aleja sin transformarnos en lo más hondo de nuestro ser.

Cada una de las historias de este libro fueron escritas por alguien a quien el amor transformó. Nosotros mismos lo hemos sido al leerlas, y nuestro deseo es que a usted le ocurra lo mismo. Quizás algunas historias lo ayuden a renovar el lazo de confianza e intimidad en su relación, o a entender mejor a su pareja; otras, quizá, los ayuden a apreciar

las muchas formas con que el amor le ha permitido crecer y llegar a convertirse en un ser humano mejor; y, por último, otras historias le recordarán y confirmarán que, aunque el amor lo desafía y lo bendice en modo particular y único, usted nunca está solo con lo que le sucede.

¿Qué es lo que define nuestras relaciones íntimas? ¿Qué señales debemos buscar para descubrir cómo se está revelando el amor? Las historias que aquí se leerán responden estas preguntas con clarividencia y elocuencia: a veces, el amor se revela en el incomparable nivel de comprensión y amistad que compartimos con nuestra pareja y con nadie más. A veces está en lo que se dice y, otras, en lo que no se dice pero se siente profundamente. A veces está en los obstáculos que debemos enfrentar juntos. A veces está en la manera en que la alegría que experimentamos con nuestra pareja se derrama sobre nuestros hijos y los otros miembros de la familia. Y a veces está donde la relación nos lleva en nuestro interior... en lugares adonde nunca iríamos voluntariamente; pero, por amor, haremos cualquier cosa.

Las relaciones íntimas también son poderosos maestros, como lo ilustran con belleza estas historias. Ellas nos enseñan a ser compasivos, afectuosos e indulgentes. Nos enseñan a ver cuándo debemos aferrarnos con más fuerza, y cuándo debemos soltarnos. Nos dan la oportunidad de desarrollar grandes virtudes como el coraje, la paciencia, la lealtad y la confianza. Cada vez que lo permitamos, nuestras relaciones nos mostrarán todos los recursos que necesitamos para crecer como personas. En esa forma, el amor nunca entrará en nuestra vida sin cambiarnos para mejor.

Hay momentos en que el amor puede ser experimentado como algo muy común, expresado a través de una simple sonrisa de aceptación de la persona amada. Y en otros momentos, el amor parece totalmente sublime, y nos invita a entrar en nuevos mundos de pasión e integridad con el otro como nunca habíamos conocido. Como el amor mismo, las historias de este libro reflejan todas las épocas y todos los estados de ánimo, todos los colores de la emoción: dulces comienzos; desafiante y cada vez más profunda intimidad; momentos de pesar en los que nos vemos obligados a decir adiós a nuestra alma gemela; momentos de asombro en los que redescubrimos un amor que creíamos perdido.

Algunas historias lo harán reír. Algunas lo harán llorar. Pero por encima de todo, las historias de *Chocolate caliente para el alma de la pareja* rinden homenaje a la capacidad del amor para perdurar; más allá de los años, más allá de las dificultades, más allá de la distancia, incluso más allá de la muerte.

No hay milagro más grande que el amor. Es el regalo más precioso que nos ha dado Dios. Nosotros le ofrecemos este libro como un regalo para usted. Ojalá abra su corazón, eleve su mente, inspire su espíritu, y sea una dulce compañía en el viaje de su alma.

Y ojalá que su vida esté siempre bendecida por el amor.

1

AMOR E INTIMIDAD

El amor es una fuerza más formidable que cualquier otra.

Es invisible —no se la puede ver ni medir— y, sin embargo, lo suficientemente poderosa como para transformarnos en un instante, y ofrecernos más alegría que la que podría brindarnos cualquier posesión material.

Barbara De Angelis

Pensando en ti

Vivir en los corazones que dejamos atrás significa no morir.

Thomas Campbell

La cara de Sophie apenas se veía en medio de la gris luz invernal del cuarto de estar. Ella dormitaba en el sillón de brazos que le había comprado Joe para su aniversario número cuarenta. La habitación estaba cálida y silenciosa. Afuera, nevaba un poco.

A la una y cuarto, el cartero dobló la esquina de la calle Allen. Estaba atrasado en su ruta, no por la nieve, sino porque era el día de San Valentín y había más correo que de costumbre. Pasó frente a la casa de Sophie sin levantar la vista. Veinte minutos más tarde, subió de nuevo a su camioneta y partió.

Sophie se movió un poco al oír que el vehículo del correo se alejaba, luego se sacó los anteojos y se pasó por la boca y los ojos el pañuelo que siempre llevaba en la manga. Se levantó, usando el brazo del sillón como apoyo, se enderezó lentamente y alisó la falda de su vestido de entrecasa verde oscuro.

Sus pantuflas hicieron un ruido suave al arrastrar ella los pies sobre el piso desnudo, camino a la cocina. Sophie se detuvo ante la pileta para lavar los

dos platos que había dejado sobre la mesada después del almuerzo. Luego llenó un vaso de plástico con agua hasta la mitad y tomó sus píldoras. Era la una y cuarenta y cinco.

Había una mecedora en la sala, frente a la ventana. Sophie se acomodó allí. En media hora más los chicos comenzarían a pasar en dirección a sus casas, después del colegio. Sophie esperó, hamacándose y contemplando la nieve.

Los varones vinieron primero, como siempre, corriendo y gritando cosas que Sophie no podía oír. Ese día hacían bolas de nieve mientras caminaban y se las arrojaban unos a otros. Una bola de nieve no llegó a su objetivo y chocó con violencia contra la ventana de Sophie. Ella se echó hacia atrás enseguida, y la mecedora se deslizó más allá del borde de la alfombra rústica ovalada.

Las chicas holgazaneaban detrás de los varones, de a dos y de a tres, cubriéndose la boca con sus manos enguantadas mientras emitían risitas nerviosas. Sophie se preguntó si se estarían contando cuántos mensajes de San Valentín habían recibido en la escuela. Una chica muy bonita, de largo pelo castaño, se detuvo y señaló la ventana desde donde Sophie las observaba. Sophie escondió la cara detrás de la cortina, de repente cohibida.

Cuando volvió a mirar hacia afuera, los chicos ya se habían ido. Hacía frío junto a la ventana, pero permaneció allí, observando cómo la nieve cubría las huellas de los colegiales.

La camioneta de un florista desembocó en la calle Allen. Sophie la siguió con los ojos. Se movía lentamente. Dos veces se detuvo y volvió a avanzar.

Luego el conductor estacionó frente a la casa de la señora Mason, su vecina.

“¿Quién le enviará flores a la señora Mason? —se preguntó Sophie—. ¿La hija de Wisconsin? ¿O su hermano? No, su hermano está muy enfermo. Debe de ser su hija. Qué gentil de su parte.”

Las flores hicieron que Sophie pensara en Joe y, por un instante, ella dejó que el doloroso recuerdo la invadiera. Al día siguiente era quince de febrero. Habían pasado ocho meses desde su muerte.

El florista estaba llamando a la puerta de la señora Mason. Llevaba una larga caja roja y verde, y una tablilla para hacer anotaciones. Parecía que no había nadie en casa. ¡Claro! Era viernes, y la señora Mason tejía en la iglesia los viernes por la tarde. El repartidor miró a su alrededor, luego se dirigió a la casa de Sophie.

Ella se levantó de la mecedora con algo de dificultad y se paró junto a la cortina. El hombre golpeó. Las manos de Sophie temblaban cuando se arregló el pelo. Llegó al vestíbulo delantero al tercer golpe.

—¿Sí? —dijo, espiando por la puerta ligeramente entreabierta.

—Buenas tardes, señora —respondió el hombre en voz bien alta—. ¿Aceptaría una entrega en nombre de su vecina?

—Sí —dijo Sophie, mientras abría bien la puerta.

—¿Dónde quiere que las ponga? —preguntó el hombre con cortesía, al entrar en la casa.

—En la cocina, por favor. Sobre la mesa.

El hombre le parecía muy grande a Sophie. Casi no alcanzaba a verle la cara entre la gorra verde y la

espesa barba. Sophie se alegró de que se fuera enseguida, y cerró la puerta detrás de él.

La caja era tan larga como la mesa de la cocina. Sophie se acercó y se inclinó para leer la etiqueta: "CASA NATALIE - Flores para todas las ocasiones". El poderoso perfume de las rosas la envolvió. Cerró los ojos y respiró con más lentitud, imaginando unas rosas amarillas. Joe siempre las había elegido de ese color. "Para mi rayo de sol", decía, al presentarle un ramo fuera de lo común. Reía complacido, la besaba en la frente, luego le apretaba las manos entre las suyas y le cantaba *Eres mi rayo de sol*.

Eran las cinco en punto cuando la señora Mason llamó a la puerta de Sophie. Ella estaba aún junto a la mesa de la cocina. Pero, ahora, la caja con las flores estaba abierta y Sophie sostenía con delicadeza las rosas sobre su falda, balanceándose ligeramente mientras acariciaba los delicados pétalos amarillos. La señora Mason volvió a golpear, pero Sophie no la oyó, y al cabo de unos minutos la vecina se marchó.

Sophie se levantó poco después, dejando las flores sobre la mesa de la cocina. Tenía las mejillas sonrojadas. Arrastró un banco sobre el piso de la cocina y sacó un florero de porcelana blanca del estante más alto de la alacena. Con una copa, llenó el florero de agua, luego, tiernamente, arregló las rosas y las hojas y llevó todo al cuarto de estar.

Sonreía al llegar al centro de la habitación. Dio una media vuelta y comenzó a inclinarse y girar en pequeños círculos lentos. Con pasos livianos, llenos de gracia, recorrió el cuarto de estar, fue a la cocina, al vestíbulo, y volvió. Bailó hasta que se le aflojaron

las rodillas, entonces se dejó caer en el sillón de brazos y se durmió.

A las seis menos cuarto, Sophie se despertó sobresaltada. Alguien estaba golpeando, esta vez en la puerta trasera. Era la señora Mason.

—Hola, Sophie —dijo su vecina—. ¿Cómo está? Golpeé a las cinco y me preocupé un poco cuando no contestó. ¿Estaba durmiendo una siesta? —Siguió parloteando mientras se limpiaba las botas en el felpudo de la entrada, para luego entrar en la casa. —Odio la nieve, ¿y usted? En la radio dicen que tendremos quince centímetros hacia medianoche, pero uno nunca puede confiar en ellos, ya se sabe. ¿Recuerda el invierno pasado, cuando pronosticaron doce centímetros y tuvimos treinta? ¡Treinta! Y dijeron que este año el invierno sería suave. ¡Ja! Hace semanas que la temperatura no sube a más de cero. ¿Sabe que el mes pasado mi cuenta de combustible fue de 263 dólares? ¡Por mi casita!

Sophie la escuchaba a medias. De repente había recordado las rosas y se estaba poniendo roja de vergüenza. La caja de flores vacía estaba detrás de ella, sobre la mesa de la cocina. ¿Qué le diría a la señora Mason?

—No sé cuánto tiempo más voy a poder seguir pagando las facturas. ¡Ojalá mi Alfred, que Dios lo bendiga, hubiera sido tan cuidadoso con el dinero como su Joseph! ¡Joseph! ¡Oh, caramba! Casi me olvido de las rosas.

Las mejillas de Sophie ardían. Empezó a tartamudear una disculpa, haciéndose a un lado para que se viera la caja vacía.

—Ah, qué bien —la interrumpió la señora Mason—. Ya puso las flores en agua. Entonces vio la tarjeta. Espero que no la haya sobresaltado ver la letra de Joseph. Él me pidió que le trajera las rosas el primer año, así yo podía explicarle en su nombre. Joseph no quería alarmarla. Su “Fondo para rosas”, creo que lo llamó. Lo arregló todo con el florista el pasado mes de abril. Un hombre tan bueno, su Joseph...

Pero Sophie había dejado de escuchar. Su corazón latía a toda velocidad cuando ella tomó el pequeño sobre blanco en el que antes no había reparado. Había estado junto a la caja de flores todo el tiempo. Con manos temblorosas, sacó la tarjeta.

“Para mi rayo de sol —decía—. Te quiero con todo mi corazón. Trata de estar contenta cuando pienses en mí. Con todo mi amor, Joe.”

Alicia von Stamwitz

Alguien que me cuide

Los pasajeros del ómnibus la observaron compasivamente cuando la atractiva joven del bastón blanco subió con cuidado los escalones. Le pagó al conductor y, usando las manos para percibir la ubicación de los asientos, caminó por el pasillo y encontró el asiento que, según él le había dicho, estaba vacío. Luego se acomodó, colocó su maletín sobre las rodillas y apoyó el bastón contra su pierna.

Hacía un año que Susan, de treinta y cuatro, se había quedado ciega. Debido a un diagnóstico equivocado, había perdido la vista, y de repente se había sentido arrojada a un mundo de oscuridad, rabia, frustración y autoconmiseración. Dado que antes había sido una mujer orgullosamente independiente, ahora Susan se sentía condenada, por esta terrible vuelta del destino, a ser una carga impotente y desvalida para todos los que la rodeaban. “¿Cómo pudo pasarme esto?”, se quejaba, con el corazón lleno de cólera. Pero a pesar de cuanto llorase o despotricase o rezara, ella sabía cuál era la dolorosa verdad: nunca más volvería a ver.

Una nube de depresión se cernía sobre el espíritu de Susan, antes tan optimista. El solo hecho de vivir

cada día era un ejercicio de frustración y cansancio. Y sólo podía aferrarse a su esposo, Mark.

Mark era un oficial de la Fuerza Aérea, y amaba a Susan con todo su corazón. Al perder ella la vista, notó cómo se hundía en la desesperación y decidió ayudarla a reunir las fuerzas y la confianza necesarias para volver a ser independiente. La experiencia militar de Mark lo había entrenado muy bien para manejar situaciones delicadas, pero él sabía que aquélla era la batalla más difícil que iba a enfrentar.

Finalmente, Susan se sintió preparada para volver a su trabajo, ¿pero cómo llegaría hasta allí? Acostumbraba tomar el ómnibus, pero ahora estaba demasiado asustada como para ir por la ciudad por sí sola. Mark se ofreció a llevarla en el auto todos los días, aun cuando trabajaban en extremos opuestos de la ciudad. Al principio, esto reconfortó a Susan y cubrió la necesidad de Mark de proteger a su esposa ciega, que se sentía tan insegura para realizar la acción más insignificante. Sin embargo, Mark pronto se dio cuenta de que ese arreglo no funcionaba... Era problemático y costoso. "Susan tendrá que empezar a tomar el ómnibus de nuevo", admitió ante sí mismo. Pero sólo pensar en mencionárselo lo hacía estremecer. Ella todavía estaba tan frágil, tan llena de rabia. ¿Cómo reaccionaría?

Tal como Mark había previsto, Susan se horrorizó ante la idea de volver a tomar el ómnibus.

—¡Estoy ciega! —explicó con amargura—. ¿Cómo se supone que voy a saber adónde me dirijo? Siento que me estás abandonando.

A Mark se le rompió el corazón al oír esas palabras, pero él sabía lo que debía hacerse. Le prometió a Susan que, por la mañana y por la noche

la acompañaría en el ómnibus todo el tiempo que fuera necesario hasta que ella se sintiera segura.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Durante dos semanas enteras, Mark, con uniforme militar y todo, acompañó a Susan en el viaje de ida y vuelta al trabajo. Le enseñó cómo apoyarse en sus otros sentidos, en especial el oído, para determinar dónde se encontraba y cómo adaptarse a su nuevo entorno. La ayudó a trabar amistad con los conductores, quienes se ocuparían de ella y le guardarían un asiento. La hizo reír, incluso en aquellos días no tan buenos en que tropezaba al bajar del ómnibus, o tiraba su maletín lleno de papeles en el pasillo.

Todas las mañanas hacían el recorrido juntos, y Mark tomaba un taxi para volver a su oficina. Aunque esta rutina resultaba más cara y cansadora que la anterior, Mark sabía que sólo era cuestión de esperar un tiempo más antes de que Susan estuviera capacitada para viajar en ómnibus por su cuenta. Creía en ella, en la Susan que él había conocido antes de que perdiera la vista, la que no le temía a ningún desafío y jamás se rendía.

Por fin, Susan decidió que estaba lista para hacer el intento de viajar sola. Llegó la mañana del lunes y, antes de irse, ella abrazó a Mark, su compañero de viajes en ómnibus, su esposo, y su mejor amigo. Tenía los ojos llenos de lágrimas de gratitud por su lealtad, su paciencia, su amor. Se despidieron y, por primera vez, cada uno tomó un camino distinto.

Lunes, martes, miércoles, jueves... Todos los días le fue muy bien, y Susan jamás se sintió mejor. ¡Lo estaba haciendo! Estaba yendo a trabajar por su cuenta.

El viernes por la mañana, Susan tomó el ómnibus como de costumbre. Al pagar el boleto, el conductor le dijo:

—Caramba, de veras la envidio.

Susan no supo si le estaba hablando a ella o no. Después de todo, ¿quién iba a envidiar a una ciega que había luchado para encontrar el coraje de vivir durante el año anterior? Intrigada preguntó al conductor:

—¿Por qué dice que me envidia?

El hombre respondió:

—Debe hacer sentirse muy bien que a uno lo cuiden y protejan como lo hacen con usted.

Susan no entendió en absoluto esas palabras, y volvió a preguntar:

—¿Qué quiere decir?

El conductor respondió:

—¿Sabe? Todas las mañanas, durante la semana pasada, un caballero de muy buen aspecto, con uniforme militar, ha estado parado en la esquina de enfrente, observándola mientras usted baja del ómnibus. Se asegura de que cruce bien la calle y la vigila hasta que entra en su edificio de oficinas. Luego le tira un beso, le hace un pequeño gesto de saludo, y se va. Usted es una mujer afortunada.

Lágrimas de felicidad rodaron por las mejillas de Susan. Porque aunque ella no podía verlo físicamente, siempre había sentido la presencia de Mark. Era afortunada, muy afortunada, pues él le había hecho un regalo más poderoso que la vista, un regalo que ella no necesitaba ver para creer en su existencia... El regalo del amor que puede llevar luz adonde ha habido oscuridad.

Sharon Wadja

Hambre de tu amor

Hace frío, mucho frío en este oscuro día de invierno de 1942. Pero no es un día distinto de cualquier otro en este campo de concentración nazi. Permanezco de pie, temblando, envuelto en mis harapos rotos, todavía sin creer que esta pesadilla esté ocurriendo. Soy sólo un muchachito. Tendría que estar jugando con mis amigos; tendría que estar yendo a la escuela; tendría que estar esperando ansiosamente un futuro en el cual crecer, casarme y tener una familia propia. Pero esos sueños son para los vivos, y yo ya no soy uno de ellos. En lugar de eso estoy casi muerto, sobreviviendo día a día, hora a hora, desde que me sacaron de mi casa y me trajeron aquí con miles de otros judíos. ¿Estaré vivo mañana? ¿Me llevarán a la cámara de gas esta noche?

Una y otra vez recorro el camino junto al alambrado de púas, tratando de mantener en calor mi cuerpo enflaquecido. Estoy hambriento, pero he estado hambriento durante más tiempo del que quisiera recordar. Siempre estoy hambriento. Cualquier cosa comestible parece un sueño. Todos los días, a medida que más y más de los nuestros desaparecen, el feliz pasado parece sólo un sueño y me hundo cada vez más hondo en la desesperación.

De improvviso, descubro a una niña que camina del otro lado del alambrado. Se detiene y me mira con ojos tristes, ojos que parecen decir que ella entiende, que ella tampoco puede imaginar por qué estoy aquí. Quiero desviar la mirada, extrañamente avergonzado de que esa desconocida me vea así, pero no puedo apartar mis ojos de ella.

Entonces, ella busca algo en su bolsillo y saca una manzana roja. Una hermosa y brillante manzana roja. ¡Oh, cuánto tiempo ha pasado desde que vi una! Mira con cautela hacia la izquierda y hacia la derecha y luego, con una sonrisa de triunfo, rápidamente arroja la manzana por encima del alambrado. Corro para recogerla, la sostengo entre mis trémulos dedos helados. En mi mundo de muerte, esta manzana es una expresión de vida, de amor. Levanto los ojos justo a tiempo para ver que la niña desaparece a lo lejos.

Al día siguiente, no puedo evitarlo... Me siento arrastrado a la misma hora hacia aquel lugar cercano al alambrado. ¿Acaso estoy loco porque tengo la esperanza de que ella volverá? Por supuesto. Pero aquí, me aferro a cualquier pequeña brizna de esperanza. Ella me ha dado esperanza, y yo debo aferrarme con fuerza a eso.

Y otra vez, ella viene. Y otra vez, me trae una manzana, la tira por encima del alambrado con la misma dulce sonrisa.

Esta vez la recojo y la levanto en el aire para que la vea. Sus ojos centellean. ¿Me tiene lástima? Quizá. Pero no me importa. Soy feliz por el solo hecho de mirarla. Y por primera vez en tanto tiempo, siento el corazón conmovido por la emoción.

Durante siete meses nos encontramos en esa forma. A veces intercambiamos algunas palabras. A veces, sólo una manzana. Pero ella, ese ángel del cielo, no se limita a alimentar mi vientre. Está alimentando mi alma. Y, de alguna manera, sé que yo también estoy alimentando la suya.

Un día me entero de una novedad alarmante: nos van a trasladar a otro campo. Eso podría ser el fin para mí. Y significa claramente el fin para mí y mi amiga.

Al día siguiente, al saludarla, mi corazón está roto y a duras penas puedo hablar cuando digo lo que debe ser dicho.

—No me traigas una manzana mañana —le advierto—. Me mandan a otro campo. Nunca volveremos a vernos.

Me doy vuelta antes de perder el control, me alejo corriendo del alambrado. No soporto mirar hacia atrás. Si lo hiciera, sé que ella me vería allí parado, con lágrimas corriendo por mis mejillas.

Los meses pasan y la pesadilla continúa. Pero el recuerdo de esta niña me sostiene a través del terror, el sufrimiento, la desesperanza. Una y otra vez veo en mi mente su cara, sus ojos bondadosos, oigo sus palabras gentiles, saboreo aquellas manzanas.

Y entonces, un día, de repente la pesadilla se acaba. La guerra ha terminado. Aquellos de nosotros que todavía estamos vivos recibimos alimento. Perdí todo lo que me erapreciado, incluyendo a mi familia. Pero todavía tengo el recuerdo de esta niña, un recuerdo que llevo en mi corazón y que me impulsa a avanzar cuando me traslado a los Estados Unidos para comenzar una nueva vida.

Los años pasan. Estamos en 1957. Estoy viviendo en la ciudad de Nueva York. Un amigo me convence de que debo asistir a una cita a ciegas con una amiga suya. De mala gana, acepto. Pero ella es agradable, su nombre es Roma. Y, como yo, es una inmigrante, de modo que al menos tenemos eso en común.

—¿Dónde estuviste durante la guerra? —me pregunta Roma gentilmente, con esa actitud delicada de los inmigrantes cuando intercambian preguntas acerca de aquellos años.

—Estuve en un campo de concentración, en Alemania —contesto.

Una expresión de lejanía aparece en los ojos de Roma, como si ella estuviera recordando algo doloroso pero dulce.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Estoy pensando en algo de mi pasado, Herman —explica Roma con una voz que de pronto se ha vuelto muy suave—. Mira, cuando era una niña, vivía cerca de un campo de concentración. Allí había un muchacho, un prisionero, y durante mucho tiempo, no dejé de visitarlo todos los días. Recuerdo que acostumbraba llevarle manzanas. Tiraba una manzana por encima del alambrado, y él se ponía tan contento...

Roma suspira hondo y sigue hablando.

—Es difícil describir lo que sentíamos el uno por el otro... Después de todo, éramos chicos, y sólo cambiábamos unas pocas palabras cuando podíamos. Pero puedo decirte que allí había mucho amor. Supongo que lo mataron, como hicieron con tantos otros. No soporto pensar en eso, de modo que trato de recordarlo como era en aquellos meses que tuvimos juntos.

Mientras mi corazón late con tanta fuerza que pienso que va a estallar, miro a Roma a los ojos y le pregunto:

—¿Y ese muchacho un día te dijo: “No me traigas una manzana mañana. Me mandan a otro campo”?

—Bueno, sí —responde Roma, con voz temblorosa—. Pero Herman, ¿cómo puedes saberlo?

Tomo sus manos entre las mías y contesto:

—Porque yo era ese muchacho, Roma.

Durante un largo instante, sólo hay silencio. No podemos apartar los ojos el uno del otro, y a medida que los velos del tiempo se corren, reconocemos el alma detrás de los ojos, el amigopreciado que una vez quisimos tanto, a quien jamás hemos dejado de recordar.

Por fin, yo hablo:

—Mira, Roma, una vez me separaron de ti y no quiero que eso vuelva a suceder. Ahora soy libre, y deseo estar junto a ti para siempre. Querida, ¿quieres casarte conmigo?

Veo en sus ojos el mismo centelleo de antes, cuando Roma dice “Sí, me casaré contigo”. Y nos unimos en un abrazo, el abrazo que anhelamos compartir durante tantos meses pero que resultaba imposible debido al alambrado de púas que nos separaba. Ahora, nada lo impedirá de nuevo.

Han pasado casi cuarenta años desde el día en que volví a encontrar a mi Roma. El destino nos unió por primera vez durante la guerra para hacerme ver una promesa de esperanza, y ahora nos había reunido para cumplir aquella promesa.

Día de San Valentín, 1996. Llevo a Roma al programa de Oprah Winfrey para rendirle homenaje

por la televisión nacional. Quiero decirle, frente a millones de personas, lo que siento en mi corazón todos los días: "Querida, me diste de comer en el campo de concentración cuando estaba hambriento. Y todavía tengo hambre, de algo que nunca me resultará suficiente: *tengo hambre de tu amor*".

*Herman y Roma Rosenblat
Como le fue contado a Barbara De Angelis*

Ava

Mis abuelos estuvieron casados durante más de medio siglo, y tenían su propio juego especial desde la época en que se conocieron. El objetivo del juego era escribir la palabra "ava" en un lugar sorpresa, para que el otro la encontrase. Se turnaban para dejar "ava" por toda la casa y, tan pronto como uno de ellos la descubría, le tocaba al otro esconderla una vez más.

Con los dedos, dejaban la huella de "ava" en los tarros de azúcar y harina para que la viera el que iba a preparar la siguiente comida. La dibujaban en la humedad de las ventanas que daban al patio donde mi abuela siempre nos daba budín casero recién horneado y cubierto de confites azules. "Ava" estaba escrito en el vapor que quedaba en el espejo del cuarto de baño después de una ducha caliente, donde reaparecía ducha tras ducha. En cierta ocasión, mi abuela llegó a desenrollar todo un rollo de papel higiénico para dejar "ava" en el último fragmento.

Los lugares donde podía aparecer sorpresivamente "ava" no terminaban jamás. Pequeñas notas con un "ava" garabateado podían encontrarse en el tablero y en los asientos del auto, o pegadas al volante. Las notas se dejaban dentro de los zapatos y debajo de las almohadas. "Ava" quedaba escrito en el polvo de la

repisa de la chimenea y en las cenizas del hogar. Esa palabra misteriosa estaba integrada a la casa de mis abuelos como los mismos muebles.

Me llevó mucho tiempo apreciar en forma completa el juego de mis abuelos. El escepticismo me ha impedido creer en el amor verdadero... en amor puro y perdurable. Sin embargo, nunca tuve dudas con respecto a la relación de mis abuelos. Su amor era indestructible. Iba mucho más allá de sus juegos y flirteos. Era un vínculo basado en una devoción y un cariño apasionado que no todos tienen la suerte de experimentar.

El abuelo y la abuela mantenían sus manos juntas siempre que les era posible. Se robaban besos al tropezar entre ellos en su pequeña cocina. Cada uno terminaba las frases del otro, y ambos compartían el crucigrama diario y la sopa de letras. Mi abuela me comentaba en voz baja lo apuesto y elegante que se veía mi abuelo a pesar de su edad. Se jactaba de que en verdad "sabía elegirlos". Antes de cada comida, inclinaban la cabeza y daban las gracias, maravillándose de sus muchas bendiciones: una familia estupenda, buena suerte, y tenerse el uno al otro.

Pero en la vida de mis abuelos había una nube oscura: mi abuela tenía cáncer de mama. La enfermedad se había manifestado diez años atrás. Como siempre, el abuelo estuvo con ella en todo momento. La confortaba en su cuarto amarillo, pintado de ese color para que ella siempre estuviera rodeada de sol, aun en los momentos en que se sentía demasiado descompuesta como para salir.

Ahora el cáncer estaba atacando su cuerpo de nuevo. Con la ayuda de un bastón y de la mano firme

de mi abuelo, seguían yendo a la iglesia todas las mañanas. Pero mi abuela se debilitó cada vez más, hasta que, finalmente, no pudo volver a salir de casa. Durante un tiempo, el abuelo asistía a la iglesia solo, y le rogaba a Dios que velara por su esposa. Hasta que, un día, lo que todos temíamos ocurrió. La abuela se fue.

“Ava”. Estaba escrito en amarillo en las cintas rosadas del ramo funerario de mi abuela. A medida que la multitud disminuía y los últimos asistentes al velorio se iban, mis tías, tíos, primos y otros miembros de la familia se adelantaron y se reunieron alrededor de la abuela por última vez. El abuelo se acercó al ataúd y, después de tomar aliento, comenzó a cantarle a su mujer. El arrullo, una canción de cuna ronca y profunda, surgió entre sus lágrimas y su dolor.

Yo estaba conmovida por mi propia pena, pero nunca olvidaré aquel momento. Porque entonces supe que, aunque ni siquiera empezaba a percibir la profundidad de su amor, había tenido el privilegio de presenciar su belleza incomparable.

A-v-a: Aquí Ves Amor.

Gracias, abuela y abuelo, por permitirme ver.

Laura Jeanne Allen

Una historia de amor irlandesa

Aquello que es amado siempre resulta hermoso.

Proverbio noruego

Llamémoslo Ian. Ése no es su nombre real... pero en la Irlanda del Norte de estos días hay que ser cuidadoso en lo que respecta a revelar nombres. Ha habido más de dos mil cuatrocientos asesinatos sectarios desde el reciente estallido de antiguos problemas entre católicos y protestantes. De modo que no tiene sentido arriesgarse.

Además, Ian ya ha soportado suficiente desdicha para sus veinticuatro años.

Provenía de una familia protestante de buena cepa, ese tipo de familia que va a la iglesia dos veces los domingos, tan puntual como un reloj. Su padre, un soldador de los astilleros de Belfast, era un arquetipo del buen juicio. La madre se encargaba de mantener limpia y prolija la casa, horneaba el mejor pan del vecindario, y gobernaba a la familia con la punta aguzada de su lengua. Dos hermanos mayores eran trabajadores desocupados.

Ian cursó la escuela con honores y ahora estaba ganando buen dinero como artesano en una planta de producción. Callado, serio, adicto a las caminatas por

el campo durante los atardeceres verdes y los fines de semana dorados del verano, también sentía una gran preferencia por leer un libro junto al fuego ruidoso durante la larga soledad del invierno. Nunca había demostrado mucho interés por tener novia... aunque, claro, los hombres tienden a casarse tarde en Irlanda.

Dos años antes, en su cumpleaños número veintidós, marchaba hacia su casa después del trabajo cuando un terrorista arrojó una bomba desde un auto que iba a toda velocidad... y dejó a Ian atontado, con la pesadilla de una ceguera repentina.

Lo llevaron enseguida al hospital, lo operaron de inmediato debido a lesiones internas y huesos rotos. Pero sus ojos quedaron destruidos.

Con el tiempo, las otras heridas se curaron, aunque las cicatrices iban a desfigurarle la carne durante el resto de sus días. Pero las cicatrices de su mente, a pesar de ser invisibles, resultaron aún más notorias.

Casi no pronunció palabras, casi no comió ni bebió, casi no durmió. Se limitó a permanecer echado en la cama, cavilando amargamente, sin poder ver. Durante casi cuatro meses.

Había una enfermera que parecía ser capaz de provocar una pequeña chispa de reacción humana en él. Llamémosla Bridget... un buen nombre irlandés. De buena cepa católica, del tipo que va a misa muy temprano, todos los domingos por la mañana.

Su padre, un carpintero, trabajaba la mayor parte del tiempo lejos de casa, en Inglaterra. Era un hombre decente, que amaba a su familia y pasaba con ella los fines de semana siempre que podía permitirse el precio

del pasaje. Y los integrantes de la familia lo amaban como sólo un padre ausente puede ser amado.

La madre se encargaba de mantener la casa limpia pero desordenada, preparaba el mejor guiso del vecindario, y gobernaba a la familia con mano rápida y corazón blando.

Seis hermanos, cuatro hermanas... y la más pequeña era Mary, de once años, la preferida del padre.

Bridget cursó la escuela con todos los honores, estudió para recibirse de enfermera en un famoso hospital de Londres y ahora, a los veintiún años, integraba el personal del hospital más grande de Belfast.

Vivaz, aunque fundamentalmente seria, cantaba con voz suave y gentil, interpretaba a su manera las canciones folclóricas. Nunca había demostrado demasiado interés por tener novio... aunque no por falta de jóvenes dispuestos a conquistarla.

Pero ahora su corazón se conmovía ante Ian, porque en él había algo de niño perdido que le llenaba los ojos de lágrimas. Claro, él no podía ver las lágrimas, y sin embargo ella temía que su voz traicionara sus emociones.

En cierto modo estaba en lo cierto con respecto a su voz, porque fue la cadencia y la risa que había en ella lo que sacó a Ian de las profundidades de la depresión y la autocompasión. Junto con la calidez y la gentileza y la fuerza de sus palabras, la bendita seguridad con que le hablaba del amor de Jesucristo.

Y así, a medida que la larga oscuridad de los días de Ian se transformaba en semanas y meses, él aprendió a escuchar para distinguir sus pasos y volver

hacia ella su cara ciega, que se inclinaba como una flor en busca del sol.

Al finalizar sus cuatro meses en el hospital, a Ian le diagnosticaron una ceguera incurable, pero lo que él ahora reconocía como amor le dio coraje para aceptar su mal. Porque, a pesar de todo lo que tenían en contra —religión, política, la oposición de sus familias—, estaban enamorados y se deslizaban por ese joven y musical paisaje.

Después del alta, comenzaron los extenuantes meses de rehabilitación: cómo lavarse y afeitarse y vestirse sin ayuda, cómo moverse por la casa sin golpearse las piernas contra todas las sillas, cómo caminar por la calle con un bastón blanco, cómo leer Braille, cómo superar la abrumadora piedad que él percibía hasta en el aire que respiraba. Su amor le dio esperanzas para seguir viviendo e intentando.

Claro que no podían pasar mucho tiempo juntos: una velada ocasional, tal vez una tarde cuando las tareas de ella se lo permitían. Pero ellos vivían para esos breves encuentros, y conocieron los comienzos de la paz profunda, de la alegría.

Las familias estaban asombradas. ¿Acaso pensaban casarse? La propia ley de Dios lo prohibía, con toda seguridad.

—¿Qué relación tienen los hijos de la luz con los hijos de la oscuridad? —tronaba el padre de él—. ¡No te casarás con ella mientras yo esté respirando!

—La Iglesia Católica Romana —afirmaba el sacerdote de ella— no alienta los matrimonios mixtos, ¡de modo que será mejor que alejes esa idea de tu mente!

Y así, mediante toda clase de presiones —discu-

siones constantes, amenazas, promesas, y hasta mentiras totales— se los separó. Con el tiempo se pelearon, se dijeron cosas hirientes en medio de su negra desdicha y, una noche, mientras caía la lluvia y sus corazones estaban helados, ella se alejó de él por la calle húmeda.

Ian se encerró en su noche perpetua. Días y semanas de amargura. “A la larga, no te arrepentirás”—le dijeron—. ¡Casarse con una no creyente es llamar a los problemas!”

Ella se encerró en su trabajo, con el corazón demasiado dolorido como para recordar. Semanas y meses de paralizante agonía. “Terminarás agradeciendo al Todopoderoso”, —le aseguraron—. ¡Casarse con un protestante es pedir el infierno en la tierra!”

Los meses se transformaron en un año. Y las bombas siguieron, para dolor de Irlanda.

Entonces, una noche en que Ian estaba solo en su casa, alguien golpeó frenéticamente a la puerta.

—¡Ian, ven enseguida!

Por la voz, histérica, ahogada, llena de lágrimas, él reconoció a la pequeña Mary, la hermana de Bridget.

—¡Una bomba! ¡Ella está atrapada y casi muerta, de veras! Grita tu nombre. ¡Ven, Ian! ¡En nombre de Dios, por favor, ven!

Sin siquiera cerrar la puerta detrás de él, Ian tomó la mano de Mary. Y ella lo condujo, sin dejar de tropezar y llorar a su lado, a través de las calles despiadadas.

La bomba había destruido un pequeño restaurante donde Bridget estaba cenando con otras tres enfermeras. Las demás habían logrado abrirse camino

a través de los escombros. Pero Bridget tenía las piernas atrapadas. Y el fuego se expandía, avanzando hacia ella.

Podían oír sus gritos, pero no conseguían llegar al pozo donde se encontraba. Bomberos, soldados, luces y equipo especial se hallaban en camino.

Ian se acercó a aquel caos.

—¡No puede entrar ahí! —le advirtió el oficial que estaba a cargo.

—Es mi novia —dijo Ian.

—¡No actúe como un loco de atar! —gritó el oficial—. ¡En medio de esa oscuridad, no podrá ni verse las manos frente a la cara!

—¿Qué diferencia hay para un ciego? —preguntó Ian.

Y se volvió hacia el sonido de la voz de Bridget, y se abrió paso a través de aquel infierno negro con toda la habilidad y el instinto de los ciegos, con toda la urgencia del amor.

—¡Ya voy, Bridget! ¡Ya voy!

Y la encontró, y acunó su cabeza entre los brazos ansiosos, y la besó.

—Ian —susurró ella—. Ian...

Y cayó en la inconsciencia, como una niña cansada.

Y con la sangre de ella empapando su ropa, mientras el fuego los rodeaba, Ian la sostuvo hasta que sus salvadores lograron llegar hasta ellos. Lo que no vio, por ser ciego, fue que un lado de su rostro adorable había resultado quemado por el fuego.

Al cabo de un tiempo, de mucho tiempo, ella se recobró. Sin embargo, a pesar de la cirugía estética, su cara siempre quedaría marcada.

—Pero el único hombre que amo nunca la verá —dijo ella—, de modo que para mí no existe ninguna diferencia.

Y retomaron su amor allí donde en realidad jamás lo habían abandonado.

Claro, las dos familias lucharon hasta el final. Una dramática confrontación casi condujo a una pelea a puñetazos: gritos, insultos, amenazas desesperadas. Pero, en medio de todo aquello, Bridget tomó la mano de Ian. Y juntos se alejaron de aquel lugar lleno de odio.

Sí, se casarían. Toda la sabiduría convencional predice el fracaso. ¿Pero alguno de ustedes conoce un antídoto más poderoso que el amor?

¿Existe acaso otro remedio?

George Target

¿Malva intenso o borravino apagado?

Richard me encontró llorando amargamente en la habitación del hospital.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sabiendo que los dos teníamos una buena razón para llorar. Cuarenta y ocho horas antes me había enterado de que tenía un bulto canceroso en un pecho que se había extendido hasta los vasos linfáticos; además, existía la posibilidad de una zona enferma en el cerebro. Ambos teníamos treinta y dos años y tres hijos pequeños.

Richard me abrazó con fuerza y trató de consolarme. Nuestros amigos y familiares se habían asombrado al ver la paz que nos había invadido. Jesús era nuestro Salvador y nuestro consuelo antes de que yo descubriera que tenía cáncer, y siguió ocupando ese lugar después del diagnóstico. Pero a Richard le pareció que la aterradora realidad de mi situación finalmente me había golpeado durante los pocos minutos que él había estado fuera de la habitación.

Sin dejar de estrecharme entre sus brazos, trató de animarme.

—Esto ha sido demasiado, ¿verdad, Suz? —dijo.

—No se trata de eso —exclamé, y levanté el espejo de mano que acababa de encontrar en el cajón. Richard pareció sentirse muy confundido.

—No sabía que iba a ser así —grité, al mirar conmocionada mi imagen en el espejo. No me reconocía a mí misma. Estaba terriblemente hinchada. Después de la operación había gemido mientras dormía, y amigos bien intencionados me habían administrado libremente los remedios de uso personal para aliviar lo que ellos tomaron por dolor. Por desgracia, yo era alérgica a la morfina y me había hinchado como una salchicha. Tenía manchas de betaína en el cuello, el hombro y el tórax debido a la cirugía, y era demasiado pronto para bañarme. Del costado me colgaba un tubo que drenaba líquido de la zona operada. El hombro izquierdo y el tórax estaban cubiertos por un vendaje de gasa muy ajustado sobre el sitio donde había perdido parte del pecho. Mi cabello largo, enrulado, yacía apelotonado formando una especie de almohadilla. Más de cien personas habían ido a verme desde hacía cuarenta y ocho horas, y todas habían visto a esa mujer marrón y blanca, hinchada, sin maquillaje, con el pelo aplastado, envuelta en una bata gris que en una época había sido yo. ¿A qué punto había llegado?

Richard me acomodó contra la almohada y dejó la habitación. A los pocos minutos volvió, con los brazos cargados de frasquitos de champú y acondicionador que había confiscado de una mesa rodante, en el vestíbulo. Sacó almohadas del armario y arrastró una silla hasta la pileta. Después de desenmarañar el largo tubo de mi costado, se lo metió en el bolsillo de su camisa. Luego se inclinó, me alzó y me llevó —con el aparato de suero y todo— hasta la silla. Me sentó con suavidad en sus rodillas, me sostuvo la cabeza entre sus brazos, sobre la pileta, y

empezó a dejar correr agua caliente por mi pelo. Echó el contenido de los frascos sobre mi cabeza para lavar y acondicionar mis largos rulos. Me envolvió la cabeza en una toalla y volvió a llevarme a la cama, junto con el tubo y el aparato del suero. Lo hizo toda con tanto cuidado, que ni un solo punto corrió peligro.

Mi marido, que nunca había usado un secador de pelo, sacó a relucir uno y me secó el cabello sin dejar de entretenerme mientras fingía estar dándome consejos de belleza. A continuación —basándose en la experiencia aportada por el hecho de haberme observado durante doce años— procedió a arreglarme el pelo. Yo me reía mientras él se mordía los labios, más serio que ningún estudiante de la escuela de peluquería. Me pasó un paño por el hombro y el cuello, tratando de no tocar la zona que rodeaba la herida, y me frotó la piel con loción. Luego abrió el bolso donde estaban mis artículos de tocador y comenzó a maquillarme. Nunca olvidaré nuestras risas mientras trataba de aplicarme la máscara para pestañas y el rubor. Mantuve los ojos bien abiertos mientras me pasaba el pincel del rímel por las pestañas, con manos temblorosas. Me frotó las mejillas con un pañuelito de papel para esparcir el rubor. Como último toque, me mostró dos lápices labiales.

—¿Cuál? ¿Malva intenso o borravino apagado? —preguntó. Aplicó el lapiz labial como un artista pintando sobre la tela, y luego sostuvo el espejo delante de mí.

Volvía a ser humana. Estaba un poco hinchada, pero olía a limpio; el pelo me caía sobre los hombros, y yo podía reconocirme a mí misma.

—¿Qué opinas? —preguntó él. Empecé a llorar de nuevo, esta vez de agradecimiento. —No, nena. Vas a arruinar mi obra de arte —dijo, y yo me eché a reír.

Durante aquella difícil época de nuestra vida, me dieron tan sólo un cuarenta por ciento de probabilidades de vida en cinco años. Eso fue hace siete. Logré sobrevivir durante ese tiempo con risas, el consuelo de Dios y la ayuda de mi maravilloso marido. Este año celebraremos nuestro aniversario número diecinueve, y nuestros hijos ya son adolescentes. Richard entendió lo que habría podido parecer vanidad y tontería en medio de una tragedia. Todo lo que yo daba por sentado había tambaleado durante esas horas... el hecho de que vería crecer a mis hijos, mi salud, mi futuro. Con un pequeño acto bondadoso, Richard me devolvió la normalidad. Siempre consideraré ese momento uno de los gestos de más amor en nuestro matrimonio.

T. Suzanne Eller

Una tierna caricia

Lo que viene del corazón, toca el corazón.

Don Sibet

Michael y yo casi no nos dimos cuenta de que la camarera había venido y había puesto los platos sobre la mesa. Estábamos sentados en un pequeño restaurante alejado del alboroto de la calle Tres, en Nueva York. Ni siquiera el aroma de nuestros panqueques rellenos, recién llegados, resultó un impedimento para nuestra entusiasta charla. De hecho, los panqueques permanecieron hundidos en su crema durante bastante tiempo. Estábamos disfrutando demasiado como para pensar en comer.

La conversación, aunque no profunda, era vivaz. Nos reímos al recordar la película que habíamos visto la noche anterior, y no estuvimos de acuerdo acerca del sentido del texto que acabábamos de leer para nuestro seminario de literatura. Él me habló del momento en que había dado el drástico paso hacia la madurez al convertirse en Michael y negarse a seguir respondiendo al nombre de "Mikey". ¿Había sido a los doce o a los catorce años? No lo recordaba, pero sí recordaba que su madre lloraba y había dicho que

él estaba creciendo con demasiada rapidez. Mientras nos dedicábamos a nuestros panqueques de arándanos, yo le hablé de los arándanos que mi hermana y yo solíamos recoger cuando íbamos a visitar a nuestros primos al campo. Recordaba que siempre terminaba los míos antes de volver a la casa, y mi tía me prevenía acerca de algún fuerte dolor de estómago. Por supuesto, nunca tuve ninguno.

Mientras nuestra dulce conversación continuaba, mis ojos recorrieron el restaurante y se detuvieron en un pequeño reservado donde estaba sentada una pareja de edad. El vestido floreado de la mujer parecía tan falto de color como el almohadón donde ella había apoyado su gastada cartera. La cabeza calva del hombre brillaba tanto como el huevo duro que estaba comiendo a pequeños bocados. Ella también comía su avena con una lentitud casi tediosa.

Pero lo que me llevó a pensar en ellos fue su imperturbable silencio. Me pareció que un vacío melancólico invadía aquel pequeño rincón. Mientras mi charla con Michael fluctuaba de risas a susurros, de confesiones a opiniones, la intensa quietud de aquella pareja me llamó la atención. "Qué triste —pensé— haberse quedado sin cosas para decir. ¿No hay otra página que no hayan vuelto todavía en la historia de cada uno? ¿Y si eso nos pasa a nosotros?"

Michael y yo pagamos nuestra modesta cuenta y nos levantamos para salir del restaurante. Cuando pasamos junto al rincón donde se encontraba la pareja de edad, por casualidad se me cayó la billetera. Al inclinarme para recogerla, vi que sus manos libres estaban suavemente entrelazadas. ¡Habían estado de la mano todo ese tiempo!

Me incorporé y me sentí puesta en mi lugar por el simple pero profundo acto de unión que había tenido el privilegio de observar. La caricia que aquel hombre recibía de los dedos cansados de su esposa llenó no sólo lo que yo había percibido como un rincón emocionalmente vacío, sino también mi propio corazón. El de ellos no era el silencio incómodo cuya amenaza uno siempre presiente detrás de una respuesta ingeniosa o el final de una anécdota en una primera salida. No, el de ellos era un estado de calma y serenidad, un amor gentil, consciente de que no siempre se necesitan palabras para expresarse. Probablemente habían compartido esa hora de la mañana durante largo tiempo, y tal vez ese día no era distinto al de ayer, pero se hallaban en paz con respecto a eso, y también el uno con el otro.

Tal vez, pensé, mientras Michael y yo salíamos de allí, no iba a ser tan malo que algo similar nos pasara a nosotros algún día. Tal vez incluso fuera agradable.

Daphna Renan

¿Qué significa ser un amante?

*La presencia significa algo más
que simplemente estar allí.*

Malcolm Forbes

¿Qué significa ser un amante? Es algo más que simplemente estar casado o hacerle el amor a alguien. Millones de personas están casadas, millones de personas tienen relaciones sexuales... pero pocas son verdaderos amantes. Para ser un verdadero amante, es preciso comprometerse y participar de una perpetua danza de intimidad con la pareja.

Se es un amante cuando uno aprecia el regalo que representa su pareja, y festeja ese regalo todos los días.

Se es un amante cuando uno recuerda que su pareja no le pertenece... sino que él o ella es un préstamo del universo.

Se es un amante cuando uno se da cuenta de que nada de lo que ocurra entre los miembros de la pareja será insignificante, de que todo lo que se diga en la relación tiene el potencial requerido para provocar alegría o pena en el amado, y de que todo lo que uno haga fortalecerá o debilitará la relación.

Se es un amante cuando uno entiende todo esto y, así, se despierta cada mañana lleno de gratitud por tener otro día para amar a su pareja y disfrutar junto a ella.

Cuando tenemos a un amante en nuestra vida, somos profundamente afortunados. Nos han dado el don de que otra persona haya elegido caminar a nuestro lado. Él o ella compartirá nuestros días y noches, nuestra cama y nuestras preocupaciones. Un amante verá partes secretas de nosotros que nadie ve. Él o ella tocará zonas de nuestro cuerpo que nadie toca. Nuestro amante nos encontrará donde nos hayamos escondido, y creará un paraíso para nosotros, un lugar donde estaremos a salvo entre unos brazos seguros, afectuosos.

Un amante nos ofrece milagros en abundancia todos los días. Él tiene el poder de deleitarnos con una sonrisa, con su voz, con el aroma de su cuello, con la forma en que se mueve. Ella tiene el poder de ahuyentar nuestra soledad. Él tiene el poder de hacer que lo común se vuelva sublime. Ella es nuestra puerta de ingreso al cielo, aquí en la tierra.

Barbara De Angelis

2

AL ENCUENTRO DEL AMOR VERDADERO

De todo ser humano se eleva una luz que llega directamente al cielo, y cuando dos almas destinadas a unirse se encuentran, los haces de luz fluyen juntos, y una única luz, más brillante, surge de ese ser unido.

Ba'al Shem Tov

Una prueba de fe

*El amor cura a la gente; tanto a quienes
lo dan como a quienes lo reciben.*

Karl Menninger

Un ligero frescor invadía el aire nocturno cuando Wes Anderson subió a su sedán plateado. Eran las 8:30 del 7 de marzo de 1994, y el corpulento ministro de treinta y cuatro años perteneciente a la Iglesia Cristiana de Carmichael, en Sacramento, California, acababa de terminar una reunión con varios miembros de esa comunidad.

—Que tenga una buena noche, Pastor —gritó un miembro de la congregación.

—La tendré —contestó Wes. Y agregó, con su entonación nasal de Tennessee: —Espero verlos a todos el domingo.

Wes estudiaba derecho penal en la universidad cuando sintió el llamado de la iglesia. Llegó a Carmichael en 1992, y la congregación de ciento diez miembros acogió con calidez a ese hombre plácido, de amplia sonrisa.

Mientras conducía en dirección a su casa, Wes vio a una de sus fieles, Dorothy Hearst, de setenta y

ocho años, atrapada entre los guadabarroos retorcidos de tres autos. Se detuvo para ayudar y comprobó aliviado al ver que ella sólo estaba algo conmovida. De repente, unas veloces luces se adelantaron relampagueando hacia ellos.

—¡Dorothy! —gritó Wes—. ¡Va a embestirnos!

Logró apartarla del camino en el preciso instante en que un camión irrumpía por su derecha, aplastándolo contra el auto de Dorothy. Wes sintió una explosión de dolor en la pierna derecha. Luego se encontró tirado sobre el asfalto, contorsionándose, con la pierna derecha casi seccionada.

No bien la ambulancia llegó al Centro Médico de la Universidad de California, un médico puso un formulario de consentimiento quirúrgico en la mano del pastor.

—No hay otra manera de decir esto —le espetó—. Tal vez debemos amputarle la pierna derecha.

Poco después de la operación, Wes sintió que un doloroso calambre le desgarraba la pantorrilla derecha. Se inclinó hacia adelante para frotarse la zona con la mano, pero retrocedió. Allí no había nada.

Un dolor fantasma —la sensación física experimentada por los amputados cuando el cerebro indica que el miembro todavía está allí— iba y venía como espectro torturador. Todas las veces, él se sobresaltaba ante las agudas punzadas ardientes en la pierna que ya no tenía. Y todo a causa de James Allen Napier, un conductor ebrio que sólo pasaría ocho meses en la cárcel.

Con el correr de los días, Wes cayó en una depresión. Las operaciones le dejaron la pierna

izquierda cruzada por cicatrices. Rojos costurones zigzagueaban sobre su vientre, y hacían pensar en un mapa de carreteras allí donde el tejido había sido sacado para hacer injertos de piel.

—No es justo —se quejó ante Mike Cook, su amigo y pastor de la iglesia hermana, la de Sylvan Oaks—. Quería tener esposa e hijos algún día. ¿Qué mujer podrá quererme con todas estas heridas y cicatrices?

—La vida no es justa —contestó Mike—. ¿Pero acaso se supone que lo sea? Tú has visto las cosas terribles que le ocurren a la gente buena. Recuerda, Wes, salvaste una vida. Sé que resulta difícil de creer, pero Dios tiene sus razones.

Wes desvió la vista. También él aconsejaba a sus feligreses que mantuvieran la fe en momentos de crisis.

—Dios siempre tiene un plan —les decía a menudo—. Confíen en su voluntad.

Pero las palabras que alguna vez había considerado tan poderosas, de repente parecían insignificantes.

Un periodista del *Sacramento Bee*, deseoso de contar la historia de Wes pidió entrevistar al pastor. Instintivamente, Wes intentó negarse; no quería ser retratado como un héroe. El periodista prometió limitarse a relatar lo ocurrido, y finalmente Wes cedió. “Quién sabe —pensó—, tal vez le haga bien a alguien.”

Virginia Bruegger dejó caer el ejemplar del *Sacramento Bee* del 16 de marzo de 1994 sobre una pila que había junto a su cama. Como siempre, su jornada había sido un caos. Primero, el auto no quiso arrancar; después, perdió el ómnibus. Desde hacía un

año y medio, aquella madre divorciada, de treinta y ocho años, había adoptado un inflexible horario de clases, estudio y prácticas para conseguir el título de licenciada en psicología en la Universidad de California, en Davis. Ahora, cuando los parciales asomaban amenazadores en el último año de la carrera, su ajustado presupuesto estaba llegando al límite.

Aquella noche, mientras se acomodaba ante la mesa de la cocina para estudiar, su hijo Steven, de dieciséis años, se descompuso por haber comido alimentos en mal estado. A las tres de la mañana, Virginia se arrastró hasta su cuarto, exhausta. De repente, la presión se hizo abrumadora. “¿Estoy haciendo lo correcto?” —se preguntó—. ¿Podré encontrar trabajo después de recibirme?”

El titular de un diario saltó frente a sus ojos: “Pastor Pierde la Pierna al Salvar a una Mujer en un Accidente de Auto”. Levantó esa sección y comenzó a leer.

“Dios mío —pensó—, lo que ha tenido que pasar este hombre.” Virginia se detuvo en la cita del pastor que se refería a sus motivos para contar la historia: que podría ayudar a “encaminar espiritualmente vidas humanas”.

“Es como si me estuviera hablando a mí”, pensó. De niña, Virginia había tenido una educación religiosa en el pequeño pueblo de Bushton, Kansas. Pero desde el divorcio, se había alejado de su fe; hasta ese momento, difícilmente lograba recordar una oración.

Cuando la luz de la mañana llegó, las clases acecharon cada vez más de cerca. “Hoy no”, pensó

Virginia. Algo le decía que debía conocer a ese hombre.

Al despertar, luego de su séptima operación en diez días, Wes no sabía qué hacer con la mujer parada en la puerta, con una maceta con una hiedra en la mano. Sus brillantes ojos pardos mostraron una expresión tímida, hasta que ella sonrió y se le iluminó toda la cara.

—Sólo quería agradecerle —empezó Virginia, buscando vacilante las palabras. “¿Qué le digo?”, se preguntaba. Muchísimas tarjetas se amontonaban en la mesita de luz y colgaban de una pared. Flores enviadas por amigos, familiares y feligreses de Wes ocupaban todos los rincones. Era evidente que su historia había conmovido a mucha gente, no sólo a ella.

—Leí el artículo en el diario, y tenía que hacerle saber lo que su historia hizo por mí —dijo Virginia—. Cambió mi manera de ver lo que me había ocurrido. He tenido una época muy dura.

“¿Sonaré quejosa? —se preguntó—. Este hombre, después de todo, ha soportado una prueba difícil... No se tuvo que preocupar solamente por las facturas y la escuela.” La expresión de Wes la tranquilizó.

—Su historia me ayudó a darme cuenta de que debía recomponer mi relación con el Señor— prosiguió.

Wes estudió a la desconocida. Desde que había entrado en el hospital, casi no había tenido un momento libre de dolor. Ahora su mente se concentraba menos en sí mismo y más en cómo podía dar ayuda.

—¿Pertenece a alguna iglesia? —preguntó.

Virginia sacudió la cabeza. Una cosa tan simple. "Fue directamente al problema", pensó, y extendió la mano para estrechar la suya. Wes la tomó, pero se la soltó casi enseguida. "Espero no haberme adelantado demasiado", se dijo ella.

Wes no había tenido la intención de echarse atrás. Fue algo instintivo; todavía se sentía herido, y estaba exhausto. Resultaba curioso que ella le estuviera agradecida. Por alguna razón, era él quien se sentía mejor.

Una semana después de haber conocido a Wes, Virginia encontró una iglesia cerca de su casa y le envió una nota. Luego lo visitó por segunda vez, dos semanas más tarde; compararon datos acerca de sus vidas. Comentaron los estudios de ella y sus perspectivas de trabajo, y charlaron sobre cómo se estaba desarrollando la terapia física de Wes.

"Es tan fácil hablar con él", meditaba Virginia al volver a su casa. Cada tanto le enviaría una nota, o iría a verlo.

Unos dos meses después del accidente, Virginia llamó por teléfono a Wes.

—¡Hoy me dieron de alta! —dijo él, con una voz que a duras penas ocultaba su entusiasmo.

Después de cortar, Virginia se sintió invadida por un sentimiento inexplicable. Subió a su auto y fue a toda velocidad al hospital.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Wes, sin ocultar su sorpresa.

—No estoy segura —contestó Virginia con voz algo trémula—. Sentí que tenía que venir.

—Bueno, me alegro —dijo él, sonriendo.

Mientras se aproximaban a su pequeña iglesia, los ojos de Wes comenzaron a llenarse de lágrimas. Sobre una verja negra de hierro forjado, infinitas cintas amarillas surgían como flores brillantes.

Los niños de la escuela primaria de la iglesia saltaban y saludaban en dirección al auto. Varios carteles proclamaban: "¡Te queremos! ¡Bienvenido a casa, señor Anderson!".

También Virginia sintió los ojos llenos de lágrimas.

En junio, con toga y birrete, recorrió orgullosa el pasillo del auditorio y recibió su título. Dado que no había podido asistir a causa de sus obligaciones en la iglesia, Wes mandó flores de felicitación. Pocos días más tarde, los dos amigos y sus padres se encontraron para cenar. Tenían mucho en común. Sus padres estaban casados desde hacía más de cuarenta años; ambos habían sido educados de acuerdo con los preceptos de la Iglesia Metodista.

—¡Hasta hablas como yo! —la reprendió Wes.

—Puede ser que arrastre las palabras —bromeó Virginia—, pero no lo hago tan mal.

En su casa, Wes terminó de abotonarse la camisa mientras se preparaba para ir a la iglesia. De repente, se sintió caer al suelo. Cayó justo sobre su muñón y gritó lleno de dolor. Pasó en la cama los siguientes nueve días. Siempre se había enorgullecido de ser independiente, fuerte. Ahora, la duda y la depresión lo invadieron.

Incluso comenzó a cuestionarse su relación con Virginia.

—Ella me gusta de veras —le dijo a Mike—. Sólo me preocupa que esto sea una cuestión de compasión. Quiero decir, nunca fui una estrella de Hollywood, pero mírame ahora.

—Wes, no eres menos de lo que eras antes del accidente —dijo Mike—. Lo que importa es lo que hay adentro.

Hacia varios días que Virginia no sabía nada de Wes. Pensó en el último encuentro que habían tenido, una visita al parque nacional de Muir Woods. “¿Habré hecho algo mal?”, se preguntó. Habían hablado abiertamente sobre su divorcio, ocurrido ocho años atrás, y sobre su lucha por conseguir una vida mejor para ella y Steven. Cuando salía con otros hombres, se preocupaba por pensar hacia dónde iban las cosas. Con Wes, eso nunca le cruzaba por la mente. “Es distinto de todos los hombres que conocí”, pensaba.

Cuando por fin Wes llamó, la invitó a la feria estatal y la sorprendió al ir a buscar en su auto, recién adaptado para la pérdida de su pierna. Contemplaron los fuegos artificiales bajo un cielo lleno de estrellas.

—Me empezaba a preguntar cuándo te vería de nuevo —dijo Virginia.

—Lo siento —contestó Wes—, es sólo que no tengo demasiadas citas. Si salgo con alguien, lo considero algo serio. Valoro nuestra amistad, y no quiero arriesgarla. Lo que pasa es que...

Virginia lo interrumpió.

—Wes, antes de que sigas...

Wes bajó la vista. “Ahora va a decirme que nos limitemos a ser amigos.”

—Debes saber que me interesas como persona —continuó Virginia—, y que no pienso en si tienes una pierna o dos. Para mí, eres un hombre completo, una persona completa.

Wes escuchaba atónito.

—Te quiero —dijo, con voz llena de emoción.

—Yo también te quiero —contestó Virginia. Por primera vez, se besaron.

Esa Pascua, Wes y Virginia ayudaron a preparar un servicio religioso al amanecer, al aire libre. Wes se esforzó por caminar sobre el césped húmedo con su pierna artificial, y perdió el equilibrio. Cayó al suelo, sintiendo las viejas llamaradas de cólera, frustración y duda.

Virginia se apresuró a ir a su lado, pero Wes no levantó la vista, temeroso de lo que podría ver. ¿Miedo? ¿Compasión? Nunca había dudado de ella, pero se sentía tan vulnerable. Un hombre grande, indefenso.

En ese momento tuvo una revelación. “Me concentré en lo exterior, cuando era mi interior lo que realmente necesitaba curarse.”

Virginia y un amigo ayudaron a Wes a levantarse. Él estaba conmocionado, incómodo. Pero por fin no tenía miedo. “Esto es lo que soy —se dio cuenta—. Un hombre que ocasionalmente se caerá, pero que se levantará, cada vez más fuerte.”

El 27 de mayo de 1995, Wes entró por una puerta lateral del altar de la Iglesia Cristiana de Carmichael, con un esmoquin blanco y un bastón negro. Miró hacia la entrada mientras Virginia, con un vestido blanco bordado caminaba hacia él, escoltada por sus padres.

Cuando Mike Cook llevó a cabo la ceremonia, la iglesia estaba llena.

—Dos son mejor que uno —dijo Mike, leyendo el Eclesiastés—. Si uno cae, su amigo puede ayudarlo. Pero hay que compadecer al hombre que cae y no tiene a nadie que lo ayude a levantarse.

Al terminar la ceremonia, Wes estaba parado ante una escalera que llevaba hacia la congregación. De la mano de Virginia empezó a bajar, escalón por escalón, hasta que ambos llegaron al final.

Poco más de un año antes, Wes se había preguntado cuál era el plan de Dios.

Ahora lo sabía.

Bryan Smith

Mercadería dañada

Las motas de polvo bailaban en el rayo de sol que aportaba la única luz en la oficina del rabino. Él se echó hacia atrás en su silla del escritorio y suspiró mientras se acariciaba la barba. Luego tomó sus anteojos con armazón de metal y los limpió en su camisa de franela con expresión ausente.

—De modo que se divorció —dijo—. Y ahora quiere casarse con este buen muchacho judío. ¿Cuál es el problema?

Apoyó su barbilla encanecida en la mano y me sonrió con suavidad.

Quise gritar. ¿Cuál era el problema? Primero, soy cristiana. Segundo, soy mayor que él. Tercero —y esto de ninguna manera es lo menos importante—, ¡soy divorciada! En lugar de gritar, volví a mirar sus gentiles ojos castaños y traté de emitir las palabras.

—¿No cree —tartamudeé— que ser divorciada es como estar usada? ¿Como si fuera mercadería dañada?

Él se acomodó en la silla del escritorio y se inclinó hacia atrás para mirar el cielo raso. Se acarició la barba rala que le cubría el mentón y el cuello. Luego volvió a dirigir la vista hacia el escritorio y se inclinó hacia mí.

—Imagínese que debe operarse. Imagínese que debe elegir entre dos médicos. ¿A quién elegirá? ¿Al que acaba de salir de la facultad o al que tiene experiencia?

—Al que tiene experiencia —dije.

Su cara se arrugó en una sonrisa.

—Yo también. —Me miró a los ojos. —De modo que, en este matrimonio, será usted la que tenga experiencia. Le diré, eso no es tan malo.

“A menudo los matrimonios tienden a ir a la deriva. Quedan atrapados por corrientes peligrosas. Se salen de curso y se dirigen hacia bancos de arena ocultos. Nadie se da cuenta hasta que no es demasiado tarde. En su cara veo el dolor de un matrimonio que salió mal. Usted advertirá la falta de rumbo en este próximo matrimonio. Avisará cuando vea las rocas. Gritará que hay que tener cuidado y prestar atención. Usted será la persona experimentada. —Suspiró. —Y créame, eso no es algo tan malo. No es nada malo.

Caminó hasta la ventana y espió por entre las tablillas de la persiana.

—Mire, aquí nadie sabe nada sobre mi primera esposa. No lo escondo, pero no hablo demasiado de eso. Ella murió cuando hacía poco que estábamos casados, antes de que yo me trasladara aquí. Ahora, muy tarde en la noche, pienso en todas las palabras que nunca dije. Pienso en todas las oportunidades que dejé pasar en aquel primer matrimonio, y hoy creo ser un mejor esposo para mi segunda esposa gracias a la mujer que perdí.

Por primera vez la tristeza de sus ojos adquirió un significado. Ahora entendía por qué yo había elegido ir a hablar con ese hombre acerca del

matrimonio, en lugar de tomar un camino más fácil y casarme fuera de nuestras dos religiones. De alguna manera sentí que él podía enseñarme, o incluso brindarme el coraje que necesitaba para hacer un segundo intento, para casarme y amar de nuevo.

—Los casaré, a usted y a su David —dijo el rabino—. Si promete que usted será la persona que grite para avisar cuando vea que el matrimonio peligra.

Le prometí que lo haría, y me levanté para irme.

—A propósito —dijo él mientras yo permanecía vacilante junto a la puerta—. ¿Alguna vez le dijeron que Joanna es un buen nombre hebreo?

Han pasado dieciséis años desde que el rabino nos casó, a David y a mí, en una lluviosa mañana de octubre. Y sí, avisé varias veces cuando sentí que estábamos en peligro. Le contaría al rabino lo bien que me hizo su analogía, pero no puedo. Murió dos años después de casarnos. Pero siempre le estaré agradecida por el regalo inapreciable que me hizo: la sabiduría de entender que absolutamente todas nuestras experiencias de vida nos hacen no menos valiosos, sino más valiosos, no menos capaces de amar, sino más capaces de amar.

Joanna Slan

La profecía de la galleta de la suerte

*No hay sorpresa más mágica que la sorpresa de ser amados;
es el dedo de Dios en el hombro del ser humano.*

Charles Morgan

Me casé tres veces antes de tener siete años.

Mi hermano mayor Gary llevó a cabo las ceremonias en nuestro sótano. Gary sabía como entretener a los chicos de la familia y del vecindario con sus ocurrencias. Dado que yo era el varón más pequeño del grupo, siempre estaba al alcance de su creatividad.

Lo que más recuerdo de esos casamientos es que todas las chicas tenían por lo menos cinco años más que yo, y que todas tenían ojos hermosos que brillaban cuando ellas se reían. Aquellas bodas me enseñaron a imaginar cómo sería encontrar un día mi alma gemela, y estar seguro de reconocerla por sus ojos hermosos.

La pubertad me llegó con cierta demora. A los quince años, todavía le tenía miedo al sexo opuesto, y sin embargo rezaba todas las noches por la chica con quien me casaría. Le pedía a Dios que la ayudara a que le fuera bien en la escuela, y a que estuviera contenta y llena de energía... dondequiera que estuviese y quienquiera que fuese.

Besé por primera vez a una chica cuando tenía veintiún años. A partir de ese momento, salí con muchas hermosas y talentosas muchachas en busca de la chica por quien había rezado en mi juventud, seguro aún de que la reconocería por sus ojos.

Un día, sonó el teléfono en casa.

—Don —era mi madre—. Ya te hablé de los Addison, los que se mudaron a la casa de al lado. Bueno, Clara Addison no deja de pedirme que te invite a jugar a las cartas alguna noche.

—Lo siento, mamá, esa noche tengo una cita.

—¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera te dije de qué noche se trata —contestó mi madre, exasperada.

—No importa cuándo. Estoy seguro de que los Addison son buena gente, pero no voy a desperdiciar una velada haciendo sociales con personas que no tienen hijas interesantes.

Así era yo de terco; estaba seguro de no tener ninguna razón para visitar a los Addison.

Pasaron los años. Yo tenía veintiséis, y mis amigos se estaban poniendo nerviosos con respecto a mis perspectivas. No dejaban de planificarme citas a ciegas. Muchas de esas citas resultaban fiascos, y además interferían en mi vida social. De modo que establecí algunas reglas con respecto a las citas a ciegas:

1. Nada de citas recomendadas por mi madre (las mamás no entienden el factor de atracción entre los sexos).
2. Nada de citas recomendadas por una mujer (son muy benévolas entre ellas).
3. Nada de citas recomendadas por un amigo varón soltero (si ella es tan asombrosa, ¿por qué no la invitó él a salir?).

En tres simples pasos, eliminé el noventa por ciento de todas mis citas a ciegas, incluyendo la recomendada por mi vieja amiga Karen. Me llamó una tarde para decirme que se había hecho amiga de una hermosa chica que la hacía pensar en mí. Dijo que sabía que nos llevaríamos bien.

—Lo siento —dije—. Quedas excluida en virtud de la regla número dos.

—Don —repuso ella—, estás loco, y tus tontas reglas están eliminando a la chica que esperas. Pero haz lo que te parezca. Sólo anota su nombre y su número de teléfono y, cuando cambies de idea, llámala.

Para que Karen dejara de molestarme, dije que así lo haría. El nombre de la chica era Susan Marcady. Nunca la llamé.

Unas dos semanas después, me encontré con mi viejo amigo Teddy en la cafetería de la universidad.

—Ted —le dije—, se te ve como si estuvieras caminando en el aire.

—¿Puedes ver estrellas bajo mis pies? —me contestó, riéndose—. El hecho es que acabo de comprometerme. Anoche.

—¡Caramba, felicitaciones!

—Sí —dijo él—, a los treinta y dos años, empezaba a preguntarme si alguna mujer iba a querer quedarse conmigo. —Sacó la billetera de su bolsillo. —Toma —dijo, repentinamente serio—, mira esto.

Era una angosta tira de papel de una galleta de la suerte. “Usted se casará dentro de este año”, decía.

—Qué tontería —repliqué—. Por lo general ponen algo que quede bien para cualquiera, como

“Usted tiene una personalidad atractiva”. Ésta les salió por casualidad.

—No es una broma —se defendió él—. Mírame ahora.

Pasaron algunas semanas más. Mi compañero de cuarto, Charlie, y yo estábamos cenando en un restaurante chino. Le conté esta historia sobre Ted y la predicción de la galleta de la suerte, y su posterior compromiso. Justo en ese momento, el camarero nos trajo las galletas de la suerte para después de la cena. Mientras las abríamos, Charlie se echó a reír ante la coincidencia. La mía decía: “Usted tiene una personalidad atractiva”. La de él: “Usted, o un amigo íntimo, se casará dentro de este año”. Un escalofrío me recorrió la espalda. Aquello realmente era extraño. Algo me impulsó a pedirle a Charlie su papelito, y él me lo entregó con una sonrisa.

Poco tiempo después, mi compañero de estudios Brian dijo que quería presentarme a una chica llamada Susan Maready. Yo estaba seguro de haber oído ese nombre antes, pero no recordaba cómo o dónde. Dado que Brian era casado y por lo tanto no rompería mis “reglas” acerca de aceptar planes de hombres sin pareja, acepté su ofrecimiento de conocer a Susan.

Susan y yo hablamos por teléfono y organizamos un paseo en bicicleta y una comida campestre. Luego, el encuentro... y tan pronto como la vi, mi corazón comenzó a latir de prisa, sin detenerse. Sus grandes ojos verdes me provocaron algo inexplicable. Pero en mi interior, supe que eso era amor a primera vista.

Luego de esa magnífica salida, recordé que aquella no era la primera vez que alguien intentaba

hacerme conocer a Susan. Todo volvió a mi mente. Su nombre había estado flotando en el aire durante mucho tiempo. De modo que, cuando tuve oportunidad de volver a charlar con Brian a solas, le pregunté sobre el tema.

Él se hizo el desentendido y trató de desviar la conversación.

—¿Qué pasa, Brian? —pregunté.

—Tendrás que preguntarle a Susan —dijo él, y no quiso agregar nada más.

De modo que le pregunté a ella.

—Iba a decírtelo —afirmó Susan—. Iba a decírtelo.

—Vamos, Susan —contesté—. ¿Decirme qué? No puedo soportar el suspenso.

—Hace años que estoy enamorada de ti —dijo—, desde la primera vez que te vi desde la ventana de la sala de los Addison. Sí, era yo a quien ellos querían que conocieras. Pero no dejaste que nadie nos presentara. No permitiste que los Addison nos reunieran; no le creíste a Karen cuando te dijo que íbamos a gustarnos. Pensé que nunca iba a conocerte.

Sentí que el corazón se me llenaba de amor, y me reí de mí mismo.

—Karen tenía razón —dije—. Mis reglas eran una tontería.

—¿No estás enojado? —preguntó ella.

—¿Bromeas? —dije—. Estoy impresionado. Ahora tengo una sola regla para las citas a ciegas.

Ella me dedicó una mirada extraña.

—¿Cuál es?

—No volver a tenerlas —dije, y la besé.

Nos casamos siete meses más tarde.

Susan y yo estamos convencidos de que somos verdaderas almas gemelas. Cuando yo tenía quince años y rezaba por mi futura esposa, ella tenía catorce y rezaba por su futuro esposo.

Al cabo de dos meses de casados, Susan me dijo:

—¿Quieres oír algo realmente extraño?

—Claro —respondí—. Me encanta oír cosas extrañas.

—Bueno, hace unos diez meses, antes de conocerte yo estaba en un restaurante chino con unos amigos y...

De su billetera, sacó una tira de papel de una galleta de la suerte.

“Usted se casará dentro de este año...”

Don Buehner

Fuerza de voluntad

Un ministro acababa de dar una conferencia sobre el matrimonio en el centro comunitario local, cuando se le acercaron tres parejas. Conmovidos por su exposición, las parejas le preguntaron si podían unirse a su iglesia.

—¿Están casados? —quiso saber el ministro. Cada pareja le aseguró que sí lo estaban y, otra vez, le preguntaron si podían ser miembros de su congregación.

—Bueno, estoy impresionado por la sinceridad de ustedes —contestó el ministro—. Pero necesito saber con qué seriedad aceptarían el compromiso con la disciplina espiritual. De modo que, para probarlo, deben pasar por una prueba.

—Haremos cualquier cosa —insistieron las parejas.

—Muy bien —explicó él—, aquí está la prueba: deben practicar una abstinencia total con respecto a la intimidad marital durante tres semanas.

Las parejas se mostraron de acuerdo y se fueron, después de prometer que volverían al terminar el plazo.

Tres semanas más tarde, las tres parejas se encontraron con el ministro en su oficina de la iglesia.

—Me alegro de volver a verlos —empezó el ministro. Volviéndose hacia la primera pareja, preguntó: —Bueno, ¿cómo les fue?

—Estamos casados desde hace casi treinta años —contestó el marido—, de modo que no hubo problema.

—¡Estupendo! —exclamó el ministro—. Bienvenidos a mi iglesia.

Luego miró en dirección a la segunda pareja, y les preguntó cómo habían realizado la prueba.

—Bueno, debo admitir que no fue fácil —explicó la esposa—. Mire, hace sólo cinco años que estamos casados, de modo que nos sentimos tentados, pero no nos rendimos, y me alegra decir que completamos las tres semanas.

—¡Bien por ustedes! —contestó el ministro con una sonrisa—. Bienvenidos a mi iglesia. —A continuación, se dirigió a la tercera pareja, que se habían casado hacía poco tiempo. —¿Y ustedes? —preguntó gentilmente—. ¿Cómo pasaron la prueba?

—Bueno, pastor, no puedo mentirle —comenzó el esposo—. Los dos nos mantuvimos bien hasta esta mañana, justo después del desayuno, en que mi mujer se agachó para buscar una caja de cereales que había tirado al suelo. Los dos nos inclinamos para recogerla al mismo tiempo, y nuestras manos se tocaron. De repente, ¡nos sentimos tan invadidos de pasión que nos abandonamos a nuestros deseos allí mismo, en ese preciso instante!

—Aprecio la sinceridad de ustedes —le dijo el ministro a la pareja—. Pero no han pasado la prueba y temo que no puedo permitirles entrar en mi iglesia.

—Está bien, pastor —contestó el hombre—. Tampoco nos volverán a permitir la entrada en ese supermercado.

Nudista por amor

En una cálida noche primaveral de abril, en la estación aérea de Heraklión, Creta, salí de mi dormitorio en común con una amiga y decidí ver qué pasaba en una fiesta que se estaba desarrollando en la base. Dado que en ese momento no tenía novio, mis ojos automáticamente recorrieron la multitud en busca de un candidato "potencial"... y se detuvieron en Frank.

Lo había visto por la base antes, y siempre había pensado que era buen mozo. Alto y delgado. Pelo negro ondulado. Bigote. Una especie de Jim Croce. Estacioné el auto cerca de él y le empecé a hablar.

Mientras charlábamos, descubrí que tenía una sonrisa dulce y un atractivo acento de Nueva York (terriblemente exótico para una chica que había crecido en los campos de maíz de Indiana). Pero no fue sólo su apariencia y su acento lo que me encantó. Era de veras un buen muchacho; resultaba fácil hablar con él, y lo mejor de todo era que me hacía reír.

Estaba tan absorta en Frank y su animada conversación que, al principio, no advertí la conmoción que había a nuestro alrededor. Demasiado tarde levanté la vista, justo a tiempo para ver un fragmento de piel desnuda que desaparecía tras uno

de los ángulos del edificio. Todos los que se encontraban a nuestro alrededor comenzaron a reírse histéricamente y señalaron en esa dirección. De repente, me di cuenta de lo que me había perdido.

—¡Mis primeros nudistas! —exclamé, sin aliento después de ver casi a los nudistas. Luego, con expresión acusadora, me volví hacia Frank. —¡Y me los perdí por tu culpa!

Frank se mostró adecuadamente contrito.

—Lo lamento. Pero, por ti, me encargaré de que vuelvan a hacerlo.

No creí que hablara en serio, pero antes de que yo pudiera emitir una palabra, Frank se levantó torpemente del lugar donde estábamos sentados y desapareció detrás de la esquina del dormitorio común.

Minutos más tarde, oí risas estridentes que provenían de la gente; me di vuelta en seguida, y allí estaban los dos nudistas, desnuditos como Dios los trajo al mundo, corriendo otra vez como demonios enloquecidos por el prado que se extendía entre los dos dormitorios. De pronto, tuve que abrir bien los ojos. Un tercer nudista se había unido a los primeros. Era alto y delgado, de pelo negro ondulado y bigote. Se parecía a Jim Croce.

Por extraño que resulte, Frank se lo había perdido todo, o eso fue lo que dijo. Reapareció a mi lado a los pocos minutos, con la respiración ligeramente agitada pero actuando como si nada hubiera pasado.

—Gracias —dije secamente—. No tenías que tomarte tanto trabajo para impresionarme.

Se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Bueno, no podía permitir que te perdieras a tus primeros nudistas.

¿Qué iba a decirle? Lo había hecho por mí.

Ése fue el principio de nuestra relación. Han pasado veintitrés años, y tenemos dos hijos maravillosos, ya grandes. Frank no se desviste más en público. Cree que eso ya no pertenece a su estilo de vida... el de un respetable ejecutivo de la informática.

Claro, sigue desnudándose, pero no para que lo vean.

Todos los que conocen la historia de nuestro primer encuentro piensan que vi algo que me gustó, aquella noche en que Frank pasó corriendo, desnudo. Claro que lo vi...

Fue su personalidad...

Carole Bellacera

Limónada y una historia de amor

El amor es lo que me impulsa a hacer camino con gratitud.
Un curso de milagros

Mientras conducía por una desierta ruta de Indiana, vi un cartel que anunciaba limonada fría, y hacia allí me dirigí. Esperaba encontrarme con una estación de servicio o un negocio pequeño, pero, para mi sorpresa, era una casa. Un anciano estaba sentado en el porche. Bajé del auto; no había nadie más a la vista. Me sirvió un poco de limonada y me ofreció un asiento. Era un lugar muy tranquilo; no se veía otra cosa que campos de maíz, cielo y sol.

Hablamos del tiempo y de mi viaje. Me preguntó si tenía chicos. Le expliqué que acababa de casarme y que esperaba tener hijos algún día. Pareció complacido ante la idea de que la familia todavía le importaba a ciertas personas. Luego me contó su historia. La comparto porque no puedo olvidarla.

—Hay algo especial en las familias. Una esposa, hijos, una casa propia. La paz mental que llega cuando se hace lo correcto. Recuerdo la época en que tenía su edad —dijo—. No creía tener chances en el terreno del matrimonio. No tenía una gran familia.

Pero perseveré. Mis padres me querían muchísimo, y ahora me doy cuenta de que sus intenciones respecto de mí eran buenas. Pero fue duro. Recuerdo que muchas noches permanecía acostado en la cama, pensando: "No voy a arriesgarme a llegar a un divorcio. ¿Una esposa? ¿Una familia? ¿Por qué?". Estaba convencido de que jamás expondría a mis chicos a un divorcio.

"Durante la adolescencia, experimenté emociones nuevas. Sin embargo, no creía en el amor. Pensaba que se trataba solamente de amartelamiento y nada más. Tenía una amiga. En sexto grado estaba locamente enamorada de mí. Nos daba miedo que el otro se enterara de cómo nos sentíamos, de modo que nos limitábamos a charlar. Se convirtió en mi mejor amiga. Estuvimos muy unidos durante todo el colegio secundario —aclaró con una sonrisa—. Ella también tenía problemas en su familia. Traté de ayudarla. Hice todo lo que pude por ocuparme de ella. Era muy lista, y también hermosa. Otros muchachos quisieron hacerla suya. Y como esto es entre usted y yo —agregó con un guiño—, le diré que yo también quería hacerla mía.

"Una vez intentamos salir, pero las cosas no salieron bien y no hablamos durante nueve meses. Hasta que, un día, en clase, reuní el valor necesario para escribirle una nota. Ella me la contestó, y las cosas comenzaron lentamente a encarrilarse de nuevo. Después, ella se fue a la facultad.

El anciano sirvió más limonada para los dos.

—Fue a estudiar a Minnesota, donde vivía su padre —recordó—. Yo quería jugar béisbol. Me rechazaron en un equipo tras otro y, por fin, me aceptaron en uno

muy pequeño, ¡también en Minnesota! Fue tan irónico. Cuando se lo conté, ella se echó a llorar.

Empezamos a salir. Recuerdo que la besé por primera vez en mi cuarto. El corazón me latía a toda velocidad; yo tenía miedo de que me rechazara. Pero nuestra relación creció. Después de la facultad, logré dedicarme al béisbol. Luego me casé con mi dulce muchacha. Nunca había creído que recorrería el pasillo hacia el altar.

—¿Tuvieron hijos? —pregunté.

—¡Cuatro! —declaró él con una sonrisa—. Los mandamos a la escuela, les enseñamos a vivir bien; al menos de acuerdo con nuestro punto de vista. Ahora todos son grandes y tienen hijos propios. Me hizo sentir muy orgulloso verlos con sus bebés en brazos. En ese momento supe que la vida es digna de ser vivida.

”Cuando los chicos se fueron, mi esposa y yo viajamos juntos, siempre de la mano, como si fuéramos jóvenes de nuevo. Veá, eso es lo hermoso que tiene. A medida que los años pasaban, mi amor por ella siguió creciendo. Claro que nos peleamos, pero el amor prevaleció.

”No sé cómo explicar el amor que sentí por mi esposa —dijo, meneando la cabeza—. Nunca nos abandonó. Nunca murió. No dejó de hacerse cada vez más fuerte. Hubo muchos errores en mi vida, pero nunca lamenté haberme casado con ella.

”El Señor sabe lo dura que puede ser la vida —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Tal vez sea demasiado viejo para entender cómo funciona el mundo de hoy, pero cuando miro hacia atrás, estoy seguro de esto: nada es más poderoso en este mundo

que el amor. Ni el dinero, ni la codicia, ni el odio, ni la pasión. Las palabras no pueden describirlo. Los poetas y los escritores tratan de hacerlo. No lo consiguen, porque es distinto para cada uno de nosotros. Mire, quiero tanto a mi esposa. Después de mucho tiempo de estar en la tumba con ella a mi lado, ese amor todavía seguirá ardiendo, muy brillante.

Miró mi copa vacía.

—Lo entretuve más tiempo del que probablemente a usted le hubiera gustado —se disculpó—. Espero que haya disfrutado de su limonada. Cuando siga su camino, recuerde: quiera a su esposa y a sus hijos con toda su fuerza, todos los días de su vida. Porque uno nunca sabe cuándo puede terminar.

Al caminar hacia mi auto, sentí el poder de sus palabras. Se me ocurrió que aquel hombre, que yo presumía había perdido a su esposa años atrás, todavía la amaba con pasión. Me sentí lleno de tristeza al pensar en lo solo que debía sentirse, con nada más que su limonada y algún huésped ocasional.

Mientras volvía a la ruta, no podía sacármelo de la cabeza. De repente, me di cuenta de que no le había pagado la limonada, de modo que di la vuelta. Al aproximarme a la casa, vi un auto en el camino de entrada. Me sorprendí; alguien más se había detenido allí.

Caminé hacia el porche. No se veía al hombre por ninguna parte. Me incliné para dejar el dinero en su silla y, por casualidad, miré en dirección a la ventana. ¡Y allí estaba el anciano, en el medio de la sala, bailando lentamente con su esposa!

Sacudí la cabeza cuando por fin entendí. Después de todo, no la había perdido. Ella solamente había pasado la tarde afuera.

Han pasado años desde aquel episodio y, sin embargo, todavía pienso en ese hombre y su esposa. Espero vivir la clase de vida que ellos vivieron, y entregar nuestro amor a mis hijos y nietos tal como ellos lo hicieron. Y espero ser un abuelo que baile lentamente con su esposa, sabiendo que sí, que realmente no hay bendición más grande que el amor.

Justin R. Haskin

Una segunda oportunidad

El curso del verdadero amor nunca fue tranquilo.

Sueño de una noche de verano

El tiempo pasaba. Año tras año. Primero, unos pocos. Luego, una docena. Dos docenas. Se realizaron casamientos entre ellos. Vinieron los hijos. Sus vidas habían emprendido dos cursos y, sin embargo, eran tan paralelos. Como homenaje a su amor, Ingrid Kremeyer bajó al sótano y sacó a relucir una vieja caja ubicada entre frascos de mermelada y canastos de manzanas.

Allí estaba la prueba de su amor, guardada desde hacía mucho tiempo en aquella caja, narrada una y otra vez en cartas y más cartas escritas a lo largo de los tres años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La caja había viajado de Alemania a los Estados Unidos y fue con Ingrid a todas partes durante más de medio siglo. Las palabras escritas daban fe de un amor tan fuerte y profundo que el tiempo no podía conquistarlo.

Por más que el soldado norteamericano le había escrito una carta de despedida, ella nunca dudó, ni por un instante, que él la quería... incluso cuarenta y

siete años después. Ella sabía entonces, y sabía ahora, que estaban destinados el uno al otro, aun cuando se refiriese solamente a sus corazones y a sus recuerdos desdibujados.

Se habían conocido en 1949, en el puente aéreo de Berlín, donde Ingrid trabajaba junto a más de doce soldados norteamericanos en las oficinas de una base de la Fuerza Aérea en Alemania del norte. Dado que hablaba inglés, sus habilidades como oficinista resultaban necesarias, y ella no tenía problemas para entender a los soldados que constantemente la invitaban a salir.

La mayoría de los soldados tenía sólo diecinueve años, su misma edad. No los suficientes, en su opinión, para ser tomados en serio. Sin embargo, un soldado norteamericano con un encantador acento sureño la intrigó. Lee Dickerson tenía veintiséis años, era delgado y atractivo. Ella esperó. Pero durante meses, él no la invitó a salir. Ingrid trató de no alentar demasiadas esperanzas. Tal vez tuviera novia.

Cuando se organizó el festejo de un 4 de julio a la manera norteamericana, Ingrid daba vueltas entre las numerosas invitaciones que había recibido para salir. Por lo menos siete soldados fueron rechazados. Esperaba que Lee la invitara, pero no lo había visto en todo el día.

Él apareció justo unos minutos antes de que terminara la jornada de trabajo. El corazón de Ingrid aceleró su ritmo. Tal vez hubiera llegado el momento. Él la invitó. A ella le habría encantado ir, le explicó Ingrid, pero no podía enfrentarse con los otros soldados a quienes había despreciado.

—Yo arreglaré eso —dijo Lee, y abriendo la puerta, preguntó a los otros—: ¿Qué les parece si llevamos a Ingrid a la fiesta de esta noche?

Y así concurrió Ingrid a la fiesta, de la mano de Lee, escoltada por una pequeña brigada. La noche fue paradisiaca. Hubo fuegos artificiales, y los fuegos artificiales iluminaron los ojos de Ingrid. Y también los de Lee. Cuando la depositó en su casa, él le dio un beso de despedida.

—Ése fue el momento en que supe que Lee era el hombre para mí —explicó Ingrid—. Desde el principio supe lo que iba a decir, incluso antes de que lo dijera.

Desde esa noche, los dos fueron inseparables. Pero sólo disponían de cuatro meses antes de que Lee se embarcara de regreso a los Estados Unidos.

Pasaban juntos todos sus momentos libres, paseando por parques o bosques, visitando el club de la Fuerza Aérea o llevando a los padres de ella a cenar. En aquella época no había demasiado para hacer en Celle, de modo que muchas veces se encontraban sentados en pequeños lugares de comida, charlando y charlando.

La charla se hizo cada vez más seria. Lee quería casarse. Quería que ella se trasladara a los Estados Unidos. Tanto Ingrid como sus padres estaban encantados. La pareja no previó el futuro. El día en que Lee partió de regreso a la Base Aérea Hamilton, al norte de San Francisco, ambos se sintieron abrumados de soledad pero satisfechos ante la idea de que, tan pronto como Lee pudiera arreglarlo, llevaría a casa a su futura novia.

Lo que el piloto no sabía al dejar Alemania, era que al personal militar no se le permitía patrocinar la entrada de inmigrantes en los Estados Unidos. Exasperado, Lee decidió volver a Alemania para ver a Ingrid y solicitar un nuevo destino. Lo pasaron por alto varias veces. Por fin, en cierto momento tuvo la oportunidad de volver y pensó que lo había logrado.

En lugar de eso, sufrió un severo ataque de apendicitis y tuvo que permanecer en el hospital varios días. Su unidad partió sin él. Y luego llegó su nuevo destino. Iba a ser transferido a Asia durante los tres años siguientes... tal vez para servir en la guerra de Corea.

Después de tomar la decisión que lo hizo sentir como "si estuviera cortándose la mano", Lee escribió a su amor: "No estaba destinado a salir bien. Te deseo una vida feliz".

Y luego perdieron contacto.

Años más tarde, Ingrid se trasladó a Nueva York para vivir con una tía que enseguida trató de casarla con un hombre rico y ya bastante maduro. Cuando Ingrid lo rechazó, su tía se enojó tanto que Ingrid se encontró instalada en un avión, rumbo a Chicago, para encontrarse con la otra única persona a quien ella sabía cómo localizar en los Estados Unidos. Era un ex compañero de facultad con quien la unía una estrecha amistad. Y aunque él siempre había sabido que Ingrid estaba enamorada de otro hombre, se casó con ella.

Ingrid y Ted tuvieron dos hijos varones, Karl y Kevin. El suyo fue un buen matrimonio, pero Ingrid seguía bajando las escaleras para leer las cartas de Lee. Lloró mucho pensando en lo que pudo haber

sido. Lloró más cuando Ted, a los cuarenta y un años, murió repentinamente en Nochebuena. Había sido un buen hombre y un buen esposo, y había entendido su amor por Lee. Fue entonces cuando Ingrid decidió que ni siquiera pensaría en otra relación seria, y se dedicó a su prioridad más importante: criar a sus dos hijos.

El amor pasó lejos de Ingrid durante otras dos décadas. Tuvo mucho tiempo para pensar en ello.

Lee se había retirado de su trabajo como gerente contratista de aeronaves en Hughes, se había casado dos veces, tenía dos hijos. Había pasado varios años en una miseria total, viendo cómo su esposa moría lentamente de cáncer de páncreas. No creía tener demasiado por qué vivir. Se limitó a seguir adelante aislado, sintiendo que apenas podía mantenerse a flote, hasta que llegó la carta.

La abrió. Era de Ingrid. "Me podían haber derribado con una pluma. Después de todo este tiempo, ella se encuentra en los Estados Unidos. Aquí está mi futuro, justo aquí."

Se sentó a escribir una respuesta y la mandó por correo ese mismo día.

Tal vez tendría la oportunidad de enamorarse de nuevo. Nunca había olvidado a Ingrid.

La última vez que Ingrid había sacado la caja, lloró durante una hora; estaba retirada y sólo trabajaba en tiempo parcial, enseñando alemán en una universidad. Esta vez se le ocurrió algo que casi la paralizó. ¿Por qué no tratar de encontrarlo? Sus hijos habían crecido y se habían marchado. ¿Quién sabe qué había pasado en la vida de él? Durante la semana siguiente, estuvo obsesionada con la idea de

encontrar su rastro. Entonces recordó que uno de sus alumnos era un oficial naval retirado. Le pidió que le diera el número telefónico del Centro de Retiro Naval.

Se sentó frente al teléfono casi sin respirar, esperando, con el corazón que le latía a toda velocidad, durante unos treinta minutos. Sí, había tres Lee Dickerson que se habían retirado, uno por cada rama de las Fuerzas Armadas. Era obvio que él era el que había servido en la Fuerza Aérea. El Centro remitiría una carta. El arancel era de tres dólares con cincuenta. En la carta, Ingrid escribió a Lee que ella tenía el “apremiante deseo” de encontrarlo, y terminaba con: “Espero no quedar como una tonta al rendirme ante esta necesidad”.

Cuando otra carta llegó a su buzón, Ingrid supo de inmediato que era de Lee. Cuarenta y siete años más tarde, todavía podía reconocer su letra en un segundo. La abrió y casi no pudo leer, tanta era su excitación. Él le decía que estaba retirado, viudo y conmovido que ella lo hubiera encontrado. No la había olvidado, pero pensaba que debía escribir en lugar de llamarla, para “reavivar una vieja llama”.

Al diablo las cartas, fue lo que sintió Ingrid. Todavía era aquella muchacha animosa de diecinueve años que él había conocido en Alemania tantos años atrás. Nunca había perdido ese rasgo. Corrió al teléfono y marcó el número de Lee, para luego decepcionarse al escuchar un mensaje grabado. Esa noche, él contestó su llamada y los dos charlaron durante horas. Decidieron encontrarse en Tucson, ya que Ingrid debía ir allí para ver a su hijo, y el hijo de Lee también vivía en Arizona.

Durante el viaje en avión, Ingrid sintió pánico. ¿Qué había hecho? ¿Estaba loca? Tenía que olvidarse de todo aquello en ese mismo instante. Rogó que se le ocurriera una idea que le permitiese salir de ese avión. Pero sus emociones se calmaron poco después de bajar.

Miró una sola vez a Lee, que seguía alto y casi tan delgado como cuando tenía veintiséis años. Se fundieron en un abrazo, y luego pasaron una semana juntos, tratando de recuperar el tiempo perdido.

—Fue como si cuarenta y siete años se hubieran desvanecido —dijo Ingrid—. Nos abrazamos y nos besamos, y permanecemos aferrados el uno al otro.

Cuando ambos volvieron a casa, se pusieron de acuerdo en volver a encontrarse al cabo de unos meses, pero Ingrid no pudo soportar una nueva separación.

—Fue tan difícil despedirse —dijo irritada—. Fue horrible.

Lee voló a Chicago para visitarla, pero estaba preocupado por lo que pudieran pensar los vecinos.

Ingrid reaccionó:

—¿A quién le importan los vecinos? Que se vayan al diablo.

Esta vez, Ingrid y Lee sabían que iban a casarse. Nada les impedía hacerlo.

Se casaron el 2 de enero de 1997, a bordo del antiguo transatlántico *Queen Mary*, en Long Beach. Ella se puso un vestido blanco, largo hasta la rodilla. Él usó su uniforme de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, con la insignia de comandante y su hoja de roble. Ahora ella tenía sesenta y siete años. Él, setenta y cuatro. A la boda asistieron unos setenta parientes

y medios de comunicación internacionales, profundamente interesados en el romance de la segunda oportunidad.

Y después de haber desaparecido el zumbido de las cámaras, y de que la familia se hubo ido a casa, Ingrid y Lee comenzaron la vida tranquila que habían tratado de emprender cuando eran muy jóvenes.

Dado que el capítulo final estaba terminando en forma tan agradable, Ingrid escribió: "Mi corazón desborda de felicidad porque sé que mi primer amor será también el último".

Diana Chapman

3

SOBRE EL COMPROMISO

*Ahora tómense de las manos y, al hacerlo, unan sus
corazones.*

William Shakespeare

Cincuenta maneras de amar a su pareja

1. Amarse uno mismo primero.
2. Empezar cada día con un abrazo.
3. Servir el desayuno en la cama.
4. Decir “te amo” cada vez que existan diferencias de opinión.
5. Felicitar-se por algo a menudo.
6. Apreciar —y celebrar— las diferencias.
7. Vivir cada día como si fuera el último.
8. Escribir inesperadas cartas de amor.
9. Plantar juntos una semilla y alimentarla hasta su madurez.
10. Salir una vez por semana.
11. Mandar flores sin una razón en especial.
12. Aceptar y querer a los parientes y amigos del otro.
13. Hacer cartelitos con la inscripción “te amo”, y dejarlos por toda la casa.
14. Detenerse a oler las rosas.
15. Besarse en forma inesperada.
16. Contemplar juntos hermosos atardeceres.
17. Disculparse con sinceridad.
18. Estar dispuesto a perdonar.

19. Recordar el día en que uno se enamoró y recrearlo.
20. Tomarse de las manos.
21. Decir "te amo" con la mirada.
22. Dejar que ella lllore en los brazos de uno.
23. Decirle a él que lo comprende.
24. Brindar por el amor y el compromiso.
25. Hacer algo que lo motive.
26. Permitir que ella dé indicaciones cuando uno se ha perdido.
27. Reírse de los chistes de él.
28. Apremiar la belleza interior de ella.
29. Realizar las tareas domésticas de la otra persona durante un día.
30. Alentar sueños maravillosos.
31. Efectuar una demostración pública de cariño.
32. Enviar mensajes de amor sin la búsqueda de una recompensa.
33. Empezar un diario amoroso y registrar momentos especiales de los dos.
34. Apaciguar los miedos de uno y de otro.
35. Caminar juntos por la playa, descalzos.
36. Pedirle a ella que nos casemos otra vez.
37. Decir que sí.
38. Respetarse el uno al otro.
39. Ser el más grande admirador de la pareja de cada uno.
40. Dar el amor que nuestra pareja quiere recibir.
41. Dar el amor que uno quiere recibir.
42. Demostrar interés por el trabajo del otro.
43. Trabajar juntos en un mismo proyecto.
44. Construir un fuerte con sábanas.

45. Hamacarse juntos hasta lo más alto que se pueda, a la luz de la luna.
46. Hacer un picnic en casa, en un día de lluvia.
47. Nunca irse a la cama enojados.
48. Poner en primer lugar a nuestra pareja en nuestras oraciones.
49. Darse el beso de las buenas noches.
50. Dormir en posición de cucharas.

Mark y Chrissy Donnelly

Salvando la vida de mi esposo

Donde reina el amor, puede lograrse lo imposible.

Proverbio hindú

Era una clara mañana de viernes, del día 30 de agosto de 1991. Mi esposo, Deane, y yo estábamos disfrutando de unas vacaciones planificadas desde hacía mucho tiempo, en Montana, en el pintoresco Glacier National Park, el parque de los glaciares; era nuestro primer viaje desde que él se había jubilado, ese mismo año. La semana anterior habíamos ido en auto desde nuestra casa en Holland, Michigan, y habíamos explorado varias áreas del parque. Ese día estábamos por empezar nuestra octava excursión a pie.

—¿Llevas la cámara? —le pregunté a Deane al salir de nuestra pequeña tienda de campaña—. ¿Y las galletas para el almuerzo?

Deane hizo un gesto afirmativo y sonrió.

—Sí, querida —dijo en tono de broma, dando unas palmaditas a su pequeña mochila—. Estamos listos para partir.

Empezamos a caminar lentamente, disfrutando de la tonificante frescura del aire mientras recorríamos una senda angosta, bordeada de árboles, que

subía por una cuesta empinada. De tanto en tanto, saludábamos a otros excursionistas que recorrían la misma senda, o estudiábamos la cima lejana de una montaña con mis prismáticos. A las doce y media habíamos hecho casi cuatro kilómetros y medio, y decidimos detenernos para almorzar.

Después de compartir una comida simple, consistente en queso y galletas, nos disponíamos a bajar hacia el campamento cuando apareció otra pareja, que salía de la senda ubicada más arriba del lugar donde nos encontrábamos.

—No deberían detenerse ahora —gritó la mujer—. Al menos vean el lago Iceberg... Está a sólo unos tres kilómetros de aquí, más arriba por esta misma senda.

Decidimos seguir subiendo, como nos lo habían sugerido.

Eran casi las tres de la tarde cuando llegamos al lago Iceberg, de aguas plácidas, claras como el cristal, y rodeado por un asombroso despliegue de flores silvestres de brillantes colores. De acuerdo con su nombre, pequeños icebergs flotaban en la tranquila superficie.

—¡Oh, Deane, de veras es hermoso! —exclamé. Nos quedamos allí de pie, de la mano, absorbiendo la escena llena de paz.

Después de cuarenta y tres años de matrimonio, Deane era mi mejor amigo tanto como mi esposo. Ambos habíamos crecido en el mismo pueblito de Dakota del Sur. Deane tenía dieciséis años, y yo era sólo ocho meses menor cuando nos conocimos en la escuela dominical. Empezamos a salir y nos casamos tres años después.

Ahora, cinco hijos y quince nietos más tarde,

esperábamos entusiasmados pasar nuestros “años dorados” juntos, mientras todavía éramos lo suficientemente jóvenes como para disfrutar de viajes y del hecho de hacer cosas. A los sesenta y dos años, me sentía apenas mayor que a los treinta y cinco. Aunque teníamos algunos problemas de salud —Deane estaba en el límite de la diabetes y yo debía tomar un remedio diario para el corazón—, permanecer activos nos había ayudado a mantenernos en forma.

Al dejar el lago Iceberg, Deane y yo volvimos sobre nuestros pasos para bajar de la montaña. Habíamos caminado varios metros cuando llegamos a una curva de la senda. Mientras doblábamos, oí que Deane contenía el aliento y sentí que me apretaba el brazo en señal de advertencia. Enseguida vi por qué: justo frente a nosotros, una osa gris con sus dos jóvenes crías se estaba dando vuelta, sorprendida, para mirarnos.

Se hallaban a menos de quince metros. Las orejas de la osa apuntaban hacia adelante, sus ojos estaban clavados en nosotros. Sin moverse, emitió un áspero “¡Grrr!”, mientras hacía que sus crías se alejaran.

—¡Dios mío! —susurró Deane—. Lorraine, creo que tenemos un problema.

Sólo dos noches antes habíamos asistido a una charla de un guardabosques del parque acerca de los osos en medio del bosque.

—Pongámonos en posición fetal, como nos indicaron —dije, conteniendo la respiración—. Se supone que debemos fingir que estamos muertos.

Me arrodillé, bajé la cabeza, entrecrucé las manos detrás de la nuca. Percibí que Deane hacía lo mismo junto a mí.

Pero era demasiado tarde. Espié por debajo de los

codos y vi que la osa avanzaba. Se abalanzó hacia adelante con un gruñido ronco, profundo, y los dientes bien visibles. Con los músculos tensos bajo su espeso manto de piel, cubrió la distancia hasta nosotros en tres saltos poderosos, sin dejar de mover las mandíbulas con lentitud y enojo. A mi lado, Deane respiró agitado; luego, horrorizada, oí su grito agónico. La osa gris había saltado sobre él y le había hundido los dientes en la espalda y en el vientre. Sin soltarlo, lo sacudió con violencia de un lado a otro, luego lo arrojó salvajemente al aire, como si hubiera sido un muñeco de trapo. Apenas cayó al suelo, la osa se le abalanzó otra vez, gruñendo, para morderlo. Pude oír cómo sus dientes le rasgaban la piel, cómo emitía chasquidos, mientras él gritaba lleno de dolor.

Todavía arrodillada, no podía creer lo que estaba pasando. Por el rabillo del ojo vi que el enorme animal lo tiraba al aire de nuevo; luego empezó a arrastrarlo por la mano derecha hacia el bosque.

—¡Oh, Dios querido, que no sea así! —sollozaba él—. ¡Que no sea así!

De alguna manera, su súplica desesperada me hizo entrar en acción. Con una plegaria silenciosa, me levanté y avancé hacia él. No tenía nada con qué luchar, ni siquiera un palo. Pero al bajar la vista hacia mis pesados prismáticos, recordé de repente el consejo de mi padre hacía años, cuando yo trabajaba en nuestra granja, que a menudo se veía asolada por lobos y coyotes. “Si alguna vez te acorrala un animal salvaje —me había dicho papá—, trata de buscarle el hocico, que es su parte más sensible.” Resolví usar los prismáticos como arma e ir “en busca” de su hocico en ese momento.

Envolví firmemente la gruesa tira de plástico alrededor de mi mano derecha. Luego, haciendo balancear los prismáticos en el aire, avancé hacia la osa. Mi primer golpe le dio justo en el ancho hocico negro. Al sentir que los prismáticos la tocaban, tiré hacia abajo, raspándole deliberadamente la trompa. El animal retrocedió, pero no soltó a Dean. "Señor, ayúdame", rogué, luego alcé los prismáticos y golpeé de nuevo. Aunque oía que mi marido gemía a mis pies, no me atreví a mirarlo. Mantuve la atención concentrada en el hocico de la osa, tratando de apuntar bien, usando toda la destreza adquirida en el golf y el tejo, para que cada golpe surtiera efecto.

Por fin, después del cuarto golpe, la osa soltó la mano de Deane y se incorporó, encolerizada, hasta alcanzar sus dos metros de altura. Me enfrenté a ella por encima del cuerpo ensangrentado de mi esposo, con los ojos a la altura de su pecho. Sus garras negras y amarillas, largas y curvas, permanecían en el aire, a pocos centímetros de mi cara. Resistí el impulso de mirarla directamente a los ojos, sabiendo que eso la irritaría más aún. Respiré hondo y alcé una vez más los prismáticos.

Esta vez, la osa pareció ver venir el golpe. Con otro apagado "¡Grrr!", cayó de repente sobre sus cuatro patas y retrocedió hacia la maleza. Vacilé un instante, segura de que regresaría para atacarme. Pero mientras se abría camino ruidosamente entre los matorrales, me di cuenta de que se había ido para no volver.

Por fin bajé la vista hacia Deane. Yacía de espaldas, con la cara vuelta hacia un lado, el brazo derecho todavía extendido sobre su cabeza. Gemía

suavemente, con la respiración entrecortada. Al ver por primera vez la magnitud de sus heridas, quedé aterrada.

Su ropa estaba hecha jirones, tenía una gran herida en el pecho que revelaba músculos y tejido graso. Su hombro derecho, casi destrozado por los mordiscos, sangraba en abundancia; vasos sanguíneos y nervios colgaban de su muñeca derecha. La pierna del mismo lado, la espalda y el vientre también se veían muy cortados. Me incliné sobre él, tratando de captar su atención.

—¡Deane! —dije—. ¡Deane, soy yo! —No reaccionó sino hasta mi tercer llamado, luego volvió la cabeza hacia mí. Con los ojos nublados por el dolor, casi no pareció darse cuenta de quién era yo. —Está todo bien. La osa ya se fue.

Lentamente centró su mirada en mi cara.

—No, no se fue —murmuró.

Mientras me caían las lágrimas, le aseguré que era verdad.

—Tengo que detener la sangre —le dije—. No te muevas. Estarás bien.

Por suerte, yo estaba familiarizada con la técnica de los primeros auxilios; Deane había sido bombero voluntario, no profesional, durante más de veintiocho años, y a menudo habíamos estudiado juntos sus manuales de rescate. En ese momento traté de alejar el pánico y de pensar con claridad. Tanto de su hombro como de su muñeca derecha salía mucha sangre, lo cual significaba que podía haber una arteria cortada. Tenía que hacerle alguna clase de torniquete.

“¡El corpiño!”, pensé. Sin vacilar, me saqué la ropa y me desabroché el corpiño, luego enrosqué

la prenda elastizada alrededor de la parte superior de su brazo, asegurándome de que quedara bien firme. Si la sangre no empezaba a coagularse en pocos minutos, usaría un palo para apretar más. "Será mejor que pierda un brazo antes de que se desangre hasta morir", pensé desesperada.

Luego dirigí mi atención hacia su pecho. Tenía algunos pañuelos de papel en mi bolso de cintura, y rápidamente cubrí con ellos la herida abierta. Pero eso no era suficiente para detener la hemorragia; necesitaba más vendajes. Estaba por recoger la remera que había hecho a un lado, cuando Deane musitó con voz débil:

—Usa mi camisa. Ayúdame a sacármela.

Lo incorporé, le saqué la camisa por la cabeza, luego rompí la tela para hacer tiras de cinco centímetros. Después de vendarle el pecho y la pierna, volví a examinarle el brazo derecho. La sangre comenzaba a coagularse.

"Gracias, Dios mío", pensé, aflojando un poco el torniquete. Por último, invertí un tiempo en volver a ponerme la remera.

Ahora que el peligro inmediato había pasado, sentí que mi calma resolución empezaba a flaquear. ¿Qué pasaría si después de todo la osa decidía volver? Deane no podía caminar, y estábamos a más de seis kilómetros de nuestro campamento. Decidí que mi mejor opción consistía en empezar a gritar; en algún momento, otros excursionistas terminarían por oírme.

—¡Socorro! —grité—. ¡Necesitamos ayuda!

Pareció que pasaba una eternidad antes de que por fin aparecieran dos hombres jóvenes al doblar la curva. De inmediato corrieron hacia nosotros.

—A mi marido lo atacó una osa —les expliqué—. ¿Pueden ir a buscar auxilio?

—Yo lo haré —dijo uno de los hombres.

Deane habló brevemente.

—Dícales a los guardabosques que manden un helicóptero.

El joven hizo un gesto de asentimiento, luego emprendió a toda velocidad el camino hacia abajo.

Sólo después de que se hubo ido, recordé más consejos del guardabosques del parque acerca de los paseos a través de territorio de osos. “Nunca corran. Es una invitación para que ataquen”. Preocupada, me mordí los labios. “¡Oh, Señor” —rogué—, que no corra peligro!”

Durante la hora siguiente llegaron once personas más que bajaban por la senda, entre ellos tres enfermeras, un médico y un integrante de una patrulla de auxiliares de medicina. Una enfermera le dio a Deane algunas píldoras para el dolor, mientras las otras le cubrían las heridas con vendajes limpios. Fue una asombrosa coincidencia que tal cantidad de profesionales apareciera en aquella remota ladera montañosa.

Llevaron a Deane al hospital en una ambulancia aérea y, dado que no había lugar para mí y los médicos, los seguí en un helicóptero más pequeño.

Cuando llegué al hospital, Deane ya estaba en el quirófano. Eran casi las tres de la mañana cuando el cirujano salió de allí con expresión de cansancio y me llevó aparte.

—Su esposo es un hombre afortunado —me dijo, sacudiendo la cabeza—. Esa osa estuvo a punto de cortar arterias mayores y nervios. Estuvo en una situación muy peligrosa.

También me dijo que las heridas profundas de Deane necesitarían más de doscientos puntos.

Nueve días más tarde dieron de alta a Deane y volvimos a casa.

Ahora, de regreso en Michigan, a veces todavía me asombro de lo que nos pasó. Cuando pienso en lo cerca que estuve de perderlo, los ojos se me llenan de lágrimas. Pero gracias a la misericordia de Dios —y a un par de duros prismáticos—, mi esposo hoy sigue vivo.

Lorraine Lengkeek
Como le fue contado a Deborah Morris

Sólo marque el 911

Hacía un tiempo que Marie y Michael salían juntos, y se consideraban afortunados porque, a pesar de tener ocupaciones distintas, casi todos los días podían hablarse desde el trabajo: Michael es oficial de policía y Marie atiende la mensajería del “911”; ambos trabajan en el mismo departamento de policía.

Un día, Marie recibió una llamada de Michael, quien le dijo que estaba en la calle, en su auto patrullero.

—Marie, ¿me harías un favor?

—Claro —contestó Marie, feliz de tener una excusa para hablar con él.

—¿Podrías verificarme la patente de un auto? Necesito saber si este hombre tiene alguna orden de arresto pendiente —explicó Michael.

—Está bien, deletréala.

Michael deletreó fonéticamente la patente, usando nombres codificados como hacen todos los policías, a fin de que Marie estuviera segura de recibir las letras correctas:

Carlos

Ana

Sara

Ana

Teresa

Elena

Carlos

Oscar

Nélida

Mariana

Inés

Griselda

Oscar

Como lo hacía cientos de veces al día, Marie anotó las letras en un papel, las escribió en su computadora y empezó a hacer pasar el registro de las patentes. Al principio se sintió confundida... El número de la patente era demasiado largo, incluso para una chapa personalizada. Sus compañeras de trabajo, que estaban al tanto del “plan” de Michael, finalmente tuvieron que decirle:

—Marie, ¿qué forman esas letras?

Esa vez, Marie se limitó a leer las primeras letras de cada palabra en voz alta:

C-Á-S-A-T-E C-O-N-M-I-G-O.

Con un grito de alegría, Marie no dejó de sonreír al volver a hablar por teléfono con Michael, quien por supuesto, no estaba siguiendo a ningún “conductor” ficticio con chapas ficticias, sino que esperaba con ansiedad su respuesta en el patrullero.

—Michael, ¿estás allí? —empezó Marie.

—Sí. ¿Marie? —contestó él, con la voz un poco temblorosa por los nervios.

—Mi respuesta es: ¡Afirmativa!

¡Esa propuesta matrimonial no ocasionó ningún arresto!

Cynthia C. Muchnick

101 Ways to pop the question

(101 maneras de proponer matrimonio)

¿Cómo te amo?

El que ama cree en lo imposible.

Elizabeth Barrett Browning

Elizabeth Barrett y Robert Browning fueron dos dotados poetas destinados a crear uno de los más fascinantes epistolarios de la literatura inglesa. Robert Browning nunca había visto a Elizabeth, y nada sabían el uno del otro, salvo por el acceso a sus trabajos publicados. Ambos eran bien conocidos por derecho propio, y admirados y respetados por la obra de cada uno. Esa admiración sirvió como catalizador cuando Robert le escribió a Elizabeth una carta de felicitación, el 10 de enero de 1845:

Amo sus versos con todo mi corazón, estimada señorita Barrett, y no escribiré una mera carta de cortesía sólo a fin de reconocer rutinaria y puntualmente su genio, y con ello dar un final elegante a la cuestión. Desde el día de la semana pasada en que leí por primera vez sus poemas, me río al recordar cómo no dejé de pensar en lo que podría

decirle sobre el efecto que causaron en mí, puesto que, ante la primera oleada de deleite, pensé que esta vez me alejaría de mi hábito de disfrutar exclusivamente en forma pasiva y, dado que en verdad he disfrutado, debía cabalmente justificar mi admiración... e incluso, en calidad de colega en el oficio, ¡debía tratar de encontrar alguna falta y hacerle algún bien, como para sentirme orgulloso de ahora en adelante! Pero de todo eso no ha surgido nada... de modo que acabó por hacerse parte de mí el deseo de dirigirme a usted, a usted misma. Y así, por primera vez, mi sentimiento se expresa por completo. De veras, como le digo, amo estos libros con todo mi corazón... y también la amo a usted.

Elizabeth tenía treinta y nueve años y una salud endeble; raras veces salía de su casa. Estaba dominada por su padre, quien había impedido que sus hijos se casaran.

Debido a las objeciones de su padre, comenzaron a cartearse en secreto. Su correspondencia fue tan abundante que ocupa dos gruesos volúmenes. Elizabeth registró su cortejo, a partir de su contacto inicial, en sus famosos *Sonetos del portugués*, que abarcan todas las emociones humanas, con inclusión de la felicidad, el arrepentimiento por los errores cometidos, la esperanza, y siempre el amor.

En mayo de 1845 Elizabeth finalmente permitió que Robert la visitara. Desde entonces, se encontraron en secreto una vez por semana. En septiembre escribió: "Llegaste a mí más profunda-

mente de lo que pensé que incluso tú podrías llegar... En lo sucesivo, soy tuya para todo, menos para hacerte daño”.

Siguieron encontrándose durante otro año y escribiéndose casi a diario, a veces dos veces por día. Después de rechazar sus propuestas, por fin se declaró vencida por sus cartas y visitas, y se convirtieron en amantes.

Robert la instaba a que se casara con él para luego trasladarse a Italia. Elizabeth se mostraba renuente, pero al cabo de mucho pensarlo, estuvo de acuerdo. Como sabía que su padre objetaría el casamiento, la boda de Elizabeth y Robert se realizó en secreto, el 12 de septiembre de 1846, y una semana más tarde dejaron Inglaterra para dirigirse a Italia, primero a Pisa, luego a Florencia, y por último a su hogar definitivo, en Casa Guidi.

Elizabeth no volvió a ver a su padre, y su padre nunca la perdonó. Todas las cartas que ella le escribió fueron devueltas sin abrir.

Si no hubiera sido por esta relación, el mundo probablemente jamás habría podido disfrutar de palabras como éstas:

¿Cómo te amo? Contaré los modos.

*Te amo con las tres dimensiones que mi alma,
incluso más allá del infinito alcanza,
en busca del Ser y la Gracia ideal.*

*Te amo en la necesidad cotidiana más humilde,
bajo el sol o la lumbre de la vela.*

*Te amo libremente, como los hombres que luchan
por el Bien.*

*Te amo puramente, como aquellos que se alejan
del Elogio.*

*Te amo con la pasión puesta a prueba
en mis viejos pesares, y con la fe de mi infancia.
Te amo con el amor que, junto a mis santos,
creí perder... Te amo con el hálito,
las sonrisas y las lágrimas de mi vida toda...
Y, si Dios lo quiere, he de seguirte amando incluso
muerta.*

Lilian Kew

Hasta que la muerte nos separe

Muchos amantes juran que estarán juntos para siempre, en la vida y en la muerte, pero yo no creo haber oído hablar de nadie cuya lealtad y devoción puedan compararse con las de la señora de Isidor Straus.

Corría el año 1912. La señora Straus y su esposo eran pasajeros del *Titanic* durante su ominoso viaje. No muchas mujeres se hundieron con el barco, pero la señora Straus fue una de las pocas que no sobrevivió, debido a una razón muy simple: no pudo soportar abandonar a su marido.

Así es como Mabel Bird, la camarera de la señora Straus, quien sobrevivió al desastre, relató la historia después de ser rescatada:

“Cuando el *Titanic* comenzó a hundirse, mujeres aterrorizadas y niños fueron los primeros en ser conducidos a los botes salvavidas. El señor y la señora Straus se mostraban calmos, confortaban a los pasajeros y ayudaban a muchos de ellos a subir a los botes.

—De no haber sido por ellos —declaró Mabel—, me habría ahogado. Yo estaba en el cuarto o quinto bote salvavidas. La señora Straus hizo que subiera y me cubrió con unas mantas pesadas.

Luego, el señor Straus suplicó a su esposa que subiera al bote con su camarera y los demás. La señora Straus comenzó a hacerlo. Tenía un pie en la borda, pero luego, de repente, cambió de idea, se dio vuelta y volvió al barco que se hundía.

—¡Por favor, querida, sube al bote! —rogó su marido.

La señora Straus miró profundamente a los ojos al hombre con quien había pasado la mayor parte de su vida, el hombre que había sido su mejor amigo, su verdadero compañero del alma, y siempre un consuelo para su corazón. Se aferró a su brazo y acercó su cuerpo tembloroso al de ella.

—No —dicen que contestó la señora Straus en tono desafiante—. No subiré al bote. Estuvimos juntos muchísimos años. Ahora somos viejos. No te dejaré. Adonde tú vayas, iré yo.

Y ése fue el último instante en que se los vio, de pie, sobre la cubierta, con los brazos entrelazados, la devota esposa apretada valientemente contra su esposo, el amante esposo apretado con gesto protector contra su esposa, mientras el barco se hundía. Juntos para siempre...

Barbara De Angelis

Buenos augurios

Ahora sola la mayor parte del tiempo, y agradecida porque al menos uno de sus ojos todavía le resulta útil, la esposa lee mucho, en especial libros de otras mujeres que cuentan historias con las cuales ella puede identificarse. Al recorrer las páginas con una lapicera en la mano, subraya las partes buenas. Antes señalaba tales fragmentos para compartirlos con su esposo.

Sigue haciéndolo por un hábito establecido hace mucho tiempo. Un hijo que viene de visita puede esperar que lo embistan con textos sacados de páginas ya leídas o con un insistente "Escucha esto", mientras su madre menciona citas extraídas de su último libro o revista.

Sin embargo, algunas citas resultan demasiado privadas, no deben ser compartidas, y quedan guardadas en una libreta. ¿Un ejemplo? Estas líneas de *Cabin Fever* (Mal de encierro), de Elizabeth Jolley, donde una mujer observa: "Experimento de nuevo el deseo, muy en lo hondo, de formar otra vez parte de una pareja casada, de sentarme junto al fuego en invierno con el hombre que es mi esposo. Tan intenso es este deseo que, si escribo la palabra "esposo" en un papel, mis ojos se llenan de lágrimas. La palabra

“esposa” es todavía peor”. Esta cita no es algo que ella le leería a uno de sus hijos. ¿Por qué estas líneas le resultan dolorosas?

Podemos empezar por la primera foto de un gastado álbum de bodas. Allí están ellos, volviendo del altar, enfrentándose con sonrisas vacilantes a una iglesia llena de parientes y amigos. La novia no llevaba anteojos ese día. Por eso, todo le parecía una mancha con luz de velas, hileras de flores rojas, y caras que presumiblemente eran amistosas.

Caminaron hacia la parte delantera de la iglesia y permanecieron de pie en la puerta, mientras los asistentes desfilaban junto a ellos. De colegas y antiguos compañeros de estudios recibieron alegres manifestaciones de buenos augurios, encubiertas por chistes torpes. Algunos de la familia, sin embargo, no estaban complacidos con ese desarrollo de los hechos. Una madre ya había sido sacada de escena, y sollozaba en un auto. La otra permanecía de pie allí, rodeada por simpatizantes que le ofrecían sus condolencias. Las dos buenas mujeres podían haberle asegurado a usted que sólo querían lo mejor para sus hijos, que habían trabajado y se habían esclavizado para lograrlo, pero “lo mejor” era definido por ellas a su manera, en aquellas épocas difíciles de hace mucho tiempo. Y eso significaba quedarse en casa para apoyar a la familia, no irse para casarse.

La última persona que se acercó a la pareja fue una mujer baja y robusta, quien les sonrió al darles la mano y los felicitó, pero sin llamarlos por sus nombres sino diciéndoles “esposa” y “esposo”.

—Soy la tía Esther Gubbins —explicó—. Estoy aquí para decirles que van a tener una buena vida y

que serán felices. Trabajarán duro y se amarán el uno al otro.

Pronunció las palabras con lentitud y cuidado, mirando alternativamente a él y a ella. A continuación, con gran rapidez para una persona de su edad y corpulencia, se marchó. Y luego ellos partieron, en un Buick de 1938 tomado en préstamo. Con dinero que les había prestado el hermano del novio pudieron permitirse unos pocos días en un alojamiento de un parque estatal. Sentados allí a la noche siguiente, ante un gran fuego de roble, repasaron los acontecimientos de su día de bodas, comenzando por el hecho de que a él le habían tenido que achicar una camisa alquilada demasiado grande, para luego apretarle encima una chaqueta alquilada demasiado estrecha. Recordaron los buenos deseos de sus amigos, la angustia mal disimulada de sus madres y, finalmente, el extraño mensaje de la mujer que se había identificado como "la tía Esther Gubbins".

—¿Quién es la tía Esther Gubbins? —quiso saber la esposa—. ¿Es hermana de tu madre o de tu padre?

—¿No es tu tía? —preguntó él—. Nunca la había visto hasta ese momento.

Se preguntaron quién sería. ¿Alguien que había ido a la iglesia equivocada, o a una hora equivocada, confundiéndolos con otras dos personas? ¿O era una anciana señora a quien simplemente le gustaba llorar en las bodas y buscaba anuncios en los boletines eclesiásticos?

Con el paso del tiempo y la acumulación de nietos en cantidades que hoy serían consideradas excesivas, las madres se reconciliaron y llegaron a apreciarse. Una hacía pilas de ropa deportiva para los

chicos usando remanentes de algodón rayado de sus propios grandes vestidos de entrecasa. La otra tejía gorros, mitones, sacos y bufandas. Los padres siempre se habían llevado bien. Hablaban de política y contaban historias acerca de cómo habían crecido siendo inmigrantes en esa ciudad hostil. La vida de esta pareja no salía de lo común. El esposo podía describirse como taciturno, poco demostrativo. Uno diría que la esposa parecía más exuberante, más expansiva. Extrañamente, ninguno de los dos, en aquellos tiempos de gran especialización, preguntaba “¿A quién le corresponde esta tarea?”, ni afirmaba “¡Esta tarea no me corresponde!”. Ambos actuaban para solucionar necesidades a medida que el momento y la oportunidad lo permitían: investigando para un curso que estaba haciendo uno de ellos, o para un discurso que debía preparar; buscando a tientas gotas para los oídos en el botiquín de los remedios, en mitad de la noche, a fin de calmar el llanto de un chico; tirando una carga más de ropa blanca sobre la pila perpetua ubicada bajo la pileta.

Al volver al cabo de un día de duro trabajo, él se paraba en la puerta y anunciaba: “¡Esposa, ya estoy aquí!”. Y ella, refrenando el impulso de abandonarse a una retahíla de bien fundadas quejas, gritaba desde algún rincón de la casa: “¡Esposo, me alegro!”.

Sus hijos fueron una fuente de gran placer para ellos. ¿Eran comunes? No para sus padres, que los amaban. ¿En forma desmesurada? Sólo si uno cree que el amor debe ser cuidadosamente medido, y que los chicos serán malcriados si reciben demasiado.

Cada tanto, por lo general cerca de la fecha de su aniversario, sacaban a relucir su vieja discusión

acerca de la tía Esther Gubbins, una discusión que reflejaba la distancia entre lo práctico y lo imaginativo, lo pragmático y lo romántico. Él insistía en que la persona llamada Gubbins estaba presente en la boda en forma accidental. Pero ella sabía que, dado que nunca había sido identificada por aquellos a quienes les habían preguntado, y que resultaba desconocida en el cerrado círculo de la comunidad de la iglesia, no estaba allí sólo para protegerse del frío y llorar en una boda. Tenía una misión. Los chicos tomaban partido con entusiasmo: los que tenían los pies en la tierra contra los fantasiosos.

Ahora, él se había ido y ella estaba sola. Al recordar su vida, la esposa se pregunta si una de esas pavas o cacerolas —que, como todos saben, ella ha dejado sobre el fuego hasta quemarlas por estar preocupada—, causara el incendio de la casa, ¿qué correría a salvar? ¿El camafeo de su madre, fotos de su esposo rodeado por los nietos, la llave de la caja de caudales, cuarenta y siete dólares escondidos en una vieja azucarera?

No. Sería el gastado reverso amarillento de un sobre que ha guardado durante mucho tiempo. A pesar de ser mujer que a menudo no sabe dónde están las cosas e invierte gran cantidad de tiempo en buscarlas, ella sabe exactamente dónde puede encontrar ese objeto: debajo de unas servilletas de Madeira que se usaban en ocasiones festivas. El esposo se había dormido en su silla una noche, cabeceando sobre una gruesa novela de espionaje que estaba leyendo. Ella le escribió una nota en el reverso del sobre y se la dejó sobre el libro:

“Esposo, fui hasta la casa de al lado para ayudar a la señora Norton a deducir los reintegros de su obra social”.

A la mañana siguiente, vio que él había escrito debajo de su mensaje: “Esposa, te extrañé. Pensaste que estaba dormido, pero sólo estaba descansando la vista y pensando en aquella mujer que nos habló en la iglesia hace mucho tiempo. Siempre me pareció que no tenía la forma adecuada para ser una mensajera celestial, pero de todos modos es hora de dejar de preguntarse si vino del cielo o de la parroquia vecina. Lo que importa es esto: quienquiera haya sido, la tía Esther Gubbins tenía razón”.

Katharine Byrne

Amor sin palabras

Al volver a casa tras una estadía de cuatro días en el hospital, insisto en que lavarme el pelo es una urgencia inmediata. En realidad, no es así. Un cálido cuarto de baño lleno de vapor parece ser el lugar perfecto para esconderme del miedo que me oprime el corazón.

He postergado el momento inevitable durante todo el proceso de desvestirme, y lo postergué al dejarme bajo la jabonosa agua caliente. Pero ya no puedo postergarlo más. De modo que permito que mi vista se dirija hacia abajo lenta y cautelosamente. Hacia el lugar vacío donde solía estar mi pecho izquierdo.

Está magullado... verde y amarillo, y lleno de puntadas negras cubiertas de sangre seca. Es una indignidad tan grande, tan brutalmente horrible.

Rápidamente elaboro exóticos planes mentales para evitar que mi marido, Jim, vuelva a verme desnuda. La pasión mutua ha sido una fuerza muy grande en nuestro matrimonio. Pero ahora, todo eso parece terminado. ¿Cómo puedo atraerlo con una figura cercenada, mutilada? Sólo tengo cuarenta y tres años, y estoy tan avergonzada de mi cuerpo

debido a esta traición. Me reclino en la bañera mientras me invaden oleadas de tristeza.

La puerta del cuarto de baño se abre y Jim atraviesa enseguida mi nube de autoconmiseración. Sin decir una palabra, se inclina para apoyar con lentitud los labios sobre cada uno de mis párpados. Sabe que que ésa es mi favorita entre todas nuestras tradiciones privadas para decirnos "te quiero". Siempre en silencio y sin vacilar, se inclina todavía más. Me preparo para la repugnancia casi indisimulada.

Jim mira directamente hacia mi herida y con ternura besa las puntadas espinosas. Una vez. Dos veces. Tres veces. Se incorpora y me sonríe con amor. Luego me arroja un beso especial por vía aérea, mi segunda tradición favorita, y cierra con suavidad la puerta detrás de él. Lágrimas cálidas, agradecidas, ruedan por mis mejillas y caen en el agua de la bañera. La herida de mi pecho sigue allí. Pero la de mi corazón ha desaparecido.

Margie Parker

Inseparables

*El amor cuenta las horas como meses; y los días
como años; y cada pequeña ausencia es una era.*

John Dryden

Al final, cuando las estadísticas de su romance fueron verificadas, emergió este detalle asombroso: Paul y Linda McCartney pasaron casi todas las noches juntos.

En treinta años sólo permanecieron apartados un día. En otras circunstancias, Linda viajaba con los Beatles y con las otras bandas de Paul. Él la acompañaba a ella en los viajes que realizaba para promocionar sus fotografías y sus libros de cocina.

En casa o afuera dormían bajo el mismo techo, mezclando el aliento y el sudor y los recuerdos.

Hace pocas noches, me enteré de que Linda McCartney había muerto; yo estaba en una ciudad que no conocía, compartiendo la cena con una gran cantidad de otros periodistas.

La mayoría de nosotros habíamos volado hasta allí sólo para asistir a una conferencia, y habíamos dejado a la familia en casa.

Durante la cena hablamos de cosas sin importancia, lo mejor que pueden hacer los extraños. Me sentía artificial, como en un escenario, no era yo misma.

Pero el hombre que estaba a mi lado parecía real. Mientras hablábamos, a menudo miraba hacia su esposa, sentada del otro lado de la mesa, ocupada en su propia conversación.

En su juventud, me contó, había viajado por el mundo, sediento de aventuras, cubriendo guerras y cataclismos. Dos de sus matrimonios fracasaron. Se asentó y volvió a casarse... Luego había pasado el último año en Sudáfrica.

Su esposa no podía estar con él salvo durante breves visitas. Tiene una profesión exitosa aquí.

Ahora, al borde de los sesenta años, a él le encantaría regresar a Sudáfrica. Pero una sensación nueva lo retiene.

Me dijo:

—Quiero estar con ella. Quiero estar con ella todas las noches.

Tragué saliva, hice un gesto de asentimiento y dije:

—La vida es corta.

Es extraño: cuando uno es joven, dice “la vida es corta” para justificar los viajes, geográficos o emocionales. Cuando uno es mayor, dice lo mismo para justificar el hecho de quedarse en casa con alguien a quien ama.

Esa clase de relación resulta asfixiante para algunas personas. Quieren espacio. Temen ser absorbidas o perderse en una pareja rígida. En la primera época de mi matrimonio me sentí de esa manera. Nuestro trabajo a menudo nos separaba. Yo volaba a algún lado. Él volaba a otro. Eso resultaba fortalecedor y, cuando no provocaba soledad, parecía saludable. Hasta encontramos una buena metáfora: viajábamos por la vida en barcos diferentes que anclaban, cada vez que podían, en el mismo puerto.

Ahora, no queremos más que atar nuestros pequeños chinchorros a la misma boya, mecernos juntos, suavemente, a lo largo de cada noche.

Nuestros amigos hablan del mismo cambio en sus corazones.

¿Qué ha ocurrido?

En primer lugar, uno se da cuenta de que compartir los detalles del día por teléfono nunca es tan bueno como compartir el día. Si estamos uno junto al otro, la vida nos llega simultáneamente. Los dos tenemos los mismos recuerdos, cuyos detalles se combinan cada vez que volvemos a contarlos.

Alejados, cada uno elabora recuerdos separados. Sean o no importantes, sólo resultan historias para el que no ha estado allí.

Además, cuando uno mira hacia atrás, contabiliza demasiadas semanas, demasiados meses malgastados en lugares tontos por razones insignificantes. Y cuando uno mira hacia adelante, ya no tiene que entrecerrar los ojos para ver que el final está cerca, cada vez más cerca.

A una edad madura, uno a veces siente que sólo tiene días para vivir.

Cuando era chica, mis amigos y yo teníamos un pequeño juego que consistía en fingir que una bomba nuclear avanzaba en nuestra dirección. Teníamos diez minutos de vida. ¿Qué haríamos? ¿Adónde iríamos? ¿A quién nos gustaría tener de la mano cuando llegara el final?

Paul y Linda McCartney dedujeron esto muy pronto, luego se mantuvieron juntos durante treinta años. Entre la música, las risas y los buenos momentos, sospecho que se olvidaron de que alguna vez tendrían que soltarse.

Susan Ager

4

ENTENDERSE UNO AL OTRO

No hay nada que se pueda hacer, lograr o comprar que opaque la paz, la alegría y la felicidad de estar en comunión con el compañero a quien se ama.

Evelyn y Paul Moschetta

La tarjeta para anotar tantos

Amar es poner nuestra felicidad en la felicidad de los otros.

Gottfried Wilhelm Van Lubreitz

La película terminó y la habitación se llenó de charlas. El fuego cálido, las centelleantes luces de Navidad y las risas de la familia hicieron que yo sonriera satisfecha. En el instante en que mamá dijo: “¿Quién quiere...?”, la habitación quedó vacía con más rapidez que las tribunas en un partido de fútbol que se está perdiendo.

Mi novio, Todd, y yo fuimos los únicos que nos quedamos. Con una expresión de asombro en la cara, me preguntó qué acababa de pasar. Comprendiendo la risa en la cara de mamá, respondí:

—Vamos a ponerle nafta al auto de mi madre.

Él contestó enseguida:

—Afuera hace mucho frío, y son casi las once y media.

Con una sonrisa, le dije:

—Entonces será mejor que te pongas tu chaqueta y los guantes.

Después de sacar a toda prisa el hielo que se

había formado sobre el parabrisas, nos apretujamos dentro del auto. Durante el camino hacia la estación de servicio, Todd me pidió que le explicara por qué diablos estábamos yendo a buscar combustible para mamá a tan altas horas de la noche. Riéndome por lo bajo, dije:

—Cuando mis hermanos y yo volvemos a casa durante las vacaciones, ayudamos a papá a conseguir combustible para mamá. Para todos nosotros eso se ha convertido en un juego. Podemos adivinar cuándo mamá va a pedirlo, y el último que queda en la habitación debe ir.

—¡Estás bromeando! —reaccionó Todd.

—No hay manera de salvarse —dije.

Mientras cargábamos nafta, batíamos palmas y saltábamos para permanecer en calor.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué tu mamá no se encarga ella misma de ponerle nafta al auto? —preguntó Todd.

Con una expresión de regocijo en los ojos, dije:

—Sé que parece una locura, pero deja que te explique. Hace siglos que mamá no carga nafta. Papá siempre lo hace en su lugar.

Sin dejar de mirarme confundido, Todd preguntó si mi padre nunca se cansaba de cargar nafta para su esposa todo el tiempo. Sacudí la cabeza y me limité a decir:

—No, nunca se ha quejado.

—Es cosa de locos —contestó Todd enseguida.

—No, en realidad no lo es —expliqué con paciencia—. Cuando volví a casa durante las vacaciones después de mi primer año de facultad, pensaba que lo sabía todo. Estaba en ese gran movimiento de

independencia femenina. Una noche, mamá y yo estábamos envolviendo regalos y le dije que, cuando me casara, mi esposo iba a ayudar a limpiar, a lavar la ropa, a cocinar, a hacer de todo. Luego le pregunté si ella nunca se cansaba de lavar la ropa y los platos. Me contestó con calma que eso no la molestaba. Me resultó difícil creerle. Empecé a endilgarle un discurso acerca de que estábamos en la década del noventa y que había igualdad entre los sexos.

"Mamá me escuchó con toda paciencia. Luego, después de hacer a un lado la cinta para los moños, me miró a los ojos: "Algún día, querida, lo entenderás."

"Eso sólo logró irritarme. No entendía nada. Entonces exigí más claridad. Mamá sonrió y empezó a explicar: "En un matrimonio, hay algunas cosas que te gusta hacer y otras que no. De modo que, juntos, deducen qué pequeñas cosas están dispuestos a hacer el uno por el otro. De veras no me molesta encargarme de lavar la ropa. Claro, lleva algo de tiempo, pero es algo que hago por tu papá. Por otra parte, a mí no me gusta cargar nafta. El olor de las emanaciones me molesta. Y no me gusta estar de pie en el frío. Entonces, tu papá le pone nafta a mi auto. Tu papá hace las compras para la comida, y yo cocino. Tu papá corta el pasto, y yo limpio. Podría seguir y seguir.

"Mira —continuó mi madre— en el matrimonio no hay una tarjeta para anotar los tantos. Uno y otro hacen pequeñas cosas para lograr que la vida resulte más fácil. Si piensas en ello como algo que ayuda a la persona que amas, no te molesta ocuparte del lavado de la ropa o de la cocina, o de cualquier tarea, porque lo estás haciendo por amor.

"Con el correr de los años, reflexioné a menudo sobre lo dicho por mamá. Ella tiene una magnífica forma de ver el matrimonio. Me gusta cómo mamá y papá se ocupan el uno del otro. ¿Y sabes algo? Un día, cuando esté casada, tampoco quiero tener una tarjeta donde anotar los tantos.

Todd permaneció inusualmente callado durante el resto del camino a casa. Después de apagar el motor, se volvió hacia mí y me tomó las manos con una sonrisa cálida y un centelleo en los ojos.

—Cuando tú quieras —dijo con voz suave—, cargaré nafta para ti.

Marguerite Murer

Conectándose

Dios está en los detalles.

Ludwig Mies van der Rohe

Mi esposa, Lisa, y yo estábamos luchando por sacar el pequeño periódico semanal que nos habíamos dedicado a publicar en Guthrie, Oklahoma. Yo escribía y Lisa vendía los avisos. Muchos días trabajábamos hasta bien pasada la medianoche, mientras el resto del pueblo y nuestros hijos dormían.

Una de esas noches, nos fuimos a la cama sólo para volver a salir de ella pocas horas más tarde. Comí los cereales, bebí una gaseosa grande, luego me dirigí a la ciudad de Oklahoma, a la imprenta. Lisa despertó a nuestros cinco hijos y mandó a la escuela a los tres mayores, con sus bolsas para el almuerzo. Yo estaba tan cansado que no tenía ganas de conducir. Lisa estaba tan cansada que no tenía ganas de hacer nada.

“Hace treinta grados y brilla el sol. Otro hermoso día”, anunció el locutor alegremente en la radio del auto. Lo ignoré.

Lo que no pude ignorar fue la necesidad provocada por haber bebido una gaseosa grande. Me di cuenta de que no lograría llegar a la ciudad, de

modo que me detuve en una parada de descanso de la ruta interestatal, a pocos kilómetros de nuestra casa.

Mientras tanto, Lisa, exhausta, se dedicaba a una muy familiar forma del arte: llamar a empresas de servicios públicos para explicar por qué los pagos estaban atrasados, y rogar que nos dieran un día más de agua caliente y aire acondicionado. Buscó y marcó el número de la compañía de electricidad.

Mientras bajaba del auto en la parada de descanso, oí que sonaba el teléfono público. Yo era la única persona que estaba allí, pero de todos modos miré a mi alrededor.

—Que alguien atienda —grité, tal como lo hacía en casa.

Tenía que ser el número más equivocado de todos los números equivocados, pensé. Luego me oí decir:

—¿Por qué no?

Me dirigí hacia el teléfono y levanté el tubo.

—Hola —dije.

Silencio. Seguido por un grito.

—¡Thom! ¿Qué diablos estás haciendo en la compañía de electricidad?

—¿Lisa? ¿Qué diablos estás haciendo, llamando al teléfono público de una parada de descanso?

Fuimos desde “no puedo creerlo” hasta “esto es cosa de fantasmas”. Yo esperaba ver aparecer a Rod Serling con el fondo musical de *Twilight Zone* (La dimensión desconocida).

Seguimos con el teléfono y nuestras exclamaciones se convirtieron en una conversación. Una verdadera conversación, sin apuros ni interrupciones, la primera que teníamos en mucho tiempo.

Incluso hablamos de la factura de la luz. Le dije que durmiera un poco, y ella me dijo que usara el cinturón de seguridad y que me desembarazara de la gaseosa.

Sin embargo, yo no quería cortar. Habíamos compartido una experiencia prodigiosa. Aun cuando los números de la compañía de electricidad y el teléfono público se diferenciaban solamente por un dígito, que yo estuviera allí cuando Lisa llamó estaba tan lejos de cualquier probabilidad que sólo podíamos suponer que Dios sabía que, esa mañana, ambos necesitábamos más que nada escuchar la voz del otro. Nos conectó.

Esa llamada fue el inicio de un sutil cambio en nuestra familia. Los dos nos preguntamos cómo nos habíamos dedicado tanto a nuestro trabajo y habíamos dejado a nuestros hijos con una extraña que los llevaba a la cama. ¿Cómo yo había podido sentarme a la mesa del desayuno y no decir buenos días jamás?

Dos años más tarde, dejamos la empresa que tanto había dominado nuestras vidas y yo conseguí un nuevo trabajo en la compañía telefónica. Ahora díganme si Dios no tiene sentido del humor.

Thom Hunter

Roles invertidos

Mary estaba casada con un hombre chauvinista. Ambos trabajaban con horario completo, pero él nunca hacía nada en la casa y, por cierto, no realizaba ninguna tarea doméstica. “Eso”, afirmaba, era responsabilidad de la mujer.

Pero una noche, Mary llegó a casa del trabajo y encontró a los chicos bañados, una carga de prendas en el lavarropa y otra en el secador, la cena sobre las hornallas y la mesa muy bien puesta, incluso con flores.

Se sintió muy asombrada, y enseguida quiso saber qué estaba pasando. Resultó que Charley, su esposo, había leído en una revista un artículo que sugería que las esposas dedicadas a trabajar afuera se sentirían más motivadas románticamente si no estaban tan cansadas por tener que ocuparse de todo el trabajo doméstico, además de desempeñarse en un empleo de horario completo.

Al día siguiente, corrió a contarles a sus amigas de la oficina.

—¿Cómo fue? —le preguntaron.

—Bueno, fue una cena estupenda —dijo Mary—. Charley se ocupó de ordenar, ayudó a los chicos a

hacer sus deberes, dobló la ropa seca y guardó todo.

—¿Pero qué pasó después? —quisieron saber sus amigas.

—Las cosas no salieron bien —dijo Mary—. Charley estaba demasiado cansado.

The Best of Bits and Pieces
(Lo mejor de Pizcas y Trocitos)

Una situación tirante

A veces, los recuerdos graciosos son la forma más especial de rememorar a un cónyuge amado. Ayuda a alejar un poco el sentimiento de pérdida. Antes de morir, a mi esposo le encantaba compartir esta historia con nuestros amigos. Ahora me hace sonreír el hecho de compartirla con ustedes.

El hijo de nuestro vecino iba a casarse en 1971 en una iglesia católica, fuera de la ciudad, y mi esposo y yo fuimos invitados. Enseguida corrimos a las grandes tiendas locales, donde compré un precioso vestido de hilo rosa con chaqueta y bonitos accesorios teñidos al tono. El vestido me quedaba un poco ajustado, pero tenía un mes antes de la boda, el 30 de junio, y pensaba perder unos kilos.

Llegó el 29 de junio y, por supuesto, no había rebajado ni un kilo; de hecho, había aumentado dos. Pero pensé que una buena faja nueva solucionaría todo. De modo que, al salir de la ciudad, nos detuvimos una vez más en las grandes tiendas. Entré corriendo y le dije a la empleada que necesitaba una faja de tamaño grande.

La empleada encontró la caja con la faja indicada, marcada G, y me preguntó si deseaba probármela.

—Oh, no, un tamaño grande me quedará bien. No necesito probármela.

Durante el día siguiente la temperatura subió mucho, de modo que esperé para vestirme hasta unos cuarenta y cinco minutos antes de la hora en que debíamos irnos. Abrí la caja y me encontré con una faja nueva, con bordes de satén, de casi cincuenta dólares, en tamaño chico.

Dado que era demasiado tarde como para ir a comprar otra, y el vestido no iba a quedarme bien sin una faja, empecé a luchar con ella en la habitación del hotel. ¿Alguna vez trataron de poner diez kilos de papas en una bolsa de cinco? Finalmente, riéndose como loco, mi marido tiró de los dos extremos y me hundió en la faja. Una vez acomodada, me puse todos los accesorios rosados, que no iban muy bien con mi cara color púrpura, y estuve lista para salir.

Durante todo el camino a la iglesia, mi marido no dejó de preguntarme:

—¿Estás bien? ¡Se te ve rara!

Luego se echaba a reír. ¡Los hombres realmente no aprecian todo lo que soportan las mujeres para lucir bien!

Mientras nos acomodábamos en el banco de la iglesia, me preguntó si iba a aguantar. Ahora se preocupaba porque yo respiraba en forma extraña. Le dije que estaría bien. Como somos bautistas sureños, y nuestras ceremonias de casamiento duran treinta minutos o menos, supuse que aquella ceremonia no sería demasiado larga.

Sentadas en nuestro mismo banco había dos pequeñas damas ancianas, quienes se presentaron cortésmente. Luego, una de ellas dijo:

—¿No es hermoso? Va a haber una misa solemne.

—Oh, sí, hermoso —dije yo. Luego me volví hacia mi esposo y le pregunté: —¿Qué es una misa solemne?

Él se encogió de hombros.

Por desgracia, iba a enterarme de que esa misa especial duraría una hora veintidós minutos y ocho segundos y medio... ¡hasta que el sacerdote terminó de bendecir todo excepto mi faja!

En el extremo izquierdo de la iglesia, la madre de la novia lloraba, y en nuestro extremo, lloraba yo. Una de las ancianitas codeó a la otra y dijo:

—Oh, mira, está muy emocionada.

Tenían razón... ¡nunca me había sentido tan emocionada en toda mi vida! Tenía los tobillos hinchados, las rodillas azules, y mis muslos habían perdido la capacidad de sentir. Mi marido me apantallaba con mis accesorios rosados, haciéndome preguntas y tratando de consolarme.

Tan pronto como el sacerdote declaró a los novios marido y mujer, y el cortejo volvió por el pasillo hacia la entrada de la iglesia, me puse en posición en calidad de quinta "dama de honor", con mi esposo justo detrás de mí, que no dejaba de preguntarme:

—¿Estás bien? ¿Te ayudo? ¿Puedes respirar?

—¡Por favor, sácame de aquí! —dije sin aliento.

Atravesamos a toda prisa la playa de estacionamiento en dirección a nuestro auto y, una vez allí, él abrió la puerta delantera y la trasera contra el auto de al lado. Y allí mismo, ante Dios, la humanidad y los concurrentes a la boda, ¡saqué mi cuerpo lastimado y

maltrecho fuera de aquella faja! Luego, con gran horror de mi parte, justo mientras levantaba un pie para apartar aquella cámara de tortura elástica de mi cuerpo, de una vez por todas, la estúpida faja se catapultó fuera de mi mano y aterrizó debajo del auto de al lado. Mi marido se reía tanto que ni siquiera atinaba a inclinarse para tratar de recuperarla, y yo me sentía demasiado desdichada como para que eso me importara. De modo que nos limitamos a irnos.

Durante años, él y yo a menudo nos preguntamos qué habrán pensado los feligreses de aquella elegante iglesia del distrito residencial cuando, a la mañana siguiente, encontraron una estiradísima faja de casi cincuenta dólares, con bordes de satén, tamaño chico, en su playa de estacionamiento.

Barbara D. Starkey

La mujer más rica del mundo

Acabo de pasar cuatro días con una amiga casada con un hombre de mucho dinero. Él le dio un anillo de rubíes de 35.000 dólares como regalo de compromiso. Para el Día de la Madre, le regaló un collar de esmeraldas valuado en 25.000 dólares. Gastó 250.000 dólares para volver a decorar la enorme casa que poseen, con un terreno de cinco acres. Para hacer el cuarto de baño invirtieron 120.000 dólares. Hasta el perro come en una fuente de plata con su nombre grabado en ella.

El esposo la ha llevado a recorrer todo el mundo: Tahití por el sol, París por la ropa, Londres por el teatro, Australia por la aventura. No hay lugar adonde ella no pueda ir, no hay nada que no pueda comprar, excepto una cosa: él no la ama en la forma en que ella quiere ser amada.

Ayer a la noche, muy tarde, mi amiga y yo estábamos sentadas en su estudio, hablando como sólo pueden hacerlo dos mujeres que se conocen desde niñas. Hablamos de nuestro cuerpo y de los cambios que experimentaba con el paso de los años; el de ella, por ejemplo, se ha redondeado debido a la nueva vida que lleva en él. Hablamos de aquello en lo

que solíamos creer y acerca de nuestra búsqueda de nuevos sentidos. Y hablamos de nuestros hombres... el de ella, un exitoso financista, el mío, un artista luchador y muy esforzado.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

Ella permaneció callada un instante, jugueteando con el brillante de tres kilates de su anillo de bodas. Luego, con lentitud y casi en un susurro, comenzó a explicar. Apreciaba su riqueza, pero la habría cambiado en un segundo por cierto tipo de amor del que no disfrutaba con su esposo. Lo amaba intelectualmente más que “sentimentalmente”. No respetaba muchos de los valores de la vida que él sí tenía en cuenta, y eso la alejaba de él desde el punto de vista del sexo. Aunque su marido estaba completamente dedicado a ella y se preocupaba por su bienestar, no le brindaba la experiencia de ser amada en todo momento: el afecto, la ternura, las palabras que usan los amantes, el hecho de escuchar, la sensibilidad, el enriquecimiento espiritual, el respeto, la voluntad de participar con ella en la creación cotidiana de una relación.

Mientras la escuchaba, me di cuenta, más que nunca, de que el amor de mi verdadero compañero me hace más rica que todos los bienes materiales que me pudiera dar un hombre. No era la primera vez que sentía esto profundamente, pero, una vez más, fue un recordatorio de mi enorme suerte.

Y pensé en el cajón lleno de tarjetas y cartas de amor que él me escribió, y en los tres agregados últimos, tan deliciosos, que llevo en la cartera. Pensé en su contacto, en cuando me toma la mano con gesto protector al cruzar la calle, en cuando me pasa la mano por el pelo al estar apoyada en sus rodillas,

en cuando me acaricia el cuello y me besa toda la cara si yo acierto los resultados de sus adivinanzas. Pensé en las aventuras que nuestras mentes corren juntas, explorando ideas y conceptos, entendiendo nuestro pasado, entreviendo nuestro futuro. Pensé en nuestra confianza, y en nuestro respeto, y en nuestra sed de vida y aprendizaje.

Y en ese momento vi que mi amiga me envidiaba, que envidiaba mi relación. Ella, que estaba allí sentada en su casa lujosa, envuelta en joyas y esplendor, envidiaba nuestra vitalidad, nuestro espíritu juguetón, nuestra pasión, nuestro compromiso... sí, nuestro compromiso.

Porque, en ese momento, vi que lo más grande que tenemos es nuestro compromiso: el hecho de amarnos total y completamente, con tanta profundidad como sepamos hacerlo, mientras podamos hacerlo.

No es un compromiso que haya sido declarado ante otros, o, tal vez, ni siquiera haya sido enunciado entre nosotros.

No está simbolizado por un brillante, ni tampoco por una simple alianza de oro.

No está definido por el tiempo, ni tampoco por el espacio en el cual vivimos separados o juntos.

Es más bien un compromiso existencial, reafirmado cada vez que nos acercamos el uno al otro llenos de alegría, cada vez que nos decimos la verdad, cada vez que uno apoya o conforta al otro, cada vez que compartimos una emoción o una clarividencia recientemente descubierta.

Es un compromiso redescubierto en forma constante a medida que, en forma cotidiana, cada uno de nosotros redescubre quiénes somos y cuánto amor es capaz de dar nuestro corazón.

Es un compromiso que resulta un verdadero matrimonio del espíritu... cuya ceremonia de unión se encuentra en la totalidad de los momentos en que nos amamos, cuyo aniversario se encuentra en la totalidad de los días en que nuestro amor crece.

Hoy, cuando llegué a casa, encontré esperándome un cheque sustancioso, un dinero en el que no había pensado. Y me reí ante los números carentes de significado, todos dispuestos en hilera.

Porque anoche, después de hablar con mi amiga, entendí la diferencia entre tener dinero y ser realmente rico. Y supe que yo era la mujer más rica del mundo.

Barbara De Angelis

La guerra de las mayonesas

En la época en que yo era un cristiano reciente, solía jactarme de que el promedio de divorcios entre los cristianos practicantes era sólo de uno entre mil matrimonios.

Lamento decir que ese argumento se derrumbó hace mucho tiempo.

De hecho, en mi calidad de vendedor y crítico de libros, noto que cada vez hay más títulos referidos a problemas conyugales entre cristianos. Después de todo, el voto era “en las buenas y en las malas” y, al mirar hacia atrás con respecto a mi propio matrimonio, veo cuántos escollos ocultos surgieron a partir de expectativas equivocadas.

Mi esposa pensó que se casaba con un futuro genio, y yo supuse que toda esposa nueva salía de un aviso de una revista del hogar, con una botella de detergente en una mano, la otra ocupada en revolver salsas, y con un sello de aprobación en la frente.

¡Sorpresa!... Ambos estábamos equivocados. Hice ese descubrimiento la primera noche en que abrí la heladera para prepararme un sándwich.

—Oye, querida... ¿dónde está la mayonesa Sol de Oro?

Silencio. Y luego:

—Querido... yo no uso Sol de Oro, uso Milagro Amarillo.

Silencio otra vez.

En el curso de los días siguientes, descubrimos que a ella le gustaba determinada marca de aceite, mientras que yo arrasaba con cualquiera que estuviese en oferta. A mí me gustaban las aceitunas verdes, ella las odiaba y sólo comía aceitunas negras. Cuando yo, temblando, encendía el radiador o la manta eléctrica, ella aparecía detrás de mí y los apagaba. Al igual que en su infancia, le gustaba pasear en auto los domingos por la tarde... a lo cual yo reaccionaba:

—Sí, claro, pero eso era cuando el combustible estaba barato. En lugar de eso, veamos una película vieja.

Lo peor de todo fue descubrir que ella era una persona de la mañana, que saltaba de la cama fresca como una lechuga, mientras yo me despertaba con el pijama clavado en el colchón.

—Si Dios hubiera querido que el hombre viera el amanecer —le explicaba—, lo habría programado para que ocurriera mucho más tarde.

La noche en que nos dimos cuenta de que a ambos nos gustaba el jabón Blancanieves, lo festejamos.

Supongo que descubrimos que ningún desacuerdo es tan pequeño como para no convertirse en un gran problema, y que dos monólogos no equivalen a un diálogo. Pero, más que nada, aprendimos que ya no pertenecíamos a los universos separados en los que vivíamos cuando éramos solteros. Ahora nuestra

tarea consistía en forjar un nuevo universo, en el que habitaríamos juntos.

Después de todos estos años, sigo siendo una persona nocturna, y mi esposa es siempre una gloria de la mañana. En cuanto a lo del genio, lo único que puede hacer es conformarse. Es probable que yo siempre permanezca del lado de los mortales comunes. Y en cuanto a mí, llegué a darme cuenta de que es más fácil que ella salga de las páginas de un diario sensacionalista que de las de una revista del hogar.

Pero nos queremos... y el resultado es que a ella ha llegado a gustarle la sémola en el desayuno (o en cualquier otro momento), mientras que, por fin, yo he entendido que la basura no se traslada por sí misma afuera.

Ahora tenemos controles separados con respecto a la manta eléctrica. Yo me pongo un suéter cuando tengo frío. Y en la heladera, uno junto al otro como una satisfecha pareja de tortolitos, hay un frasco de mayonesa Sol de Oro y otro de mayonesa Milagro Amarillo.

Nick Harrison

Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer

Thomas Wheeler, gerente de la Compañía de Seguros de Vida de Massachusetts, y su esposa, avanzaban por una carretera interestatal cuando él notó que el auto tenía poco combustible. Wheeler se apartó de la ruta en la siguiente salida y pronto encontró una ruinoso estación de servicio, con un solo surtidor. Le pidió al solitario empleado que llenara el tanque y revisara el aceite, luego fue a dar un pequeño paseo por el lugar para estirar las piernas.

Al volver al auto, advirtió que el empleado y su esposa conversaban animadamente. La conversación quedó interrumpida cuando él le pagó al empleado. Pero mientras subía al auto, vio que el empleado hacía un gesto de saludo y le oyó decir:

—Fue estupendo hablar contigo.

Mientras salían de la estación de servicio, Wheeler le preguntó a su esposa si conocía a aquel hombre. Ella enseguida admitió que así era. Habían ido juntos a la escuela secundaria y habían salido en forma permanente durante casi un año.

—Caramba, tuviste suerte cuando aparecí yo —se

jactó Wheeler—. Si te hubieras casado con él, serías la esposa de un empleado de una estación de servicio, en lugar de la esposa de un alto ejecutivo.

—Querido mío —contestó su mujer—, si me hubiera casado con él, él sería el alto ejecutivo, y tú serías el empleado de la estación de servicio.

The Best of Bits & Pieces
(Lo mejor de Pizcas y Trocitos)

5

SALVANDO OBSTÁCULOS

Tu corazón no estará vivo hasta que no haya experimentado el dolor... El dolor del amor abre el corazón, aun cuando sea duro como la piedra.

Hazrat Inayat Khan

Donde el amor toca tierra

Sólo cuando en verdad sepamos y entendamos que tenemos un tiempo limitado en la Tierra —y que no hay forma de saber cuándo se nos termina—, comenzaremos a vivir cada día al máximo, como si fuera el único que tenemos.

Elisabeth Kübler-Ross

Nadie sabe dónde tocarán tierra las alas del amor. A veces, eso sucede en los lugares más insólitos. Nada sorprendió más que bajara en un hospital de rehabilitación de un suburbio de Los Ángeles... un hospital donde la mayoría de sus pacientes ya no pueden moverse por sus propios medios.

Cuando los miembros del personal se enteraron, algunas enfermeras se echaron a llorar. El administrador no sabía muy bien qué hacer, pero a partir de ese momento, Harry McNamara bendeciría aquel día como uno de los más grandes de toda su vida.

Ahora el problema consistía en cómo iban a hacer el vestido de novia. Él sabía que su personal encontraría una forma, y cuando una de las enfermeras se ofreció, Harry se sintió aliviado. Quería

que aquél fuera el mejor día en la vida de dos de sus pacientes: Juana y Michael.

Michael, atado a su silla de ruedas y respirando por su aparato de oxígeno, apareció una mañana en la puerta de la oficina de Harry.

—Harry, quiero casarme —anunció.

—¿Casarte? —Harry se quedó boquiabierto. ¿Qué grado de seriedad tenía aquello? —¿Con quién? —preguntó.

—Con Juana —dijo Michael—. Estamos enamorados.

Enamorados. El amor se había abierto camino a través de las puertas del hospital hasta llegar a dos cuerpos que se rehusaban a funcionar, y había entrado en sus corazones... a pesar de que los dos pacientes no podían ni vestirse ni alimentarse por sí mismos, necesitaban aparatos de oxígeno para respirar y jamás volverían a caminar. Michael tenía una atrofia muscular en la columna; Juana tenía esclerosis múltiple.

La seriedad de la idea de casarse se hizo muy evidente cuando Michael sacó el anillo de compromiso y su cara resplandeció como nunca en aquellos años. De hecho, el personal nunca había visto a un Michael más bondadoso, más dulce, un Michael que había sido uno de los hombres más coléricos entre aquellos con quienes habían trabajado los empleados de Harry.

La razón de la cólera de Michael era comprensible. Durante veinticinco años había vivido en un centro médico, adonde su madre lo había llevado a los nueve y lo había visitado una vez por semana hasta que murió. Él siempre había sido un hombre irascible, que maldecía a sus enfermeras por rutina,

pero al menos tenía una familia en el hospital. Los pacientes eran sus amigos.

También era íntimo de Betty Vogle, una voluntaria de setenta años que logró llegar al corazón de Michael —una tarea nada fácil— al ocuparse de lavar su ropa y estar a su disposición siempre que podía.

Incluso había habido una chica que se movilizaba en una silla de ruedas chirriante, quien —Michael estaba seguro— había puesto sus ojos en él. Pero no había permanecido mucho tiempo en el centro médico. Y después de pasar allí más de la mitad de su vida, Michael tampoco iba a poder quedarse.

El centro estaba a punto de cerrar, y a él lo iban a enviar al hospital de rehabilitación, lejos de sus amigos y, peor aún, de Betty.

Ese fue el momento en que Michael se aisló. Se negaba a salir de su habitación. La dejaba a oscuras. Su hermana, una pelirroja llena de vida, estaba cada vez más preocupada. También lo estaba Betty, quien conducía su auto durante más de dos horas para verlo. Pero Michael tenía el ánimo tan caído que nadie podía llegar a él.

Hasta que, un día, estaba acostado en la cama cuando oyó un crujido familiar proveniente del vestíbulo. Sonaba igual que la antigua y chirriante silla de ruedas que aquella chica, Juana, había usado en el centro médico donde él vivía.

El crujido se detuvo ante su puerta, y Juana asomó la cabeza y le pidió que saliera al aire libre con ella. Él se sintió intrigado, y desde el momento en que volvió a encontrarse con Juana fue como si ella le hubiera devuelto la vida.

Otra vez contempló las nubes y el cielo azul. Comenzó a participar en los programas recreativos

del hospital. Pasaba horas hablando con ella. Su habitación tenía luz y sol. Y entonces le pidió a Juana, que vivía en una silla de ruedas desde los veinticuatro años, que se casara con él.

Juana también había tenido una vida dura. La habían sacado de la escuela antes de terminar tercer grado porque tropezaba y se caía mucho. Su madre, pensando que era perezosa, la abofeteaba. Juana vivía aterrorizada ante la idea de que su madre no quisiera tenerla más junto a ella, de modo que, cuando se sentía más o menos bien, limpiaba la casa "como una pequeña sirvienta".

Antes de los veinticuatro años, como a Michael, le habían hecho una traqueotomía que le permitía respirar, y ése fue el momento en que le diagnosticaron oficialmente una esclerosis múltiple. Al llegar a los treinta años, se había trasladado a un hospital con atención de horario completo.

De modo que, cuando Michael le hizo la gran propuesta, pensó que no iba soportar que él estuviera bromeando.

—Me dijo que me quería, y yo tuve tanto miedo —afirmó—. Pensé que estaba jugando. Pero me dijo que era verdad. Me dijo que me quería.

El día de San Valentín, Juana llevó un vestido de novia de satén blanco, salpicado de perlas y lo bastante suelto como para cubrir una silla de ruedas y un aparato de oxígeno. La llevaron hasta el frente de la habitación, acompañada por Harry, quien entregó a la novia con orgullo. Ella tenía la cara cubierta de lágrimas.

Michael llevaba una camisa blanca plisada, una chaqueta negra y una corbata de moño que cubría

prolijamente su traqueotomía. Estaba resplandeciente de placer.

Las enfermeras se agolpaban en las puertas. Los pacientes llenaban la habitación. Una gran cantidad de empleados del hospital inundó los vestíbulos. Los sollozos se oían en cada rincón de la habitación. En toda la historia del hospital no había habido una pareja —con sus cuerpos atados a sillas de ruedas— que se hubiera casado.

Janet Yamaguchi, la directora de recreación, había planificado todo. Los empleados habían donado su propio dinero para la compra de globos blancos y rojos que hacían juego con distintas flores, y un arco cubierto de hojas. Janet encargó al chef del hospital que hiciera una torta de bodas de limón de tres pisos. Un consultor de marketing contrató a un fotógrafo.

Janet habló con los parientes. Ver casarse a la pareja fue uno de los momentos más difíciles y satisfactorios de su vida.

Pensó en todo.

El toque final —el beso— no pudo ser llevado a cabo. Janet utilizó una cuerda de satén blanco para atar las sillas de ruedas de la pareja, a fin de simbolizar el romántico instante.

Después de la ceremonia el sacerdote se alejó a hurtadillas, tratando de contener las lágrimas.

—Llevé a cabo miles de bodas, pero hasta ahora ésta es la más maravillosa —dijo—. Estas personas han cruzado las barreras y han demostrado puro amor.

Esa noche, Michael y Juana fueron en sus sillas hacia su cuarto, juntos por primera vez. El personal del hospital aportó una cena de bodas y les ofreció

dos copas de sidra chispeante para un brindis privado. Michael y Juana sabían que habían conmovido a mucha gente con su amor, y habían recibido el regalo más grande de todos. Tenían el regalo del amor. Del cual nunca se sabe dónde va a tocar tierra.

Diana Chapman

El regalo de amor de Derian

Ah, seguramente nada muere, pero algo se enluta.

Lord Byron

A nuestro hijo Derian le dieron un certificado de buena salud en sus primeras veinticuatro horas de su vida. Sin embargo, justo antes de que dejáramos el hospital, se puso azul. Necesitaba una cirugía cardíaca inmediata. Desde el instante en que nos explicaron la seriedad del estado de Derian, nuestras vidas tomaron un rumbo distinto. Cambiamos porque no tuvimos otra opción.

Teníamos en brazos a nuestro indefenso recién nacido, mientras esperábamos que llegara el cirujano para abrirle el pecho. Nos estábamos ahogando en un mar de confusión, terror, desesperación y rabia. No nos soltamos las manos cuando le dimos el último de una serie de besos, cada uno de ellos bañado de esperanza, la esperanza de que lo saludaríamos con otro beso después de una operación exitosa. Luego vino el equipo y nos lo sacaron con cuidado de los brazos, con la promesa de cuidarlo muy bien. Nuestro corazón estaba lleno de dolor mientras veíamos que

Derian se iba con unos extraños vistiendo guardapolvos celestes. Nos abrazamos con fuerza, sin dejar de llorar.

En ese momento nuestra relación cambió. Antes de eso, nunca habíamos tenido realmente necesidad de necesitarnos. Nadie podía sentir lo que sentíamos por nuestro hijo. Nadie enfrentaría la lucha de la misma manera. Nadie podía sentir el mismo dolor y el mismo miedo. Estábamos decididos a criar a ese hijo. Nos convertimos en una fuerza única, en un vínculo sólido: los padres de Derian. Sin embargo, resultó extraño que, aun con la muerte mirando por encima de nuestros hombros y a nuestro pequeño hijo, nunca hayamos tenido el coraje suficiente para rezarle al mismo Dios y rogarle por su vida.

Derian era un luchador y logró sobrevivir a la operación. De todos modos, unos días más tarde tuvo un paro cardíaco. La noche anterior a nuestra partida del hospital, tuvieron que operarlo de nuevo. Nuestros primeros treinta y seis días como padres los pasamos en el hospital.

La vida comenzó a moverse como una montaña rusa... rápida, salvaje y descontrolada a medida que pasaba el tiempo. Tres meses después de haber llegado a casa con Derian, descubrí que estaba embarazada de nuevo. A menudo había oído decir que Dios nunca da a nadie más de lo que puede manejar, pero en ese momento estaba segura de estar sobrecargada.

No podía creer que Dios pensara que podía enfrentarme a otro hijo tan pronto. Poco tiempo antes de mi siguiente parto, Derian necesitó otra operación del corazón. Una vez más, luchó y se abrió

camino a través de la cirugía, hasta llegar a una recuperación exitosa.

Nuestro hijo Connor nació en septiembre. Yo había pedido licencia en mi actividad docente y planeaba volver a la escuela durante el segundo trimestre. Un mes antes de volver, llevamos a Derian al cardiólogo para un control. Nos dijo que iba a necesitar otra operación al mes siguiente. Sus palabras fueron duras de aceptar, porque nos habían dicho que no habría más operaciones. Aquella sería la cuarta en su mes de vida número diecisiete.

Todo eso nos sorprendió con la guardia baja. En el aspecto económico, habíamos planificado una licencia por maternidad de tres meses, pero ahora yo tendría que tomar otro mes, sin goce de sueldo. No me quedaban días por enfermedad. ¿Cómo íbamos a afrontar aquello? ¿Cómo íbamos a ocuparnos de un recién nacido y de Derian al mismo tiempo? ¿Cuántas operaciones soportaría su pequeño corazón? Y siempre quedaba la pregunta latente de si sería capaz de seguir luchando o no. Estábamos asustados. Nuestra realidad seguía apartándonos del curso de la vida. Nos estábamos hundiendo en medio de la responsabilidad y la desesperación.

A esa altura, la Navidad se abría paso en diciembre. Tratamos de unirnos a los festejos, pero saber que Derian sería sometido a otra operación en enero nos quitó la alegría navideña. Las fiestas siempre habían sido una parte importante de la vida para nosotros, de modo que Robb no podía permitir que pasara la Navidad, sin hacer unas pocas cosas tradicionales. Cuando lo invitaron a una reunión navideña después del trabajo, se alegró ante la opor-

tunidad de volver a sentir —aunque fuera sólo así— la presencia de la “normalidad”. Yo también me alegré de que fuera. Quería que se sintiera libre de preocupaciones por lo menos durante un rato.

Esa noche logré que Derian y Connor se durmieran con bastante facilidad, y me estaba preparando para irme a la cama cuando Robb regresó a casa. Se hallaba inusualmente pálido, sus ojos tenían una expresión inquieta, y temblaba. Casi sentí miedo de saber qué había pasado.

Dijo en un tono profundo, serio:

—Patsy, necesito hablar contigo. Me pasó algo extraño al volver a casa. Mientras conducía, iba hablando con Dios.

Contuve el aliento. Nunca habíamos tratado con Robb el tema de Dios. El aire entre nosotros pareció estar en suspenso, reverente. Escuché con atención mientras él continuaba.

—Patsy, le dije a Dios que, si necesitaba llevarse a alguien de nuestra familia, me eligiera a mí antes que a Derian. —Los ojos de mi esposo enrojecieron, y vi que las lágrimas le surcaban la cara. —Luego sentí el profundo calor de una mano que se apoyaba en mi hombro, y oí el suave y calmo susurro de un ángel que me decía que Derian iba a estar bien, que no me preocupara.

Quedé atónita ante la fuerza de lo que Robb me estaba diciendo. Por un instante, me limité a mirarlo con fijeza. Luego caímos en un abrazo lleno de paz.

Ése fue el momento más importante de nuestro matrimonio. Su voluntad de compartir su encuentro espiritual conmigo fue la experiencia más íntima que yo había tenido. Él me permitió entrar en su alma, un

alma maravillosa. La profundidad de su amor por nuestro hijo me conmovió totalmente. Nunca he vuelto a mirarlo de la misma manera.

Nuestro hijo sobrevivió a aquella operación. Durante el año posterior a esa prueba penosa, mi relación con Robb llegó a un nuevo nivel de proximidad, a una nueva profundidad de amor. Nuestra fe compartida había creado no sólo más intimidad emocional, sino también una nueva intimidad espiritual. Nos fortaleció, nos unió y nos preparó. Creemos que el ángel de Robb nos condujo a ese nivel más alto de nuestro matrimonio porque demasiado pronto tuvimos que enfrentar una nueva realidad: la quinta operación de Derian.

Esta vez, nuestro bebé no logró superar la prueba. Poco después de la operación, murió.

A pesar de lo devastador que fue perder a ese hijo, Robb y yo permanecemos unidos en nuestra relación. Fue como si Derian nos hubiera dado el regalo de sentir un amor más profundo el uno por el otro. A pesar del dolor, seguimos creyendo juntos en la oración, los milagros, un Dios Todopoderoso... y, más que nada, en la divina guía que ahora recibimos de un pequeño ángel llamado Derian.

Patsy Keech

Tallado en su corazón

Fue justo antes de Navidad. Mi esposo, Dan, y un amigo suyo, Mike, habían ido a un cañón ubicado cerca de nuestra casa, en el sur de California, para ver si la vegetación, quemada por los incendios de unos pocos meses atrás, estaba volviendo a crecer. Miembros de la Sociedad de Plantas Originarias de California, Dan y Mike eran verdaderos “sabuesos de las plantas” y siempre estaban explorando las colinas y los cañones cercanos con el objeto de ver qué clase de plantas podían encontrar y fotografiar.

Ese día, después de que Mike se hubo ido, Dan decidió hacer un “solo de investigación” subiendo a Laguna Canyon, un área más alejada que no era explorada a menudo. Se había internado algunos kilómetros en el cañón, había sacado unas fotos, y empezaba a volver hacia su camioneta, cuando pisó una zona húmeda del terreno, que cedió bajo su peso. Rodó doce metros por la empinada ladera, golpeándose contra varios árboles antes de caer en una saliente. Enseguida se dio cuenta de que algo muy malo le pasaba a su pierna izquierda, que había quedado cruzada sobre la derecha en un “ángulo imposible”.

Aturdido por la caída, a Dan le llevó algo de tiempo darse cuenta de que estaba demasiado

lastimado como para poder caminar. Entonces supo que se hallaba en un serio problema. En poco tiempo más iba a anochecer, y nadie sabía dónde estaba. Debía volver a una de las sendas principales o corría peligro de morir antes de que alguien lo encontrara. Acomodó la pierna rota contra la otra y, apoyando su peso sobre las manos, comenzó a arrastrarse hacia abajo.

A medida que avanzaba lenta y dolorosamente, Dan se detenía de a trechos para descansar y gritar pidiendo ayuda. La única respuesta era el sonido espectral de su propia voz que hacía eco en las paredes del cañón. Cuando se puso el sol, la temperatura bajó. Hacía frío en las colinas por la noche, y Dan sabía que, si se detenía demasiado tiempo, era probable que perdiera el conocimiento. Era cada vez más difícil, pero, después de cada pausa, Dan se obligó a seguir arrastrando su cuerpo dolorido sobre las manos lastimadas. Continuó con ese trayecto terrible durante otras doce horas.

Por fin, sus fuerzas y su decisión se acabaron. Estaba completamente exhausto y no podía avanzar otro centímetro más. Aunque parecía inútil, reunió las últimas fuerzas que le quedaban y gritó para pedir ayuda.

Quedó consternado al oír una voz que devolvía su llamada. Una voz real, no otro eco vacío y burlón. Era el hijastro de Dan... mi hijo, Jeb. Él y yo habíamos salido a buscarlo, con la policía y el personal médico auxiliar.

Poco antes, al ver que Dan no regresaba a casa, me había preocupado y había llamado a Mike. Al principio Mike trató de encontrar a Dan por su cuenta, yendo en su auto de cañón en cañón, en busca de la camioneta. Finalmente llamó a la policía para informar acerca de la desaparición de mi marido.

Me mantuve tranquila y fuerte hasta el momento en que Jeb dijo que había oído la voz de Dan. Entonces me abandoné al llanto, sintiendo por fin el miedo y el espanto que había tratado de evitar desde hacía horas. El equipo de rescate tardó más de dos horas en bajar a Dan hasta la hondonada. Luego, los enfermeros se lo llevaron en una camilla rodante y, cuando llegué al hospital para verlo, rompí a llorar de nuevo. El pensar en lo cerca que había estado de perder a ese hombre maravilloso me deshizo. Dejé de sollozar sólo cuando sentí los brazos de Dan a mi alrededor.

Mientras permanecía junto a su cama en el hospital, con los ojos clavados en la cara que había temido no volver a ver, Dan me contó la historia. Inmediatamente después de su caída por la ladera, al darse cuenta de la difícil situación en que se hallaba, Dan había pensado en mí y en lo mucho que me extrañaría si no lograba volver. Mientras yacía en el fondo del despeñadero empinado, había buscado a tientas a su alrededor hasta encontrar una piedra adecuada. Dado que tenía una punta aguda, se las había arreglado para tallar un mensaje para mí en una roca grande, cercana al lugar donde él yacía. Si llegaba a pasar lo peor, esperaba que en un futuro yo viera la roca y supiera que siempre había estado con él, custodiada en su corazón.

Me eché a llorar otra vez. Sabía que amaba entrañablemente a mi esposo, pero no estaba preparada para aquello, para la profundidad de su amor por mí.

Porque, en algún lugar de las colinas boscosas de Laguna Canyon, hay una enorme roca con un corazón tallado en su superficie. Y en ese corazón están grabadas las palabras: Elizabeth, te amo.

Elizabeth Songster

Zapatillas nuevas

*Bendita es la influencia de un alma honesta
y amante sobre otra.*

George Eliot

No tenía idea de adónde íbamos o de qué estábamos haciendo. Nos limitábamos a caminar. Yo pensaba en todos los abusos que había sufrido por obra de mi esposo. En esos pocos años me había golpeado, sacudido, disparado, apuñalado y violado. Por fin, reuní el coraje y las fuerzas suficientes para dejarlo. Me llevé conmigo a mis dos pequeñas hijas, Kodie y Kadie. Ésa era nuestra tercera semana en la calle. Traté de conseguir un empleo, pero no podía pagar una guardería para las niñas. Quería trabajar, pero no sabía qué hacer con ellas. Todavía eran bebés de dos y cuatro años. Me sentía perdida.

Fui a un par de iglesias locales, pero no nos recibieron. No había buscado las partidas de nacimiento de las chicas cuando me fui. Y ni pensar en volver a esa casa. ¡No lo haría jamás!

Un negocio especializado en pollo frito tiraba comida que se había recalentado demasiado. Hablé

con el administrador y le pregunté si podía tomarla para mis nenas. Dijo que debía esperar hasta que la pusieran en el basurero. El hambre no es orgullosa. Una cajera nos había escuchado y dijo que la dejarían sobre el basurero para nosotras. Le di las gracias. Comimos así durante algunos días.

Un día, mientras caminaba con las chicas, me detuve en una pizzería del lugar para averiguar si podía conseguir un vaso de agua para la más pequeña. Y entonces lo descubrí... Musculoso, guapo, italiano. ¡Era el hombre más hermoso que había visto! Yo sabía que mi apariencia era horrible, pero sin embargo nos dedicó una sonrisa amistosa. Le pregunté si podía darnos un poco de agua, y nos dijo que nos sentáramos mientras iba a buscarla.

Trajo el agua y empezó a hablar de lo difícil que resultaba llevar adelante una familia en esa ciudad. Se fue un momento para hablar por teléfono y, cuando volvió, trajo con él una gran cantidad de comida. ¡Más comida de la que yo había visto en todo el mes! Me sentí tan avergonzada. Le dije que no tenía dinero para pagarle.

—Corre por cuenta de la casa —dijo—. Aunque sólo damas tan bonitas como ustedes reciben este trato.

¡Pensé que estaba loco!

Permanecimos allí un rato, hablando de cosas sin importancia. Luego, él empezó a hacer preguntas que me pusieron nerviosa. “¿Cómo se hizo esos rasguños en la cara?” “¿Por qué no lleva puesto un abrigo?” Cosas así. Contesté con toda la calma que pude. Él escuchaba, pensativo. A continuación, envolvió la comida y la puso en la bolsa del cochecito de paseo.

Lavé a las niñas en el cuarto de aseo, y traté de hacer que mi aspecto fuera un poco más prolijo. Me veía horrible. Aunque no estábamos sucias, sino sólo desarregladas. Al salir, le agradecí, y él dijo que volviéramos siempre que quisiéramos. Claro que yo no quería abusar de su hospitalidad. El invierno se acercaba con rapidez y yo debía encontrar una solución, o planear la manera de llegar a Georgia para estar con mi familia. Nos fuimos, y comenzamos a buscar un lugar donde pasar la noche.

Poco después, mientras vagábamos sin rumbo fijo, mi hija menor escupió. Había visto al hombre poner unas servilletas con la comida y, cuando fui a buscar una, encontré nueve dólares doblados en un fajo pequeño. “Tal vez puso ahí el dinero sin querer, cuando me dio la comida”, pensé. Pero yo sabía que no podía aceptar eso. De modo que di la vuelta y regresé al restaurante.

Allí estaba él de nuevo. Le dije que había encontrado ese dinero y que deseaba devolverlo.

—Lo puse allí a propósito —dijo con tono bondadoso—. Lamento no haber tenido más.

¿Por qué hacía eso? Un ángel. Ése fue mi primer pensamiento. Todo lo que pude hacer fue tartamudear otro avergonzado agradecimiento.

—Mañana traiga a las chicas a almorzar —contestó él.

¡Me dejó sin palabras! ¿Por qué se mostraba tan agradable con nosotras? Pero, sin otra esperanza, estuve de acuerdo, dije adiós, y retomamos el camino.

Media cuadra más adelante, sentí que nos estaban siguiendo. Me puse nerviosa, porque debía proteger a dos criaturas. Rápidamente me metí en un

callejón con las chicas y traté de que la beba se mantuviera en silencio. Pero ella quería hacer ruido, y no hubo forma de impedirselo. Me di cuenta de que alguien se acercaba y contuve el aliento.

¡Era el hombre del restaurante!

—Sé que no tienen ningún lugar donde quedarse —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

El corazón me latía a toda velocidad. ¿Acaso iba a sacarme a mis hijas para entregarlas al Estado?

—Me doy cuenta por su calzado.

Bajé la vista hacia los pies. Mis zapatillas tenían caritas felices estampadas en ellas, pero su estado era lamentable. Estaban llenas de agujeros y atadas con piolines.

Mi cara se puso de un rojo brillante.

—Bueno —tartamudeé—, lo que pasa es que me gusta usar calzado cómodo.

—Mire —empezó él—, ¿le gustaría tener un lugar cálido para lavarse y pasar la noche?

Yo dudé. ¡No conocía a ese hombre en absoluto! Claro, me encantaba la manera en que sus ojos castaños me reconfortaban, pero eso no era suficiente para justificar la decisión de “ir a la casa de un extraño”.

—Gracias —dije en voz baja—, pero no.

Señaló el departamento que había sobre nuestras cabezas.

—Si cambia de idea, todo lo que tiene que hacer es subir y llamar a la puerta.

Le volví a dar las gracias y lo observé mientras se alejaba.

Era hora de poner cómodas a las chicas para pasar la noche... tan cómodas como podían estar,

durmiendo en la calle. Al sentarme junto al cochecito, vi una sombra en la ventana de arriba. Era él. Permaneció allí durante horas. Limitándose a vigilarnos.

Por fin, me invadió un sueño inquieto. Exhausta debido a la difícil situación, ni siquiera había notado que había empezado a llover, de modo que al principio ni siquiera me di cuenta de que él estaba allí parado. Eran las tres de la mañana.

—Por favor —dijo—, traiga a las niñas arriba. No quiero que nadie se enferme.

—No puedo —contesté.

—Está bien —retrucó él—. Supongo que tendré que pasar la noche aquí, con ustedes.

Y después de eso, se sentó en el suelo.

Me rendí.

—No tiene sentido que todos nos mojemos —murmuré entre dientes.

Dejé que llevara el cochecito arriba, con la niña todavía adentro. Me ofreció su cama para mí y las niñas y se arregló un lugar para él en el sofá.

—¿Está seguro de esto? —pregunté con timidez.

—Mire, sólo trate de dormir un poco, ¿está bien?

Y con eso, me dio las buenas noches. Pero no pude dormir nada. Ya no le tenía miedo a ese hombre tan gentil. Estaba... nerviosa.

Al día siguiente, él salió y consiguió ropa nueva y juguetes para las chicas, y a mí me trajo zapatillas nuevas. Eso fue hace casi seis años. Todavía estamos juntos, y también tenemos dos varoncitos. Le agradezco a Dios el habernos enviado a Johnnie Trabucco. Ahora tenemos un hogar estable y un entorno lleno de amor. Ya no existe el dolor.

Ámame tiernamente

*El año más difícil del matrimonio es
aquel en el que uno está.*

Franklin P. Jones

“Llueve. Por supuesto. ¿Por qué tendría que ser de otra manera en el peor día de mi vida?”

Libby Dalton, una chica de dieciocho años, estaba mirando hacia afuera con los codos apoyados en la mesa, la barbilla hundida en los puños. Las cajas alineadas arrojaban esporádicos dibujos fantasmales sobre la pared, mientras los relámpagos centelleaban a través de la lluvia que no dejaba de golpear contra los vidrios de la ventana.

En una hora más dejarían hogar y familia para ir a vivir a ese remoto lugar llamado Levittown, Nueva York.

¿Había pasado sólo un mes desde que Johnny entró como una tromba en el departamento con sus grandes noticias? ¿El ofrecimiento del empleo, la oportunidad de salir de Milford para ubicarse en algo que realmente le gustaba? ¿Cómo iba a decirle que ella no podía dejar a su familia, su casa, su vida?

Elizabeth Jane Berens y John Dalton (h), la rubia alentadora del equipo, de ojos celestes, y el apuesto jugador de fútbol, habían sido novios durante toda la escuela secundaria: los habían elegido rey y reina del baile de graduados, y en el álbum anual figuraban como La Pareja Más Atractiva del Colegio Secundario Milford. Corría la década del cincuenta, y la vida era agradable en los pueblos pequeños de Estados Unidos. Elvis Presley era el rey, y su último éxito, *Amame tiernamente*, acababa de salir por radio. Durante el baile de graduación, la pareja más atractiva de Milford bailó lentamente, perdidos uno en brazos del otro, mientras la orquesta tocaba "su canción". Con voz suave, Johnny tarareó la letra en el oído de ella, y el corazón de Libby se derritió.

—Ten cuidado —le había advertido su madre—. Ya sabes lo que les pasa a las chicas que no se portan como se debe.

Libby no tenía ninguna intención de ser una de esas chicas de las que se hablaba en los vestuarios. Ellos iban a esperar.

Pero en la noche de la graduación, sin decir una palabra a nadie, cruzaron la frontera estatal y fueron a un juzgado de paz. Ya no podían esperar más.

Del brazo de su flamante esposo, Libby exhibió con orgullo su anillo de bodas frente a sus consternados padres, quienes vieron que sus sueños se desvanecían como burbujas en el aire: la beca de fútbol, el diploma universitario, el blanco vestido largo con su velo.

—¿Estás embarazada? —le preguntó su madre cuando pudo llevarla aparte.

—No —le aseguró Libby, ofendida ante la sugerencia.

Al principio fue divertido jugar a las muñecas en el pequeño departamento donde nunca se saciaban el uno del otro. Johnny trabajaba con horario completo como mecánico en el garaje de Buckner, y asistía a una escuela técnica por la noche, entrenándose para ser electricista. Libby atendía las mesas en el restaurante barato del lugar. La novedad se terminó pronto, y mientras tropezaban entre sí entre los estrechos límites de dos habitaciones, ahorraban para llegar a tener la casa propia con que soñaban.

Ahora, un año después, Libby estaba embarazada de cinco meses, se sentía mal todos los días, y había tenido que renunciar a su empleo. Los amigos del colegio secundario dejaron de llamar a la pareja, que ya no tenía dinero para gastar en bailes y cine. Discusiones frecuentes reemplazaron a las palabras de amor, mientras las esperanzas y los planes para el futuro desaparecían en medio de la vacía frustración de limitarse a tratar de llevarse bien. Libby pasaba los días, y últimamente las noches, sola en el pequeño departamento, sin dejar de sospechar que Johnny andaba "tonteando por ahí". Nadie trabaja "todas" las noches.

Al término de otro de sus ataques de náuseas matutinas, Libby contempló en el espejo el cuerpo hinchado y el pelo desprolijo.

"¿Quién podría culpar a Johnny por buscar a otra? ¿Qué hay aquí para él? Un bebé en camino, una esposa fea, gorda, y nada de dinero."

Su madre hacía alharacas acerca de la cara pálida y las ojeras que tenía.

—Debes cuidarte, Libby —le decía—. Piensa en tu esposo, piensa en el bebé.

Libby pensaba sólo en eso, en el bebé... ese bulto impersonal que llevaba adentro, que arruinaba su figura y la hacía sentir descompuesta todo el tiempo.

Entonces llegó el día en que Johnny le habló del nuevo trabajo en Levittown.

—Nos mudaremos a una casa de la compañía —dijo, con los ojos brillantes—. Es pequeña, pero es mejor que esta pocilga...

Ella asintió y pestañeó rápidamente para que él no viera sus lágrimas. No podía dejar Milford.

Aquel día, nadie iba a ir a decirles adiós... Eso había ocurrido la noche anterior, en una fiesta de despedida. Mientras Johnny sacaba la última caja, dio una última vuelta por el primer hogar de ambos, y sus pasos hicieron eco en los pisos de madera desnudos. El olor del lustramuebles y de la cera todavía flotaba en el aire. Débiles voces llenaron las habitaciones cuando recordó la noche en que habían encerado esos pisos, riéndose tontamente y empujándose entre ellos, haciendo una pausa en el medio para amarse. Dos habitaciones desordenadas, ahora frías y vacías. Era extraño ver qué pronto se volvían cubículos impersonales, como si nunca nadie hubiera vivido o amado allí. Cerró la puerta detrás de ella por última vez, y caminó de prisa hacia la camioneta.

El tiempo —lo mismo que su estado de ánimo— empeoró mientras viajaban.

—Es una compañía grande —dijo Johnny—. Manufacturas Levittown... accesorios electrónicos... una oportunidad de salir adelante...

Ella hizo un leve gesto de asentimiento, luego volvió a mirar por la ventanilla. Él por fin renunció a sus

intentos de charlar de cosas sin importancia, y siguieron avanzando en silencio, un silencio interrumpido sólo por el golpeteo chillón del limpiaparabrisas.

Al llegar a las afueras de Levittown, la lluvia cesó y el sol brilló a través de los claros abiertos entre las nubes.

—Una buena señal —dijo Johnny, levantando la vista hacia el cielo.

Ella asintió en silencio.

Después de unas vueltas equivocadas, encontraron su nuevo hogar, y Libby contempló con aire solemne la cajita ubicada en el medio de otras cajas idénticas, como las de una ciudad de muñecas.

—¿Alguna vez vas a volver a sonreír, Lib?

Ella bajó del auto y se reprendió a sí misma. “Crece, Libby. ¿Acaso crees que a él esto le resulta más fácil?”

Quería decir que lo lamentaba, pero las lágrimas siempre prontas se desbordaron, y tuvo que darse vuelta. Sin decir una palabra, llevaron las cajas al interior de la casa y las ubicaron en cualquier lugar donde encontraron espacio.

—Siéntate y descansa, Lib —dijo Johnny—. Yo terminaré de descargar.

Ella se sentó sobre una de las cajas y miró hacia afuera, por la ventana. “Al menos dejó de llover.”

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y Libby fue a abrir para encontrarse con una chica de aproximadamente su misma edad, obviamente embarazada, que llevaba en la mano un pequeño plato con masitas.

—Bienvenida al vecindario —dijo—. Soy Susan, pero todo el mundo me llama Souie.

Se sentaron sobre las cajas, y luego comieron ma-

sitas y compararon los embarazos, las descomposturas de la mañana y los dolores de espalda. A Souie le faltaban dos meses. A Libby, cuatro.

—Si quieres, puedo venir mañana para ayudarte a instalar —dijo Souie—. Es muy bueno tener alguien con quien hablar.

“Amén”, pensó Libby.

Después de que Souie se hubo ido, Libby miró a su alrededor con distintos ojos. “Tal vez unas cortinas azules en la cocina...”

De repente, la puerta se abrió con violencia y Johnny entró corriendo para empezar a buscar algo entre las cajas, con gran apuro. Sacó una radio pequeña, la enchufó y, de repente, “su canción” y la voz de Elvis cantándola, inundaron la cocina.

Escucharon la voz del conductor del programa por encima de la música: “...y este pedido llega de una pareja de recién llegados al pueblo. Felicitaciones para John y Libby Dalton en su aniversario de bodas”.

Johnny se había acordado del aniversario. Ella lo había olvidado. Las lágrimas comenzaron a surcarle las mejillas, y el muro de silencio y de autocompasión que había levantado a su alrededor se derrumbó.

Johnny la acercó a él, y ella oyó su voz que cantaba suave y clara en su oído.

Bailaron juntos entre las cajas de embalaje, afe-rrándose el uno al otro como si estuvieran descubriendo el amor por primera vez. Los rayos de sol se filtraban por la ventana de la nueva casa en el pueblo nuevo, y mientras sentía las primeras pataditas de la nueva vida que llevaba dentro de sí, Libby Dalton aprendió el significado del amor.

¿Existe en verdad un príncipe azul?

La verdadera alegría no proviene de la cantidad de riquezas o del elogio de los hombres, sino de hacer algo que valga la pena.

W. T. Grenfell

Muchas chicas crecen con la idea de que un Príncipe Azul anda errante por cielos y llanuras, esperando tan sólo el momento especial en el que entrará volando en sus vidas, para raptarlas y llevárselas de un mundo de velada tristeza a otro de blanca felicidad conyugal.

Cuando las chicas florecen y se hacen mujeres, siempre se sorprenden un poco al descubrir que ellas son Cenicienta o Blancanieves, y que el hombre al que consideraban el Príncipe Azul en realidad era el Príncipe Simplón.

Marianne había vivido una vida de Cenicienta, barriendo playas de estacionamiento por un dólar a la edad de ocho años, tratando de satisfacer las necesidades suyas y de sus hermanos más pequeños, dado que su madre vivía lidiando cotidianamente con una enfermedad mental. Poco después de dejar la

adolescencia, conoció al hombre que ella consideró su Príncipe Azul.

Lo conoció cuando trabajaba como camarera, y él la fascinó. Era un músico con una orquesta exitosa, que pareció tener los ojos más sorprendidos y cariñosos al verla. ¿Y por qué no? A ella se la veía tan dulce como Cenicienta, con su pelo ondulado de color castaño casi dorado, ojos verde esmeralda, y una cara resplandeciente de inocencia y amor que era realmente la expresión de una adolescente anonadada.

Todo lo que podía pensar Marianne era: “Él me ama. Él me ama. Él me ama”.

Y eso era verdad en aquel momento. Con la velocidad de un caballo salvaje, el hombre la tomó en sus brazos y la llevó al matrimonio. De acuerdo con Marianne, todo era perfecto. Tenía un hogar agradable y disfrutaba viendo a su esposo tocar con su orquesta. Se sentía amada y adorada por primera vez en su vida. Tal como le había pasado a Blancanieves. Y estaba por tener un bebé.

No sabía nada acerca de las otras mujeres.

Los dos fueron desafortunados en otro aspecto. No sólo se habían casado entre ellos, sino que también se habían casado con sus genes recesivos. Cuando llegó su primer hijo, Loren, Marianne supo que algo andaba mal. No respondía a los sonidos. Durante todo un año Marianne luchó y consultó a médicos que le dijeron que no había nada malo.

Pero, finalmente, un especialista anunció que Loren era sordo, y que ella no podría hacer nada. Marianne lloró los dos primeros años de la vida de Loren, mientras su esposo no dejaba de decir que su hijo estaba bien.

Los médicos les aseguraron que otro hijo no sufriría semejante desgracia. Pero cuando nació Lance, pronto vieron que el recién nacido también era sordo.

Los muros de su matrimonio ya tirante, apoyados en los sueños de cuentos de hadas de una jovencita, se resquebrajaron, pero cedieron cuando Marianne se enojó con su esposo porque se negaba a aprender a comunicarse con sus dos hijos.

Eso se lo dejaba a ella, que había aprendido el lenguaje de los signos tan pronto como le fue posible. A su esposo eso no le interesaba. Cuando les hablaba a los niños, los trataba como si hubieran sido perros, dándoles palmaditas en la cabeza, ladrando una palabra o dos.

Marianne llevaba a los niños a casa de los padres de su esposo. Ellos los ignoraron.

Los llevaba de compras. Los empleados contenían el aliento cuando sus hijos emitían sonidos guturales. Y ahora, ella sí sabía acerca de las otras mujeres. A veces su esposo no se preocupaba por volver a casa. Sus amigos dejaron de llamarla y Marianne sintió una amarga soledad.

La tensión y la soledad comenzaron a destruirla. Tomaba alcohol como si hubiera sido agua. Alimentaba y vestía a sus hijos, los hacía dormir, pero se negaba a salir de la casa. Pensó en cortarse las muñecas.

—Imagínate que tus amigos y tu propia familia no se preocupen por aprender a comunicarse con tus hijos —explicó—. Uno no tiene que conocer el lenguaje de los signos. La bondad es un lenguaje. Todos lo entendemos. Cuando veas a un chico así, no

te muestres sorprendido. No contengas el aliento ni te alejes. El mensaje que le mandas al chico es: "Mi Dios, eres un monstruo". Extiende la mano y sonríe.

Sonrisas, abrazos y besos fueron la salvación de la vida de Marianne. Los ojos de Loren y Lance estaban llenos de adoración y amor... de amor verdadero. Una clase de sentimiento que Marianne nunca había experimentado en su vida.

Le resultó claro que podía arruinar la suya entre el alcohol y los ataques de pánico, pero que no podía desperdiciar la de sus hijos de la misma manera. Se dedicó con empeño a mejorar las cosas: volvió a estudiar para alcanzar el título del colegio secundario; consiguió un empleo en una empresa de seguros y empezó a ahorrar.

Cuanto mejor se sentía consigo misma, más orgullosa estaba de Loren y Lance. Empezó a llevarlos a visitar a sus compañeros de trabajo, quienes los llenaron de bondad. Ya era hora de que ella y sus hijos dejaran la casa, que rompieran los vínculos con el padre y avanzaran en sus propias vidas.

Un día fue con sus hijos al trabajo, cuando entró en la oficina del gerente de seguros, un hombre llamado Eric, encontró a Loren sentado en sus rodillas. Eric levantó la vista hacia Marianne, y el cielo dio vueltas y vueltas. Él dijo estas simples palabras:

—Me siento como un tonto. Me encantaría hablar con su hijo. ¿Conoce un lugar donde pueda aprender el lenguaje de los signos?

Marianne pensó que iba a desmayarse. Nunca le habían preguntado si se podía aprender a comunicarse con sus hijos. Temblaba por dentro mientras le explicaba a Eric que, si de veras estaba

interesado, ella sabía dónde podía aprender. Parecía mejor no creerle, pero él enseguida demostró que no estaba bromeando, cuando se inscribió en las clases y a los pocos días empezó a saludarla con signos.

Cuando iban los chicos, los llevaba a pasear por el muelle cercano a la oficina. A menudo Marianne iba con ellos y observaba a Eric, que se estaba convirtiendo en un maestro del lenguaje de los signos, de la charla y de la risa con sus hijos, como nadie lo había hecho antes.

Y cada vez que sus hijos veían a Eric, sus caras resplandecían como el sol y las estrellas en el cielo. Nunca los había visto tan felices. Se sintió conmovida, como si le estuvieran oprimiendo el corazón. Comenzó a enamorarse.

No supo si Eric sentía lo mismo hasta que una noche salieron juntos del trabajo y caminaron por los muelles, junto al Océano Pacífico. Él le juró que estaba enamorado de ella y que deseaba casarse. El corazón de Marianne saltó de alegría.

La pareja se trasladó a una ciudad pequeña y estableció una exitosa empresa de seguros. Tuvieron dos hijos más, Casy y Katie; ninguno de ellos nació sordo, pero ambos aprendieron el lenguaje de los signos antes de los cinco años.

Y en los momentos más felices de su vida, Marianne se despertaba en mitad de la noche, angustiada, y comenzaba a sollozar. Su comportamiento era inexplicable, porque no recordaba una época en la que se hubiera sentido más feliz, más amada.

Eric le pasaba la mano por el pelo, le sostenía la

barbilla y le preguntaba qué era lo que andaba mal. Todo lo que ella podía decir era:

—No lo sé. No lo sé.

Él la apoyó durante un largo tiempo. Las semanas pasaban, y Marianne seguía despertándose para llorar.

Luego, con la rapidez de un relámpago, una vez se despertó sabiendo la respuesta.

Le dijo a Eric, su “caballero de la brillante armadura”, que no estaba haciendo lo suficiente por ayudar a los chicos sordos del mundo. Se suponía que ella debía ayudarlos a encontrar su lugar en la sociedad. Se suponía que ella debía mostrar al mundo cómo comunicarse con esos chicos.

Eric la rodeó con sus brazos y dijo:

—Hagámoslo.

Juntos fundaron Manos a través de América —“Comienzo con usted”—, una organización que alienta a la gente a aprender el lenguaje de los signos, y que ha emprendido la filmación de vídeos educativos que incluyen a chicos sordos y no sordos.

De modo que, si alguna vez tiene oportunidad de hablar con Marianne y preguntarle si hay algo de verdad en los cuentos de hadas como el de Cenicienta y el de Blancanieves, probablemente le dirá que ella ha aprendido mucho en su vida acerca de esas historias.

Es posible que diga:

—Claro que hay muchos Príncipes Simplones en el mundo. Pero con toda seguridad hay algunos Príncipes Azules y, realmente, también hay muchas Cenicientas.

Diana Chapman

6

SOBRE LA FAMILIA

La única manera de vivir para siempre es amar a alguien...

Entonces realmente uno hace un don a los demás.

Bernie Siegel

Una leyenda de amor

Si el amor no sabe cómo dar y tomar sin restricciones, no es amor, es una transacción.

Emma Goldman

Edward Wellman se despidió de su familia en el viejo país, y se dispuso a partir hacia una vida mejor en los Estados Unidos. Papá le entregó los ahorros de la familia escondidos en una bolsa de cuero.

—Acá estamos pasando una época de desesperación —dijo, abrazándolo para decirle adiós—. Tú eres nuestra esperanza.

Edward subió a bordo del buque de carga del Atlántico, que ofrecía transporte gratis a los hombres jóvenes dispuestos a acarrear carbón a cambio del viaje de un mes. Si Edward encontraba oro en las montañas Rocosas de Colorado, el resto de la familia se uniría a él en el futuro.

Durante meses, Edward trabajó en su mina sin descanso, y una pequeña veta de oro le brindó un ingreso moderado pero constante. Al final de cada día, al atravesar la puerta de su cabaña de dos habitaciones sentía la profunda necesidad de que lo

recibiera la mujer que amaba. Dejar a Ingrid atrás antes de poder cortejarla oficialmente había sido su único pesar al aceptar aquella aventura americana. Sus familias habían sido amigas y, hasta donde él podía recordar, siempre había tenido la secreta esperanza de hacer que Ingrid fuera su esposa. Su pelo largo y sedoso y su sonrisa radiante la convertían en la más hermosa de las hermanas Henderson. Al principio él se limitaba a sentarse junto a ella en los picnics de la iglesia, inventando excusas tontas para pasar por su casa, sólo para verla. Todas las noches, al irse a dormir en su cabaña, Edward ansiaba acariciar su pelo rojizo. Por fin, le escribió a papá pidiéndole que lo ayudara a convertir su sueño en realidad.

Después de casi un año, llegó un telegrama con un plan para hacer completa su vida. El señor Henderson había aceptado enviar a su hija a Estados Unidos para Edward. Dado que era una joven hacendosa, con buena cabeza para los negocios, trabajaría junto a Edward durante un año a fin de lograr el crecimiento de la empresa minera. A esa altura, las dos familias podrían permitirse un viaje a los Estados Unidos para asistir a la boda.

Lleno de alegría, Edward pasó el mes siguiente tratando de convertir la cabaña en un hogar. Compró un catre para dormir en el cuarto delantero, y trató de hacer que su anterior dormitorio resultara adecuado para una mujer. Reemplazó las cortinas de arpillera que cubrían la ventana sucia, con la tela floreada de unas bolsas de harina. Puso salvia seca del prado en una lata, sobre la mesa de noche.

Por fin llegó el día que había esperado toda su vida. Con un ramo de margaritas recién cortadas,

salió hacia la estación de ferrocarril. El vapor se alzó en el aire y las ruedas chirriaron cuando el tren se detuvo. Edward inspeccionó cada ventanilla en busca del pelo brillante y la sonrisa de Ingrid.

Su corazón latía al compás de una ansiosa expectativa, luego se detuvo desilusionado. No fue Ingrid, sino su hermana Marta quien bajó del tren y se detuvo tímidamente frente a él, con los ojos bajos.

Edward sólo pudo mirarla... atónito. Luego, con manos temblorosas, le ofreció el ramo a Marta.

—Bienvenida —susurró, sintiendo que los ojos le ardían.

Una sonrisa apareció en la cara poco agraciada de ella.

—Me sentí muy complacida cuando papá dijo que me habías mandado a buscar —dijo Marta, mirándolo a los ojos durante un instante antes de volver a bajar la cabeza.

—Iré a buscar tus valijas —dijo Edward con una sonrisa débil. Luego fueron juntos hasta el coche de un solo caballo.

El señor Henderson y papá estaban en lo cierto. Marta, en efecto, tenía una gran aptitud para los negocios. Mientras Edward trabajaba en la mina, ella trabajaba en la oficina. En el escritorio improvisado en un ángulo del cuarto delantero, llevaba un registro detallado de toda la actividad de la mina. En seis meses sus ingresos se duplicaron.

Sus comidas deliciosas y su sonrisa tranquila adornaron la cabaña con un maravilloso toque femenino. “Pero es la mujer equivocada —se lamentaba Edward al dejarse caer en el catre cada noche—. ¿Por qué mandaron a Marta?” ¿Volvería a ver a Ingrid? ¿Su

sueño de toda la vida la incluiría como la esposa abandonada?

Durante un año, Marta y Edward trabajaron y rieron, pero nunca se amaron. Una vez, Marta le había dado un beso en la mejilla antes de retirarse a su habitación. Él se limitó a sonreír torpemente. Desde entonces, ella pareció contentarse con sus estimulantes paseos por la montaña y largas charlas en el porche después de las comidas.

Una tarde de primavera cayó una lluvia torrencial, y el agua se deslizó ladera abajo erosionando la entrada de la mina. Furioso, Edward llenó bolsas con arena y las amontonó en el camino del agua. Empapado y exhausto, vio que sus frenéticos esfuerzos parecían inútiles. De repente, Marta estuvo a su lado, manteniendo abierta la siguiente bolsa de arpillera. Edward arrojó paladas de tierra allí adentro, luego, con la fuerza de cualquier hombre, Marta la echó sobre la pila y abrió otra bolsa. Trabajaron durante horas, hundidos en el barro hasta las rodillas, hasta que la lluvia disminuyó. De la mano, volvieron a la cabaña. Mientras tomaban sopa caliente, Edward suspiró;

—Jamás podría haber salvado la mina sin ti. Gracias, Marta.

—De nada —contestó ella con su sonrisa habitual; luego se fue en silencio a su habitación.

Pocos días después, llegó un telegrama anunciando el arribo de las familias Henderson y Wellman para la semana siguiente. Por más que trató de apartarla de su mente, la idea de volver a ver a Ingrid hizo que el corazón de Edward comenzara a latir de la misma manera que en los viejos tiempos.

Juntos, él y Marta fueron a la estación y vieron a sus familias bajar del tren, en el extremo más alejado de la plataforma. Cuando apareció Ingrid, Marta se volvió hacia Edward:

—Ve a buscarla —dijo.

Sorprendido, Edward tartamudeó:

—¿Qué quieres decir?

—Edward, siempre supe que yo no era la muchacha de los Henderson que tú mandaste a buscar. Te vi flirteando con Ingrid en los picnics de la iglesia. —Hizo un gesto en dirección a su hermana. —Sé que es a ella, no a mí, a quien tú quieres por esposa.

—Pero...

Marta apoyó los dedos sobre los labios de él.

—Shhh —lo obligó a callarse—. Yo te amo, Edward. Siempre te amé. Y por eso, todo lo que realmente deseo es tu felicidad. Ve a buscarla.

Él tomó la mano que descansaba en su cara y la sostuvo entre las suyas. Cuando Marta levantó la vista, vio por primera vez lo hermosa que era. Recordó sus paseos por los prados, sus noches tranquilas frente al fuego, aquella vez en que ella había trabajado a su lado con las bolsas de arena. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había sabido durante meses.

—No, Marta, es a ti a quien quiero.

La rodeó con sus brazos y la besó con todo el amor que ardía dentro de él. Sus familias los rodearon, diciendo a coro:

—¡Hemos venido para la boda!

LeAnn Thieman

Pertenencia

Con la carretera por delante y nuestro hogar detrás, el fotógrafo y yo salimos en una misión periodística de tres días.

Nuestra meta era el desfiladero de Columbia: el lugar en que el río Columbia abre una senda de un kilómetro y medio entre Washington y Oregon, donde surfistas de todo el país se reúnen para danzar a lo largo de olas creadas por “vientos nucleares”; el lugar en que yo estaría muy lejos del mundo de los horarios fijos, de los plazos perentorios, las rutinas, los encargos, y de la obligación de llevar corriendo a los chicos a practicar béisbol y asegurarme de no dejar tirados los calcetines en el piso del dormitorio. Muy lejos de la palabra con “R”...: responsabilidad.

Francamente, no había sido una despedida perfecta. La familia estaba sufriendo de varias carencias. Nuestro coche, modelo 81, mostraba signos de Alzheimer automotriz. Todos estábamos cansados, irritables, y en trance de sacarnos de encima nuestros resfríos. Mi hijo de ocho años trató de animarnos con su desafinada versión de una canción de una comedia musical de Broadway. No funcionó.

Yo había estado ocupado, tratando de prepararme

para el viaje; mi esposa, Sally, estaba ocupada en inquietarse porque mis tres días de libertad significaban tres días de responsabilidad extra para ella.

—Papá, ¿vas a venir a oír mi clase de canto el jueves por la noche? —preguntó Jason, mi hijo de ocho años, en medio del caos de mi partida. De haber sido Bill Cosby, yo habría mostrado una expresión graciosa en la cara, habría dicho: “Bueno, por supuesto” y todos habrían vivido felices para siempre... o al menos durante media hora. Pero esa mañana no me sentía muy parecido a Bill Cosby.

—No, Jason, no estaré en la ciudad —dije—. Lo siento.

Di un rápido beso a Sally y emprendí el camino.

Ahora, horas después, yo estaba lejos de la familia, libre del desorden, de las narices goteantes, de las exigencias en cuanto a mi tiempo. Dado que no sabíamos demasiado el uno del otro, el fotógrafo y yo intercambiamos alguna información mientras avanzábamos. Más o menos de mi edad —alrededor de los treinta y cinco—, estaba casado pero no tenía hijos. Él y su esposa habían visto demasiadas situaciones en las que los integrantes de las parejas con chicos se habían encontrado atrapados, enloquecidos por la búsqueda de una baby sitter y obligados a renunciar a viajes espontáneos. Me contó que él y su esposa habían viajado al desfiladero recientemente, solos. “¿Solos? ¿Eso qué quería decir?”

Yo recordaba vagamente esa clase de libertad. Alzar vuelo cuando uno lo desea. Nada de súplicas de ir a andar a caballo en el momento en que uno está listo para derrumbarse en la cama. Nada de habitacio-

nes atravesadas por tornados. Además de no tener hijos, el fotógrafo tampoco tenía papas fritas de seis meses atrás en el piso del auto, ni figuritas de Superman pegadas en el tablero, ni mapas de ruta manchados de chocolate en la guantera. “¿Dónde me había equivocado?”

Durante el par de días que siguió, a pesar de las amenazas de lluvia exploramos el desfiladero: paredes de basalto de trescientos metros que se elevaban a cada lado del Columbia; veleros de colores fluorescentes, semejantes a mosquitos de neón; estelas marcadas en el agua. Si bien la tierra y el agua despertaban interés, también lo hacían los surfistas.

Había miles de ellos, casi todos jóvenes, que pasaban sus días en el agua, las noches en el pueblo, las mañanas en la cama. Cada cuatro autos, uno llevaba una tabla en el techo. Las calles estaban llenas de chapas de todo el país.

Algunos de estos muchachos con una tabla de surf siempre en la cabeza eran espíritus libres que vivían a su antojo en la parte trasera de sus camionetas; otros eran yuppies de buena posición, que estaban allí para pasar el fin de semana o unas vacaciones. Por las noches, el centro del pueblo ubicado junto al río se transformaba en un pueblo de la costa californiana a la manera de Oregon: los jaraneros comían, bebían y estaban contentos, perdidos en un mundo de frivolidad y libertad.

Para mí, ver a ese grupo fue como descubrir una antigua tribu perdida. “¿Quiere decir que, mientras yo trataba de desenredar cadenas de bicicletas, esta gente se enredaba al ritmo del rock y del beat de los lugares bailables? ¿Mientras yo depositaba cheques que

serían usados para alimentos y aparatos de ortodoncia y fondos de estudio, esta gente decidía qué color de velas comprar? ¿En qué me había equivocado?”

Durante nuestra última noche allí, el tiempo nublado continuaba, lo cual irritaba al fotógrafo y reflejaba mi estado de ánimo; ambos necesitábamos sol, sólo que por distintas razones.

Mientras contemplaba el río desde el cuarto del motel sentí una especie de vacío, como si yo no tuviera pertenencia. No pertenecía ni a casa ni a ese lugar. Ni a ningún lugar. Tal como los vientos del desfiladero azotaban el río y formaban espuma en el agua, los vientos de la libertad golpeaban mis creencias. Fe. Matrimonio. Hijos. Trabajo. Había anclado mi vida a cosas como éstas y, sin embargo, ahora me encontraba apartándome de esa posición tomada. ¿Había cometido un error? ¿Me había sometido a los rigores de la responsabilidad? Algún día, cuando tuviera más años, ¿me enfrentaría de repente con la realidad fría y amarga del arrepentimiento, deseoso de haber vivido libremente?

Me estaba preparando para acostarme, cuando la vi... Una tarjeta en mi valija, oculta entre algunas prendas. Era de Sally. La tarjeta tenía el dibujo de unos elefantes —a mi esposa le encantan— y afirmaba simplemente: “Te amaré hasta que los elefantes vuelen”.

Contemplé la tarjeta durante unos minutos y repetí las palabras. Miré la misma letra que había visto en cartas de amor en la universidad, en una partida de matrimonio, en dos partidas de nacimiento, en un testamento.

Al irme a dormir, no tuve necesidad de avisar a la conserjería que me despertaran temprano; ya había

recibido una llamada. La tarjeta se abrió camino en mi corazón endurecido, condenó mi conciencia egoísta, volvió a centrar mi perspectiva desenfocada. Supe exactamente dónde debía estar.

Al día siguiente, después de una entrevista de dos horas, de un viaje de seis y de una carrera de tres cuadras, llegué a la escuela de mi hijo, ansioso y sin aliento. El programa de canto había empezado veinte minutos antes; ¿me había perdido la canción de Jason? Me apresuré a ir a la cafetería. Estaba repleta de gente. Casi con frenesí, me abrí paso a través de la multitud de padres que obstruían la entrada, hasta un lugar desde donde por fin pude entrever a los chicos en el escenario.

En ese momento los oí: veinticinco voces de segundo grado tratando desesperadamente de alcanzar las notas que estaban a cinco años de distancia. Observé el colage de chicos, en busca de Jason. Por fin lo descubrí. En la primera hilera, como siempre, apretado entre dos nenas cuyos gérmenes, a juzgar por la expresión de su cara, se arrastraban sobre él como hormigas en un picnic.

Estaba cantando, claro, pero con menos entusiasmo del que demuestra cuando se le dice que ordene su cuarto. De repente sus ojos se dirigieron hacia mí, y su cara resplandeció con la clase de sonrisa que un padre sólo consigue ver en una función de canto de una escuela primaria, cuando sus ojos se encuentran con los de su hijo. Me había visto, y ése fue un momento que permanecerá por siempre en mi memoria.

Más tarde, a través de un mar de caras, descubrí a Sally y a nuestro otro hijo. Terminado el programa,

en medio de un tropel humano de padres, los cuatro nos saludamos, casi indiferentes a la conmoción que nos rodeaba.

No sentí un vacío, sino solamente conexión. ¿Cómo puede recibir tantas bendiciones un hombre?

Durante los días que siguieron retomé mis funciones en la vida con respecto a arreglar bicicletas, ganar el pan, ser esposo y padre... roles que harían bostezar a un surfista.

Pero yo decidí que siempre cambiaré toda la excitación de la vida libre por la sonrisa de mi hijo de ocho años en la primera fila.

Y en lugar de toda la libertad del desfiladero, asumiré la responsabilidad de cuidar de la mujer que juró amarme hasta que los elefantes vuelen.

Bob Welch

Alguien a quien tener

*Si puedo impedir que un corazón se rompa, no
habré vivido en vano.*

Emily Dickinson

Toda madre quiere ver a su hija feliz y amada. Y toda hija quiere vivir feliz por siempre jamás. De modo que a mi hija Jackie y a mí nos resultó duro que ella se convirtiera en una madre soltera. Ambas tuvimos que enfrentar el hecho de que su vida no era la imagen de lo que “debería” haber sido.

Y entonces, como si las cosas ya no hubieran sido bastante malas, Jackie decidió mudarse con su hijo de dos años, Kristopher, en la esperanza de empezar una nueva vida. Aun cuando la mudanza significaría que estaríamos a muchos kilómetros de distancia, y que yo los extrañaría mucho a ambos, sabía que mi hija había tomado la decisión correcta.

Jackie era enfermera, y consiguió empleo para trabajar de noche en el hospital local. Al cabo de un tiempo se relacionó con un joven. “Es maravilloso, mamá”, me contaba. Y aunque su voz sonaba bien, yo me sentía escéptica. ¿Cuáles eran las intenciones de ese hombre con respecto a mi hija? ¿Aceptaría a su

hijo? ¿La trataría con bondad y cariño, o sólo agregaría más dolor y pena a su vida? A pesar de lo mucho que me empeñaba en alejar esas preguntas de mi mente, no lo conseguía.

Después ocurrió algo que todos los padres y abuelos temen: el pequeño Kristopher se enfermó de gravedad. Lloraba y se quejaba de un dolor en la pierna cada vez que lo alzaban o lo tocaban. Tras algunos días de penosa incertidumbre, los médicos diagnosticaron el problema: osteomielitis, infección del hueso, y era severa. Como parecía estar esparciéndose, lo internaron para operarlo de inmediato.

Después de la operación, lo devolvieron a su cuarto y lo conectaron a un aparato especial. Los tubos entraban y salían por sus pequeñas caderas para irrigar la zona en tratamiento. Pero a pesar de los líquidos y los antibióticos, la temperatura no le bajaba. Kristopher perdió peso, no tenía apetito y se transformó en un niño de expresión triste.

Los médicos dijeron que sería preciso volver a operarlo a fin de detener la infección y, una vez más, su cuerpo debió soportar el doloroso procedimiento. Después, Kristopher permaneció echado en su cuna, unido a tantos tubos que no se lo podía mover, levantar, abrazar, ni ser acunado en los brazos de su madre.

Todas las noches, cuando Jackie debía ir a trabajar, yo hacía en auto el largo viaje para ver a Kristopher. Sólo podía quedarme unas pocas horas, porque me llevaba varias volver a casa. Todas las veces, cuando me preparaba para irme, Kristopher gritaba:

—Por favor, abuela, no te vayas. Porque si te vas, no voy a tener a nadie a quien tener.

Y todas las veces se me partía el corazón al

escuchar sus súplicas. Pero sabía que debía irme, de modo que le decía que lo quería y prometía volver pronto.

Una noche, al acercarme al cuarto de hospital de mi nieto para mi visita cotidiana, oí que alguien hablaba con él. Parecía la voz de un hombre. A medida que me acercaba, la voz se oía con más claridad... Era serena, bondadosa, y le hablaba a Kristopher en tono de consuelo. “¿Quién podrá estar hablándole así a mi nieto?”, me pregunté.

Entré en el cuarto, y lo que vi me dejó sin aliento.

Allí, echado en la cuna, estaba el joven de quien mi hija me hablaba desde hacía un tiempo. Había doblado su cuerpo de casi dos metros de altura para hacerse lo más pequeño posible; tenía su ancha espalda apretada contra los barrotes de la cuna, y envolvía a Kristopher con sus largos brazos, sosteniéndolo como si hubiera sido un bulto muy preciado.

El joven levantó la vista hacia mí con una gentil sonrisa de aclaración y dijo con suavidad:

—A los bebés hay que tenerlos en brazos. Como no lo podemos sacar de la cuna, decidí subirme aquí para abrazarlo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de alegría. Supe que mis plegarias habían sido escuchadas. Mi hija había de veras encontrado un hombre de corazón tierno, compasivo. Y a Kristopher le había sido concedido su deseo: por fin tenía “alguien a quien tener”.

Kristopher tiene ahora veinte años y se ha recuperado totalmente. Y el maravilloso joven de mi hija, John, se convirtió en el mejor padrastro que pueda tener un chico.

Maxine M. Davis

Sacando fotos

Apreciaré eternamente un determinado domingo de abril de 1977, que pasé junto a mi hijo. Torey tenía cinco años y de a poco empezaba a acomodarse a la nueva situación creada a partir de mi divorcio de su madre. Fue un proceso bastante tranquilo; cada uno siguió su camino y nada fue disputado. En cuanto a calidad, ahora pasaba más tiempo con Torey. Lo veía durante la semana cuando llamaba con anticipación, y él se quedaba conmigo un fin de semana cada quince días. No voy a decir que la vida era perfecta, pero me doy cuenta de que todo habría podido ser peor. La única preocupación que todavía me acosaba era que, de alguna manera, el divorcio empujaría a Torey a creer que los matrimonios felices son imposibles, y yo no quería eso para él.

Ese viernes por la tarde, fui a buscar a Torey a la escuela como de costumbre. Le dije que le tenía preparada una sorpresa para el día siguiente, pero que no iba a contarle nada más. Él estaba a punto de estallar de excitación, y no dejaba de rogarme que le diera alguna pista. Por fin le dije que iríamos a un determinado lugar, y que ésa sería la última pista. Entonces empezó a tratar de adivinar, como hacen

todos los chicos: el parque, el patio de juegos, la playa, y y así sucesivamente. Incluso mencionó una visita a sus abuelos, que ahora vivían en Miami, o a su mejor amigo, Trenton Stimes, que se había mudado a California el año anterior.

Cuando se dio cuenta de que el alud de preguntas no lo llevaba a ninguna parte, comenzó con su rutina de arte persuasivo. A esa altura estuve a punto de revelárselo, pero en cambio le dije que le daría una clave más.

—Tendrás que traer tu cámara Polaroid, porque querrás sacar montones de fotos.

Esto pareció calmarlo.

Debe de haber pensado, supongo, que, si yo imaginaba que él querría sacar unas fotos, debería tratarse de un lugar muy agradable, o tal vez sólo disfrutó con la idea de usar su Polaroid nueva. Por una u otra razón, permaneció tranquilo hasta la mañana siguiente. A las ocho en punto estuvo listo para salir. Ni siquiera intentó averiguar adónde íbamos. Llevaba la cámara colgada al hombro y me hizo apurar durante todo el trayecto. Estaba realmente ansioso por llegar a ese lugar, cualquiera fuese.

Mientras conducía, no dejé de volver la cabeza para ver sus ojos cuando nos aproximamos al letrero que decía "Parque Zoológico Lowry". Torey nunca había ido a un zoológico, pero lo había mencionado varias veces. Su entusiasmo me emocionó. Era mejor que observarlo en Navidad, o cuando trajo a su cachorro Snoop a casa por primera vez.

Había una pequeña cola en la entrada del parque, y Torey demostró su impaciencia saliendo fuera de ella y alargando el cuello para tratar de ver algo. Miré

hacia adelante y vi qué era lo que causaba el atraso. Una pareja de ancianos caminaba con mucha lentitud. Estaban uno junto al otro, tomados de la mano, mientras con la otra se apoyaban en una baranda, lo cual impedía el paso mientras avanzaban por la senda boscosa.

Como Torey tenía tanto apuro, temí que dijera algo acerca de la pareja de ancianos, algo que quizá nos haría sentir a todos incómodos, de modo que empecé a hablarle de los animales para mantenerlo ocupado. Muy pronto, Torey se entusiasmó completamente con los animales, a medida que corría de un hábitat al siguiente. Cerca del orangután, se acordó de la cámara.

—¡Papá! ¡tengo que sacar unas fotos! ¿Vas a ayudarme?

Saqué la correa para llevar la cámara al hombro, abrí el estuche y extraje la cámara. Entonces me di cuenta de que sólo quedaba una exposición, y de que no tenía un rollo de repuesto. Le expliqué a Torey que primero tendría que mirar a todos los animales, para luego decidir a cuál le sacaría la foto.

Al principio se sintió algo contrariado, pero la excitación de estar allí fue más fuerte, y empezó a concentrarse en los animales de nuevo. Después de recorrer toda el área, nos detuvimos en el puesto que tenía la concesión de los refrescos.

Mientras tomábamos unas gaseosas, pregunté a mi hijo si ya sabía a qué animal le sacaría una foto.

Él hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—¡Oh, sí! ¿Puedo ir a sacarla ahora?

Quise saber qué tenía en mente, pero él esbozó una sonrisa tímida y no quiso decírmelo. Deduje que

quería guardar su secreto porque yo no le había revelado lo del zoológico. De modo que, por fin, le dije que sacara la foto, si es que podía hacerlo sin que yo dejara de verlo.

Señaló un lugar próximo a los chimpancés y dijo: —¿Puedo ir hasta allá?

Asentí y lo miré con recelo, porque sabía que estaba tramando algo. Los chimpancés no figuraban en la lista de sus favoritos. Torey corrió hacia el lugar que había indicado y miró hacia atrás en busca de mi aprobación. Yo se la di con un gesto.

Vi que levantaba la cámara y sacaba su foto, pero no descubrí hacia dónde enfocaba, a causa de un pequeño grupo de gente que me obstruía la visión. Vovió corriendo hacia mí con la cámara, mientras la foto todavía estaba revelándose. Al principio no quiso mostrármela, pero se dio cuenta de que era imposible seguir ocultándomela, y me la entregó para que yo la inspeccionara.

Quedé con la boca abierta cuando bajé la vista hacia la imagen de la pareja de ancianos que habíamos encontrado en la entrada. Tenían los brazos uno alrededor del otro y sonreían a Torey.

—¿No son impresionantes? —preguntó, con la cara resplandeciente—. Hoy cumplen cincuenta años de casados y todavía están enamorados. Los oí cuando lo decían.

En ese momento supe, tal vez por primera vez desde el divorcio, que todo iba a andar bien. Supe que Torey entendía que su madre y yo nunca tendremos nuestro aniversario de cincuenta años de casados, pero que en su mente ambos somos muy especiales.

Supe que Torey de alguna manera se daba cuenta,

incluso a la edad de cinco años, de que esas personas que sí permanecen juntas durante cincuenta años, deben ser más que especiales, tan especiales como para que les saquen una foto. Y supe que Torey había elegido para recordar su día de paseo, nada menos que una foto del amor verdadero y perdurable.

Ken Grote

El guiño

En el matrimonio, no se trata del esposo o de la esposa; se trata del amor entre los dos.

Nisargadatta

No hace mucho, mi esposo, con quien estoy casada desde hace trece años, admitió que lo había pensado dos veces antes de ir al altar conmigo. La tarde anterior a nuestro casamiento, pasó por el salón donde iba a tener lugar la recepción a fin de dejar algo. Mis padres ya estaban allí. Mamá, famosa por su talento para la cocina, se había comprometido a preparar una comida simple pero deliciosa para no menos de ciento cincuenta invitados. Cuando el hombre que estaba a punto de ser mi marido entró, encontró a mi padre sentado plácidamente junto a la puerta de la cocina, y a mi madre gritando enfurecida al pobre hombre. Papá permanecía allí sentado, mientras mamá enumeraba la gran cantidad de motivos de queja que tenía en su contra. De todo, desde la falta de un frasco de pickles hasta las fetas del jamón demasiado delgadas. Todo era culpa suya.

Los que conocían a mis padres, probablemente

habrían atestiguado que formaban un matrimonio algo extraño. Y, a decir verdad, la mayoría habría calificado a mamá de arpía y a papá de sometido.

En mi calidad de hija única, considerada uno de esos “bebés-que-cambian-la-vida”, crecí observando su peculiar relación. Cuando yo nací, ya llevaban más de veinte años de casados. Recuerdo haberme preguntado si otros padres manejarían su matrimonio de la misma manera. Con el paso de los años, comencé a estudiar la relación entre otros cónyuges. Más estudiaba otras relaciones, más me preguntaba por qué diantres mis padres se habían casado, más aún, por qué habían permanecido juntos si el divorcio es algo tan común como cambiarle el aceite al auto.

Cuando yo tenía dieciséis años, mamá, que era diabética, enfermó de gravedad y estuvo casi diez días en el hospital. Una tarde, volví de mi empleo de tiempo parcial y encontré a papá sentado frente a la mesa de la cocina, haciendo un solitario tras otro. Cada pocos minutos, miraba el reloj. Todavía no había cenado, sin duda porque hacer café era su máxima habilidad culinaria. Le preparé una comida caliente, y él volvió a sus solitarios. Sonó el teléfono, y yo contesté desde el living.

—Hola, querida.

—Hola, mamá. Espero que te estés sintiendo mejor que esta mañana, cuando fui a verte.

—Mucho mejor. ¿Tu papá está en casa o salió?

—No, todavía está aquí.

—¿Comió algo? Yo lo mandé a casa. Necesita descansar un poco. Se lo ve tan cansado. Le dije que pasara por allí y que comiera una hamburguesa o

cualquier otra cosa. La comida del hospital es horrible. Tu padre no debería tener que comer eso. Ya es bastante malo que tenga que hacerlo yo. Le dije que no volviera hasta las seis.

—No, no creo que haya comido nada, pero acabo de prepararle la cena.

—Gracias, preciosa. Tengo que colgar. Quieren sacarme sangre. Te veré mañana.

Volví a la cocina para terminar de ordenar todo.

—Era mamá. Le dije que habías comido.

Él volvió a mirar el reloj: las seis en punto.

—Gracias por la cena, querida. Estuvo tan bien como cuando la hace mamá. Debo volver al hospital.

Recogió su mazo de cartas, las puso en una caja y se fue.

Recuerdo los hechos de ese día de hace tanto tiempo, no porque haya notado algo especial en aquel momento sino debido a la enfermedad de mi madre y el brillante cumplido que me dedicó mi padre por mi forma de cocinar.

Al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que una gran cantidad de datos acerca de la relación de mis padres quedaron demostrados por sus actos durante aquellos días de prueba: la preocupación de mi madre por mi padre, aun cuando ella estuviera gravemente enferma, y la de mi padre, que contaba los minutos a la espera de poder volver a su lado. Ambas actitudes dicen muchísimo. Esas dos personas compartían mucho más de lo que el mundo podría saber alguna vez.

La clarividencia que adquirí no tiene precio. Ninguna relación es igual a otra. Sería como comparar dos hojas de un mismo árbol. En la superficie ambas parecen iguales, pero son las pequeñas diferencias indefinibles lo que las hace únicas.

La que podría resultar una relación extraña para ustedes o para mí, es perfectamente común para la pareja involucrada. Las relaciones se refieren a lo que uno pone y saca de allí. Y los únicos que pueden juzgar si vale la pena lo que reciben son los que se encuentran en el mismo compromiso. En su mayor parte, creo que el amor es algo personal; quien mejor puede evaluarlo es la persona a quien uno se lo entrega.

Mi esposo me dijo que en aquel día de hace tanto tiempo, el día anterior a nuestra boda, en que se preguntó en qué se estaba metiendo y estuvo a punto de echarse atrás, una cosa lo retuvo. Desde el bar miró a mi pobre padre acosado, amedrentado, mientras los ecos de la perorata de mi madre atravesaban el salón y, entonces, mi padre le guiñó un ojo y le sonrió.

Después de casi cincuenta años de matrimonio, papá murió de repente hace diez años. Mamá tuvo un ataque masivo al corazón que la dejó postrada en una silla de ruedas, sólo dos meses después de la partida de papá. Vivió seis años más. Se quedó y le dio la bienvenida a sus dos nietos antes de ir a reunirse con papá.

No tengo ninguna duda de que, tan pronto como mamá atravesó las puertas del cielo y vio a papá, debe haberlo retado porque tenía el pelo demasiado largo, o porque sus pantalones estaban arrugados. Y estoy segura de que papá miró a San Pedro, le guiñó un ojo y sonrió.

Karen Culver

Las botitas rojas

Observa. Espera. El tiempo pasará y cumplirá su objetivo.

Marianne Williamson

Cuando Tate, mi nieta, festejó hace poco su quinto cumpleaños, su madre le hizo un regalo muy especial: un par de botitas vaqueras rojas que habían sido suyas cuando era pequeña. Después de ponérselas, Tate comenzó a bailar excitada por toda la habitación. Mi mente volvió rápidamente a la tarde en que mi nuera, Kelly, me mostró las botitas rojas y me contó lo que había pasado el día que las estrenó. Saben, no sólo experimentó la emoción de usar su primer par de verdaderas botas vaqueras, sino que también sintió la emoción de conocer a su primer amor.

Fue su primer “hombre mayor”... ¡ella tenía cinco años y él, siete! Vivía en la ciudad, y su padre lo había llevado a la granja del abuelo de Kelly un sábado por la tarde para que anduviera a caballo. Kelly se sentó en la empalizada para ver cómo su abuelo le ponía la montura a su poni. Se sentía orgullosa de sus

brillantes botas rojas nuevas, y estaba tratando con todas sus fuerzas de no ensuciarlas.

Justo entonces, el chico de la ciudad se acercó para saludarla. Le sonrió a Kelly y admiró sus botas. Debe de haber sido amor a primera vista, porque Kelly se descubrió a sí misma ofreciéndole su poni para que él lo montara. Nunca había permitido que nadie subiera a su poni.

El abuelo de Kelly vendió la granja ese mismo año, y ella nunca volvió a ver al muchacho. Pero por alguna razón, nunca olvidó aquel momento mágico de cuando tenía cinco años, y cada vez que se ponía las botas vaqueras rojas, pensaba en el encantador chico de la ciudad. Cuando ya no le entraron, su madre decidió no tirarlas, sino envolverlas y guardarlas. Después de todo, Kelly las había querido mucho.

Pasaron muchos años. Kelly creció y se convirtió en una hermosa joven, y conoció a mi hijo, Marty. Se casaron y tuvieron a su hija, Tate. Un día, mientras Kelly inspeccionaba algunas cajas viejas, preparándose para una feria americana, encontró las botitas rojas. Tiernos recuerdos inundaron su corazón. “Yo amaba estas botas” —recordó—. Creo que se las regalaré a Tate para su cumpleaños.”

La risa de Tate la devolvió al presente, y observé cómo mi hijo levantaba en brazos a su hija —que no dejaba de reír y admirar sus botitas— y se ponía a bailar con ella alrededor de la habitación.

—De veras me gustan tus botas, preciosa —le dijo—. En realidad, no sé por qué, pero me recuerdan el día en que monté mi primer poni. No era mucho mayor que tú.

—¿Es una historia verdadera, papá? ¿O es de

mentira? ¿Tiene un final feliz? Me gustan las historias con final feliz —dijo Tate. Le encantaba escuchar a su padre contar anécdotas de su infancia, y le rogó que le hablara de su primera cabalgata en poni. Marty se echó a reír ante las interminables preguntas de Tate, y se sentó en el enorme sofá para que ella se trepara a sus rodillas.

—Había una vez —empezó—, cuando yo tenía siete años vivía en la gran ciudad de St. Louis, en Missouri. ¿Y sabes qué era lo que deseaba más que nada en el mundo? ¡Un caballo! Le dije a mi papá que cuando creciera quería ser un vaquero de verdad. Ese verano mi papá me llevó a una granja, no muy lejos de aquí, y me permitió montar en un poni de verdad. Recuerdo que en la granja había una niñita, sentada en una empalizada, y llevaba puestas unas botas vaqueras rojas, nuevas, iguales a las tuyas.

Kelly estaba allí sentada, escuchando la historia que Marty le contaba a su hija acerca de su primer paseo en poni. Cuando él llegó a la parte de las botas rojas, sus ojos se abrieron asombrados y su corazón se maravilló: ¡Marty era el atractivo chico de la ciudad que ella había conocido cuando sólo tenía cinco años!

—Marty —dijo con voz temblorosa—, yo era esa niñita. Aquélla era la granja de mi abuelo. ¡Y ésas son las mismas botas rojas!

Tate siguió sentada alegremente en las rodillas de su papá, ignorando que en ese momento mágico sus padres se dieron cuenta de que se habían conocido de chicos, y de que incluso entonces habían sentido un vínculo especial entre sus corazones.

Jeannie S. Williams

Un vínculo inquebrantable

El espíritu humano es más fuerte que cualquier cosa que pueda pasarle.

C. C. Scott

La joven pareja está en el frente de la iglesia, y el brazo de él rodea con ternura la cintura de ella. Delante de los parientes y amigos reunidos encienden cinco velas blancas. Intercambian un beso que pone un nudo en la garganta a quienes los observan.

Ésta podría ser la boda de Cliff y Regina Ellis. Por cierto, están demostrando su compromiso.

Pero no. Es la ceremonia en memoria de su hija de cinco años, Alexandra, que luchó contra el cáncer durante dos años.

El día antes de su muerte, sus padres la ayudaron a salir de este mundo tal como le habían dado la bienvenida a él... llevándola a la bañera y abrazándola y mimándola en medio de toda esa calidez y seguridad.

Le hablaron de los delfines, con uno de los cuales ella había nadado en Hawaii unas semanas antes. La acomodaron en la gran cama matrimonial, en una tranquila habitación del piso de arriba, encendieron

velas, pusieron música suave, entonaron en voz baja sus canciones favoritas y la estrecharon contra su pecho. Ella dijo adiós a su gatito Simba, a su hermano de tres años Zachary, y a cinco generaciones de parientes y amigos. Cuando dejó de respirar, todos pasaron varias horas más sentados a su lado, y luego la dejaron ir.

A los treinta y uno y veintinueve años, Cliff y Regina son una pareja joven poco usual. Fuerte. Amante. Sabia más allá de sus años. Aunque la enfermedad terminal de un hijo ejerce una fuerte presión sobre un matrimonio, la larga lucha de Alex y su muerte hizo que el de ellos se afianzara más aún.

Al reflexionar sobre la muerte de su hija y sus efectos dos meses más tarde, decidieron que su unión está basada en el compromiso: con ellos mismos; con el hecho de ser padres de Zach; con la fundación que crearon para brindar información y apoyo a otros niños con cáncer; y el compromiso que les permitió sobrellevar este año lleno de confusión, en el que un momento los encontraba admirando el crepúsculo y, el siguiente, preguntándose cómo la vida puede ser tan cruel.

Regina Rathburn y Cliff Ellis se conocieron en el colegio secundario, a comienzos de la década del ochenta; ella estaba en primer año y él en el último. Empezaron a salir de vez en cuando, y comenzaron una relación seria cuando ella llegó al último año. Parecían ser almas gemelas; se conectaban entre ellos como no lo hacían con ninguna otra persona. Cliff era “divertido, sensible, cálido”; Regina era “hermosa, con una personalidad realmente fuerte”.

Cuando se casaron, en 1988, deseaban tener varios hijos... el tipo de familia que Regina conocía, donde sus integrantes hablan de todo, ríen y lloran juntos.

—Siempre fui realista —dice Regina—. Sabía que el matrimonio representaba un duro trabajo. Nunca esperé que fuera dulce y maravilloso. Si íbamos a crecer y cambiar, deberíamos hacer un esfuerzo.

Alexandra nació poco después; era un bebé perfecto, que manifestó problemas respiratorios después del nacimiento. Cuando por fin volvieron a casa, ellos entraron en una bañera llena de agua caliente con su hija, segura en manos del destino. Zach se les unió tres años más tarde. Sus sueños se estaban convirtiendo en realidad; disponían de gran cantidad de tiempo para sus hijos a pesar de la administración de su empresa.

Entonces, a Alex le diagnosticaron un cáncer de columna. Durante dos años y medio, no abandonaron la lucha, que incluía la quimioterapia. Cliff se afeitó la cabeza para que hiciera juego con el corte “a lo quimio”, es decir, con la calvicie de su hija.

Al finalizar el invierno, el cáncer volvió. Alex rechazó un trasplante de médula; basta de hospitales, rogó. Quería ir a Hawaii y nadar con un delfín.

Ni el padre ni la madre sabían cómo iba a reaccionar el otro cuando llegara el fin. ¿Seguirían siendo los mismos? ¿Podrían amarse después de semejante pérdida? Sin embargo, mientras agonizaba en el enorme lecho de sus padres, Alexandra les había hecho un regalo inapreciable:

—Tomó mis manos y las de mi esposo —cuenta su madre—, y las unió por encima de su cuerpecito.

Fue como si su último acto aquí en la tierra hubiera tenido el objetivo de crear un vínculo inquebrantable entre nosotros.

"En ese momento miré a Cliff y pensé que era muy hermoso. Y que había sido un padre lleno de dedicación. Vi en él este amor, este don increíble. Estábamos allí por ella, y formábamos un equipo de trabajo sólido en un ciento por ciento. Le rendimos homenaje a nuestros corazones, a nuestra hija, a nuestro vínculo... tal como habíamos hecho cuando nació.

Las miradas de Cliff y de Regina se encuentran a través de su living al rememorar esa noche inolvidable.

—Y yo miré a Regina —dice Cliff—, y no pude imaginar que podría llegar a quererla todavía más. Me sentí más cerca aún de ella... Fue increíble.

Dos meses después, siguen resistiendo. Esto es lo que los mantiene juntos:

Sabiendo que el dolor es un acto solitario, se dejan espacio mutuamente.

Comprenden que el matrimonio —en especial cuando se halla bajo estrés— tiene sus altibajos; algunos días simplemente son depresivos y no ofrecen una razón para vivir.

Están de acuerdo en que los hijos representan su primera tarea... y su primera alegría. Postergan cualquier otra cosa que les quite tiempo para dedicarse a sus hijos, aconsejan a otros padres.

Por tener el conocimiento —duramente obtenido e inusual para gente tan joven— de que la vida es corta y debe ser disfrutada, pasan su limitado tiempo sólo con personas o actividades que encuentran placenteras y llenas de sentido.

Advierten que el tiempo cambia a la gente, y se alientan el uno al otro para crecer.

Reconocen que, incluso en las épocas más sombrías, hay dones que deben ser descubiertos.

—Pensé que la muerte de Alex iba a destruirnos, que perderla a ella sería perderme a mí misma —admite Regina—. Ya no sabía quién era yo, pero Cliff dijo algo que es la verdad más profunda de nuestro matrimonio: seamos quienes seamos, estaremos juntos.

Jann Mitchell

7

LA LLAMA QUE TODAVÍA ARDE

*Aquellos que nunca han conocido la profunda
intimidad y, por ende, el compañerismo
de un feliz amor compartido, se perdieron lo mejor
que la vida tiene para dar.*

Bertrand Russell

Los miércoles

La gran acción de las cosas pequeñas hace grande la vida.

Eugenia Price

Ella es mi esposa, mi amante, mi mejor amiga. Por más de catorce años, nuestro matrimonio resistió y ha crecido. Puedo afirmar con toda sinceridad que, al cabo de todo este tiempo juntos, mi amor por Patricia no ha disminuido de ningún modo. En realidad, cada día que pasa me descubro más y más cautivado por su belleza. Los mejores momentos de mi vida son los que compartimos, ya sea que estemos mirando televisión tranquilamente o disfrutando de un partido de los San Diego Chargers.

No hay ningún secreto para que nuestro matrimonio haya durado mientras tantos otros fracasaron. No puedo ofrecer ninguna fórmula para el éxito, salvo afirmar que el rasgo más importante de nuestra relación consiste en que nunca perdió el sentido de lo romántico que floreció cuando nos conocimos. Demasiado a menudo el matrimonio mata el romanticismo que nace durante el cortejo. En

mi caso, siempre sentí que todavía sigo cortejando a Patricia, y por lo tanto el romanticismo nunca murió.

Lo romántico no es algo que pueda ser enseñado o copiado. Se puede ser romántico sólo a través de otro. Patricia, mi esposa desde hace catorce años, ha infundido el romanticismo en mí. Yo soy romántico gracias a ella. Patricia siempre sacó a relucir lo mejor que hay en mí. Los aspectos de nuestro romance son demasiados como para poderlos mencionar. Con todo, hay un interludio romántico especial que comencé hace más de quince años.

Antes de casarnos, Patricia y yo no podíamos vernos durante la semana todas las veces que hubiéramos querido. Los fines de semana siempre pasaban con demasiada rapidez, y los días del medio se arrastraban como la eternidad. Decidí que necesitaba hacer algo para lograr que esos días transcurrieran más rápido o, al menos, hacer algo que nos diera la ocasión de esperar con interés durante la semana.

Y todo empezó un miércoles, quince años atrás: compré una tarjeta y se la di a Patricia. No era una ocasión especial. La tarjeta era sólo una expresión de cuánto la amaba y cuánto pensaba en ella. Elegí un miércoles sin ninguna razón en especial, salvo que estaba en la mitad de la semana.

A partir de ese día, nunca dejé de lado un miércoles... Patricia ha recibido una tarjeta mía todos los miércoles, todas las semanas, todos los meses, todos los años.

No compro la tarjeta cada semana por puro hábito. Mi misión romántica consiste en encontrar la tarjeta adecuada. A veces, la búsqueda me lleva a

muchas librerías distintas hasta que doy con la ofrenda perfecta. He llegado a invertir un tiempo considerable frente a las tarjetas en exhibición, a fin de leer una docena de textos diferentes antes de elegir la adecuada. La imagen y las palabras deben tener un significado específico para mí y, de alguna manera, deben hacerme acordar de Patricia y de nuestra vida juntos. La tarjeta tiene que provocarme una emoción. Sé que, si una tarjeta hace que aparezca una lágrima de felicidad en mis ojos, encontré la correcta.

Patricia se despierta todos los miércoles por la mañana y encuentra su tarjeta; y aunque sabe que estará allí, de todos modos se llena de alegría y excitación cuando abre el sobre y lee lo que hay en su interior. Y yo todavía me emociono al darle su tarjeta.

A los pies de nuestra cama hay un cofre de bronce lleno con todas las tarjetas de saludo que Patricia ha recibido de mí durante los últimos quince años; cientos y cientos de tarjetas, cada una repleta de tanto amor como la siguiente. Sólo espero que nuestra vida en conjunto dure lo suficiente como para que yo pueda llenar diez cofres con mis mensajes semanales de amor, afecto y, sobre todo, mi agradecimiento por la dicha que Patricia ha traído a mi vida.

David. A. Manzi

Por siempre joven

Mientras uno pueda seguir admirando y amando, será joven.

Pablo Casals

Algo muy extraño ha ocurrido al cabo de nuestros veintiséis años de casados. Mis padres han envejecido. Nuestros hijos están listos para dejar el nido. Pero a mí no se me nota la edad. Sé que los años han pasado porque puedo sentir las pérdidas. Desaparecieron los vaqueros talle cuarenta y los zapatos con plataforma. Desapareció la cara anhelante de una jovencita dispuesta a aceptar cualquier desafío. Pero, de alguna manera, yo he quedado suspendida en el tiempo. Porque en los ojos y en el alma de mi esposo todavía tengo, y siempre tendré... dieciocho años, y estaré tan libre de preocupaciones y seré tan extravagante como el día en que nos conocimos.

Todavía me llama "bombón". Me lleva a ver películas de terror, y nos sentamos en un cine lleno de adolescentes que aúllan. Nos tomamos de las manos y compartimos el pochoclo tal como hacíamos tantos años atrás. Todavía corremos tras los bomberos y

comemos en restaurantes baratos y escuchamos el rock de la década del sesenta.

—Eso te quedaría muy bien —dice, señalando a una hermosa jovencita que camina por el paseo de compras. Lleva el pelo rubio largo hasta la mitad de la espalda, y usa un top apabullante y pantaloncitos ultracortos. ¿Mencioné que debe tener unos veinte años? Quiero echarme a reír, pero sé que no debo hacerlo. Él habla en serio.

Todos los años en el mes de julio me lleva a la feria del condado. En una calurosa noche de verano, paseamos por los terrenos polvorientos de la feria, percibiendo las imágenes y los sonidos. Comemos choclos, y él me compra souvenirs cursis. Los vendedores agresivos nos llaman desde las barracas situadas a lo largo de la avenida principal de la feria. Él tira dardos contra los globos dispuestos sobre una tabla, tratando, año tras año, de ganar el oso gigante. Mientras otras personas de nuestra edad se detienen para sentarse en un banco y descansar, nosotros seguimos jaraneando. Arriba, abajo y alrededor, nos aferramos el uno al otro mientras las ruedas crujientes de la montaña rusa llevan a cabo su vuelta final. Al anochecer estamos en nuestro lugar favorito, bien alto en la vuelta al mundo, compartiendo algodón de azúcar rosado y mirando hacia el mar de coloridas luces de neón que se ven abajo.

A veces me pregunto si él se da cuenta de que yo ya pasé los cuarenta. Que los hijos que tuve ya pueden tener hijos propios. ¿Acaso no advierte mis incipientes cabellos grises? ¿Las líneas alrededor de mis ojos? ¿Percibe mis inseguridades? ¿Oye cómo crujen mis rodillas cuando me agacho? Lo observo...

observándome con divertidos ojos jóvenes, y sé que no se da cuenta de nada.

Me pregunto a menudo dónde estaremos dentro de otros cuarenta años. Sé que estaremos juntos, ¿pero dónde? ¿En un geriátrico? ¿Viviendo con nuestros hijos? De alguna manera, esas imágenes no encajan. Sólo una es constante y clara. Cierro los ojos y miro hacia el futuro, bien lejos... y nos veo...: un anciano y su bombón. Yo tengo el pelo blanco. La cara de él está arrugada. No estamos sentados en la puerta de una casa, mirando cómo pasa el mundo. Por el contrario, estamos en la parte más alta de la montaña rusa, con las manos entrelazadas, compartiendo algodón de azúcar rosado bajo una luna de julio.

Shari Cohen

Todavía te amo

A unos cuatro metros del borde este de la ruta estatal 103, que atraviesa de norte a sur la ciudad de Newbury, en New Hampshire (población: quince mil habitantes, más o menos), hay una plancha de roca achatada, color marrón grisáceo, de aproximadamente la altura de un hombre. Su cara sur es plana, casi lisa, y está ubicada como una cartelera en dirección al tránsito que viene del norte.

Hace unos veinticinco años, frente a la roca, en el lado oeste de la ruta, se alzaba una prolija casa con techo de cedro, en cuyo patio trasero, como todavía se recuerda, picoteaban una docena de gallinas. Sus huevos eran usados para hacer desayunos (y para mantener un pequeño negocio adicional) por una familia de apellido Rule, cuya hija Gretchen era bonita, inteligente, melancólica, y tenía dieciséis años.

Había un muchacho —un muchacho tímido, también melancólico, cuyo nombre hoy ha caído en el olvido— que se consumía de amor por Gretchen Rule. Buscaba la manera de decírselo o de mostrárselo —sin decírselo ni mostrárselo él mismo— y pensó en la roca. “GRANJERA DE LAS GALLINAS, TE AMO”, escribió

en ella en letras de un metro, pintadas con aerosol, durante una noche de luna y cielo estrellado... O así cuenta la historia. Y la jovencita vio y supuso quién era el autor (aunque, en realidad, era sólo una suposición), y la ciudad y los automovilistas que pasaban sonrieron, hicieron sus propias suposiciones, y siguieron con sus vidas.

El mensaje resistió durante años, aunque las zarzas crecieron y lo ocultaron, y las letras, tan destacadas y blancas en un tiempo, comenzaron a borrarse.

Gretchen Rule se fue a Harvard, y de allí a la vida. El muchacho, quienquiera haya sido —o sea— se hizo hombre. La roca llegó a ser una reliquia, un mensaje de amor fuera del tiempo.

Una noche —diez, quizá doce años atrás (nadie vio cuándo ocurrió, y hoy nadie puede decirlo a ciencia cierta)— las zarzas fueron cortadas. Y el mensaje fue vuelto a pintar y renovado: “GRANJERA DE LAS GALLINAS, TODAVÍA TE AMO”.

La roca se transformó en un mojón. “Es en la primera curva después de la Roca de las Gallinas”, decían los lugareños. “Gallinas”, “amo” y “granjera” fueron las primeras palabras que un niño de jardín de infantes de Newbury —hoy un adolescente— aprendió a leer. Los esquiadores que se dirigían a Sunapee, hacia el norte, provenientes de Boston tejieron cuentos de amor no correspondido. Y cada uno o dos años, casi sin que se notara, las letras eran remozadas y las zarzas, cortadas.

Hasta que, a fines del pasado mes de abril, un desconocido llamó al Departamento de Transportes y se quejó de haber visto el *graffiti*. Al anochecer de ese

mismo día, un cuadrado pintado de color herrumbre fue todo lo que quedó del antiguo amor de un muchacho tímido. El *Concord Monitor* ofreció su réquiem: "El mensaje de amor a la Granjera de las Gallinas ya no existe".

Pasó una semana. Luego, con la llegada del amanecer del 30 de abril, un miércoles, el nuevo sol se elevó sobre el amor más obstinado de New Hampshire: "GRANJERA DE LAS GALLINAS, TODAVÍA TE AMO".

El mismo mensaje, las mismas letras de un metro. Pero esta vez más destacadas: eran más gruesas, y habían sido pintadas con pincel, no con aerosol.

En Newbury, los habitantes de la ciudad, ahora inspirados como nunca, tomaron medidas para asegurarse de que su mojón perduraría. "Una petición de statu quo al Departamento de Transportes del Estado de New Hampshire", la llamaron, y la completaron con sus firmas... Ciento noventa y dos firmantes en el curso de un día. El Departamento de Transportes respondió con una carta. El mensaje de la Roca de las Gallinas estará a salvo eternamente.

Y en algún lugar, con toda seguridad un tímido cuarentón debe haber sonreído.

Geoffrey Douglas

Sólo un martes

Un ventoso martes de principios de la década del cincuenta, pasó por casa un amigo nuestro para anunciarnos el nacimiento de su nueva hija. Le pidió a Harold, mi esposo, que lo acompañara en auto al hospital. Dijeron que yo debía esperar su regreso a la hora de cenar.

Los dos se detuvieron en la florería a fin de elegir una maceta de tulipanes para la nueva madre, y a mi amor se le ocurrió llevarle también tulipanes a su esposa. Además, decidió comprar dos docenas de rosas rojas por las dudas, y puso todo en la cuenta que mantengo abierta para funerales y otras circunstancias.

Después de la visita al hospital, hicieron un alto en Gatto's Inn para tomar una cerveza, y llevaron las flores con ellos para que no se marchitaran en el auto. Una cosa llevó a la otra y pronto los parroquianos habituales de la barra empezaron a hacer preguntas acerca de las rosas rojas y los tulipanes. Sorprendido con la guardia baja y algo avergonzado, Harold contestó:

—Son el regalo de aniversario para mi Dot.

Pero no era nuestro aniversario ni tampoco mi

cumpleaños. Era sólo un martes. Los parroquianos, uno tras otro, mandaron tragos de celebración por el aniversario a mi marido y su amigo. Alrededor de las nueve y media, los clientes habituales empezaron a tomarle el pelo porque estaba festejando solo.

—Mi esposa está ocupada hasta las diez —contestó él—. Va a reunirse aquí conmigo para comer un bistec, en el Pine Room.

Acto seguido ordenó carne no sólo para nosotros, sino para todos los clientes habituales. El propietario alegremente preparó el salón de banquetes para dieciocho personas.

En ese momento surgió un problema: cómo llevarme hasta allí. No era mi lugar favorito, era tarde, él no había llegado para cenar, y yo sin duda estaría ansiosa y preocupada.

Mi amado llamó un taxi y le dijo al conductor, un amigo suyo, que fuera a Dublin, le dijera a Dot que él tenía un problema, y que fuera al instante. Yo estaba en bata de entrecasa, con el pelo lleno de horribles rulos metálicos, cuando el taxista llegó. Me tiré encima un abrigo, me puse las botas sobre las chinelas y me apresuré a salir.

La barra estaba vacía cuando llegamos a Gatto's.

—Dios mío —dije—, debe ser algo muy serio.

Una camarera me acompañó hasta el oscurecido salón de banquetes.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa!

Harold se levantó y retiró mi silla. Me besó en la mejilla y susurró:

—Te lo explicaré más tarde.

¡Vaya si tendría que hacerlo!

Bueno, rosas son rosas y bistec es bistec, y la vida

de casados es para lo bueno y lo malo. Olí las rosas, sonreí a mis extraños invitados y le di un fuerte puntapié a mi marido por debajo de la mesa. Nunca había cenado con esa gente y probablemente nunca volvería a hacerlo y, sin embargo, sabía que sus deseos de felicidad eran sinceros. Hasta bailé el *Vals del aniversario* en bata y botas para celebrar el hecho de que era... sólo un martes.

Dorothy Walker

Nena, tú eres...

mi cielo soleado,
mi altura preferida,
mi cama tibia,
mi puerto en la tormenta,
mi regalo más dulce,
mi respaldo afectivo,
mi mejor amiga
hasta el final,
mi inspiración,
mi meta en la vida,
mi luz brillante,
mi día y mi noche,
mi cura para el corazón,
mi enfriador de enojos,
mi remedio para el dolor,
mi fiebre primaveral,
mi gema tan única,
mi plegaria escuchada,
mi corazón y mi alma,
mi vida como un todo,
mi calesita,
mi “arriba” en el bajón,
mi mejor chance,

mi último baile,
mi mejor jugada,
mi dulce quinoto,
mi acelerador,
mi aperitivo,
mi sol de la mañana,
mi diversión de la tarde,
mi pareja de baile,
mi jardinera del corazón,
mi fuente de risas,
mi eternidad,
mi cielo en la tierra,
para quien yo existo,
mi fuego llameante,
mi deseo más grande,
mi alma gemela,
mi dulce destino,
mi amante soñada,
mi "antes que nadie".
mi confianza,
mi sentido común,
mi razón para todo,
hasta que muera.

Por si no lo sabías.

David L. Weatherford

En nuestro vigésimo aniversario de casados

Hay sólo una pregunta seria. Y es: ¿cómo hacer para que el amor perdure?

Tim Robbins

Sonrío cuando alguien define la bigamia diciendo que consiste en tener un cónyuge de más, y la monogamia diciendo que es la misma cosa. Al contrario, yo pienso en el matrimonio como en una aventura de comunicación que dura toda la vida. Por cierto, así fue con Marty, mi marido.

Marty y yo hemos estado juntos durante más de veinte plenos y ricos años.

Él es —y lo digo con el afecto más profundo— sólo un hombre común, en un estilo que lo hace mantener los pies en la tierra. Por ejemplo, hace poco le dije que estaba pensando en empezar a pintar. Él me miró y, sin inmutarse, preguntó:

—¿Al látex o al agua?

Ése es Marty.

Recuerdo que, en los meses previos a nuestro vigésimo aniversario de casados, empecé a pensar en

nuestro matrimonio y preguntarme si en verdad era todo lo que debía ser. Quiero aclarar que nada andaba mal. Pero parecía que ya no había ninguna "novedad" en nuestra relación. Recordé la antigua magia que representaba estar en una relación nueva... la emoción de conocer a alguien del que no se sabe nada, para ir descubriendo lentamente todos los detalles adorables de su personalidad; la alegría de descubrir lo que tenemos en común; la primera cita, el primer contacto, el primer beso, el primer abrazo fuerte, el primer "todo".

Una mañana, mi marido, ya desgastado, y yo nos habíamos levantado temprano y estábamos haciendo nuestra habitual caminata de unos seis kilómetros. Aunque el paisaje era hermoso, mi mente se hallaba en otro lado. Pensaba en todas las cosas que parecían faltar después de veinte años de matrimonio; me preguntaba si realmente no me estaría perdiendo cosas nuevas que debería experimentar. Acabábamos de llegar al punto que marcaba los tres kilómetros en nuestra caminata, un lugar sombreado donde dos cedros creaban sobre nosotros un arco natural, privado y apartado. Y cuando estábamos a punto de dar la vuelta, mi esposo se acercó, me tomó en sus brazos y me besó.

Estaba tan ocupada pensando en las cosas "nuevas" que me estaba perdiendo, que su beso me tomó completamente por sorpresa.

Y allí, en medio de un beso caliente, pegajoso, sudoroso, faltar de aliento a causa del ejercicio, de repente fui profundamente consciente de todos los dones acumulados durante los veinte años vividos junto a Marty. Nos habíamos confortado el uno al

otro a través de la muerte de tres padres y dos hermanos. Habíamos visto a su hijo recibirse en la universidad tecnológica de Virginia. Habíamos acampado desde Nova Scotia hasta las Rocosas canadienses. Habíamos compartido canciones con mi familia, en Irlanda, un 4 de Julio, y habíamos realizado una caminata a lo largo de la bahía en Anchorage, Alaska. Habíamos compartido grandes cantidades de papas, de amaneceres y de vida.

Ese especial nivel del compartir no lo tenía con ningún otro ser humano... Sólo con mi esposo. Y en ese preciso instante, sí estábamos compartiendo algo nuevo. Una caminata, una dulce, segura, comfortable relación que brindaba nuevo amor cada día, y un beso que nunca se había dado antes y que nunca volvería a darse después. Ese momento era totalmente nuevo, como siempre lo sería cada momento.

Aquel día nuestro vigésimo aniversario adquirió un significado del todo diferente, un significado que ha permanecido conmigo todos los días desde entonces: dentro de nuestros compromisos más antiguos pueden descubrirse las celebraciones más nuevas.

Maggie Bedrosian

Sonríe a quien amas

La madre Teresa a menudo da consejos inesperados a la gente. Cuando un grupo de estadounidenses, muchos de ellos docentes, la visitaron en Calcuta, le pidieron algún consejo para llevar a sus familias.

—Sonrían a sus esposas —les dijo—. Sonrían a sus esposos.

Pensando que tal vez el consejo resultaba muy simplista por venir de una persona no casada, uno de los integrantes del grupo preguntó:

—¿Usted está casada?

—Sí —contestó ella, con gran sorpresa de todos—, y a veces me resulta difícil sonreírle a Jesús. A veces es muy exigente.

Eileen Egan

8

AMOR ETERNO

Las palabras tiernas que nos dijimos están guardadas en el corazón secreto del cielo. Algún día, como la lluvia, caerán y se esparcirán, y nuestro misterio crecerá lozano en todo el mundo.

Rumi

Arroz con leche

Sheila entró ruidosamente en el cuarto del personal, con el uniforme manchado por la cena de alguien.

—¡No sé cómo lo haces! —le dijo enojada a Helen, la enfermera que supervisaba el turno de la noche. —Se dejó caer en una silla y miró de mal talante la arrugada bolsa de su comida. —La señora Svodoba me tiró la bandeja otra vez, y está tan agitada que no sé cómo podré lavarla antes de acostarla. ¿Por qué tú no tienes tantos problemas con ella?

Helen sonrió apiadada.

—Yo también tuve mi cuota de noches duras con ella. Pero estoy aquí desde hace más tiempo y, por supuesto, conocí a su esposo.

—Sí, claro. Troy. Oí hablar de él. Es casi la única palabra que le entiendo cuando se pone nerviosa.

Helen miró en silencio a la joven estudiante de enfermería. ¿Cómo explicar lo que veía bajo el exterior envejecido de los residentes del hogar de enfermeras a quienes atendían? Sheila estaba allí sólo por el verano. ¿Era tiempo suficiente para aprender a amar lo que no inspira amor?

—Sheila —empezó a decir en tono vacilante—.

Sé que es difícil trabajar con gente como la señora Svodoba. Es ruda, no coopera, y resulta mezquina. —Sheila sonrió con tristeza. —Pero en ella hay algo más que la demencia que ves todos los días. —Helen se levantó para servir otra taza de café. —Me gustaría hablarte de cómo conocí a los Svodoba.

"Cuando la señora Svodoba fue admitida no era tan mala como ahora, pero era de todos modos, bastante insolente. Me ocasionaba problemas por las cosas más nimias... El té no estaba bastante caliente, la cama no estaba bien tendida... En sus días malos, nos acusaba de robarle. Yo no tenía paciencia con ella, hasta que un día su marido estuvo aquí por casualidad a la hora del baño. Yo me estaba preparando para la lucha habitual con ella, cuando él preguntó si podía ayudar. Agradecida, le dije que sí. La señora estuvo bien hasta que comencé a bajar el aparato elevador de la bañera. Menos mal que estaban puestos los dispositivos de seguridad, porque empezó a patear y a gritar.

"Empecé a lavarla rápido, ansiosa por terminar cuanto antes, cuando Troy me apoyó la mano en el brazo. Me pidió que le diera la oportunidad de que ella se acostumbrara al agua. Luego empezó a hablar suavemente en ruso. Al cabo de un instante ella se calmó y pareció que lo escuchaba. Con mucha gentileza, él me sacó de las manos el paño y el jabón y le lavó las manos. Luego, con lentitud y cuidado, le lavó los brazos y los hombros, ocupándose de cada centímetro de su piel arrugada, amarillenta. Cada vez que la tocaba parecía acariciarla, cada uno de sus movimientos era una promesa, y de repente me di cuenta de que yo era una intrusa en un singular

momento de intimidad. Al rato ella cerró los ojos y se relajó en el agua caliente. Mi hermosa Nadja —murmuró el anciano—, eres tan bella. Para mi sorpresa, la señora Svodoba abrió los ojos y murmuró a su vez: Mi hermoso Troy... ¡Y lo más sorprendente fue que tenía lágrimas en los ojos!

"La señora Svodoba apartó el elevador y se soltó el pelo dentro del agua. Suspiraba de placer mientras su esposo la acariciaba, enjabonaba y enjuagaba. Luego, él le dio un beso en la sien. Listo, mi belleza. Es hora de salir.

"Tuve que quedarme con ellos aunque no me necesitaban. Pero yo había entrevisto algo de la mujer bienamada que se escondía en lo más profundo de las ruinas de la edad avanzada. Nunca había pensado en ella desde ese aspecto. Nunca supe cuál era su nombre de pila.

Sheila permaneció callada mientras revolvía su yogur sin levantar la vista. Helen respiró hondo y continuó con su historia.

—La señora Svodoba permaneció tranquila toda la tarde. Su esposo me ayudó a vestirla y a darle el almuerzo. Ella se quejó de la comida y, un momento dado, tiró la sopa. Con paciencia, el señor Svodoba limpió todo y esperó a que se le pasara el berrinche. A continuación, lentamente, le dio el resto de la comida y le habló hasta que ella estuvo lista para acostarse.

"Yo estaba preocupada por el anciano. Se lo veía totalmente extenuado. Le pregunté por qué insistía en hacer tanto él solo, cuando nos pagaban para que lo hiciéramos nosotras. Él se volvió hacia mí y dijo simplemente: 'Porque la quiero'. Pero usted se está

debilitando, —contesté. 'Usted no entiende' —continuó—. Hemos estado casados durante casi cuarenta y nueve años. Cuando empezamos, la vida en la granja era más dura de lo que puede imaginar. La sequía nos arruinaba las cosechas y no había suficiente pastura para el ganado. Nuestros hijos eran pequeños, y yo no sabía cómo íbamos a sobrevivir durante el invierno. Me sentía muy desvalido, y eso me enojaba. Fue muy difícil vivir a mi lado ese año. Nadja soportó mi mal humor y me dejó tranquilo, pero una noche me enojé durante la cena. Ella había hecho nuestro plato favorito, arroz con leche, y yo sólo podía pensar en cuánto azúcar y cuánta leche había usado. De repente, no aguanté más. Tomé la escudilla y la arrojé contra la pared; luego salí como una tromba en dirección al granero. No sé cuánto tiempo me quedé ahí, pero cerca del crepúsculo, Nadja vino a buscar-me. 'Troy —dijo—, no estás solo con tus problemas. Prometí estar a tu lado a través de todo lo que la vida pusiera en nuestro camino. Pero si no me lo vas a permitir, entonces debes irte.' Tenía lágrimas en los ojos, pero su voz era firme. En este momento no eres tú, pero cuando te sientas preparado para volver a estar con nosotros, aquí nos encontrarás. Luego me besó en la mejilla y volvió a la casa.

"Yo me quedé en el granero esa noche, y al día siguiente fui al pueblo a buscar trabajo. No había nada, por supuesto, pero seguí buscando. Después de una semana, decidí que debía rendirme. Sentía que había fracasado como granjero, como hombre. Volví a casa sin saber si sería bien recibido, pero no tenía otro lugar adonde ir. Cuando me vio cruzar el prado, Nadja salió corriendo, con las tiras de su delantal al

viento. Me echó los brazos al cuello, y yo comencé a llorar. Me aferré a ella como un bebé recién nacido. Nadja se limitó a acariciarme la cabeza y abrazarme. Luego entramos como si nada hubiera pasado.

—Si ella supo respetar su compromiso durante las épocas más duras de nuestra vida, lo menos que puedo hacer yo es confortarla ahora. Y recordarle los buenos momentos que tuvimos. Siempre nos sonreíamos cuando comíamos arroz con leche, y ésa es una de las pocas cosas que todavía recuerda.

Helen dejó de hablar. De pronto, Sheila empujó su silla hacia atrás.

—Mi descanso ha terminado —dijo, secándose las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Y conozco a una anciana señora que necesita otra cena. —Sonrió a Helen. —Si lo pido de buena manera, apuesto a que en la cocina podrán reunir lo necesario para hacer arroz con leche para ella también.

Roxanne Willems Snopek

Una señal de su amor

Nunca se me ocurrió que nuestros pasajes de avión iban a ser distintos: ida y vuelta para mí, ida solamente para Don. Íbamos camino a Houston debido a que Don debía someterse a una tercera operación a corazón abierto. No obstante ello, estaba saludable y fuerte, y tenía sólo sesenta y un años. Su médico confiaba en que el reemplazo de válvula saldría muy bien. Otras personas habían sobrevivido a dos o más operaciones de corazón.

Llegó el día. Un día muy largo. Al cabo de seis horas de cirugía, el médico salió para decirme que el corazón de Don se negaba a funcionar y tenían que efectuar un implante para sostener el ventrículo izquierdo. Dos días después tuvieron que sacarle el aparato implantado. Él permaneció en coma durante cinco días, conectado a todos los medios posibles de conservación de la vida. La mañana en que los médicos sacudieron la cabeza y dijeron que estábamos perdiendo la batalla, entré a la hora de siempre, le tomé la mano y le dije cuánto lo amaba; agregué que sabía que él estaba luchando por volver, pero que yo necesitaba liberarlo para que él hiciera lo que necesitara.

—Siempre te querré —dije—. Quiero que sepas que, si tienes que irte, yo estaré bien.

Esa noche, él murió.

Mi cariñoso hermano me acompañó en mi viaje de vuelta a Denver. Mis hijos vinieron para el funeral y me brindaron su maravilloso y amante respaldo. Sin embargo, yo me sentía completamente perdida. Había vuelto a encontrar a Don después de haberme separado de él en la universidad, treinta años atrás. Cada uno había hecho su propia vida, yo en Houston, Don en Denver. Yo estaba divorciada y, una vez, al encontrar una carta y una foto de ese enamorado de mi época de estudiante, tuve impulsos de escribirle. Un “hola a través de treinta años”. Encontré su nombre en la guía telefónica de Denver y le mandé la carta. Y contuve el aliento. Él contestó, y me dijo que su esposa acababa de morir, dos meses antes de que llegara mi carta. Seguimos escribiéndonos y por último decidimos volver a vernos. Qué encuentro. Volvimos a amarnos de la misma manera fácil y cómoda que habíamos conocido tantos años atrás. Nos casamos en abril, dos años después de habernos vuelto a encontrar. Yo me trasladé a Denver. Pasamos juntos seis maravillosos años llenos de ternura. Habíamos planeado que habría muchos, muchos más.

Era el día previo al funeral, y yo estaba sentada afuera, en mi patio trasero, sintiendo que mi vida también había terminado. Más que cualquier otra cosa, deseaba tener la seguridad de que ahora Don estaba bien, de que no sufría y estaba en paz, de que su espíritu siempre estaría cerca.

—Demuéstramelo —rogaba yo—. Dame una señal, por favor.

Don había plantado un rosal para mí ese verano, y se suponía que daría rosas amarillas. Él siempre me llamaba su “rosa amarilla de Texas”. Hasta ese momento, la planta había resultado una decepción, ya que no había tenido ni un brote en tres meses. En ese momento, mi mirada cayó sobre aquel rosal. Sorprendida, sin creer lo que estaba viendo, me levanté y me acerqué para ver mejor. Un tallo tenía infinidad de brotes que se estaban abriendo. Había seis pimpollos amarillos perfectos, uno por cada año de nuestra unión. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y murmuré un “gracias”. Un perfecto pimpollo amarillo estuvo en las manos de Don al día siguiente, en su funeral.

Patricia Forbes

La espera

Había pasado otro día. Otro día de no hacer nada. Yo permanecía sentada, mirando fijamente un televisor instalado en la pared, en el cuarto pequeño, oscuro. El atractivo diseño del empapelado y las cortinas se ocultaban en las sombras. La única ventana, enfrentada a una pared de ladrillos, era triste a la luz del día, y no ofrecía nada por la noche. El olor de las medicinas y desinfectantes ya no se distinguían entre sí. ¿Cuándo había dejado de percibirlos?

Las horas de visita habían terminado otra vez por esa noche. ¿Cuántas noches más habría? ¿Durante cuánto tiempo más tendría que observar cómo mi Jerry, mi esposo, mi mejor amigo, luchaba contra la enfermedad implacable que nos estaba destruyendo? ¿Cómo podía alguien tan saludable y lleno de energía haber caído víctima de esa dolencia monstruosa? Linfoma. La mayor parte de nuestros parientes y amigos jamás la habían oído nombrar.

Mientras escuchaba el esquema respiratorio de Jerry —una sucesión de débiles jadeos—, me atusé el pelo con aire ausente y me pregunté, incrédula, cómo habíamos podido terminar así. Casi treinta y cuatro años antes, en mi día de bodas, yo había prometido

ante Dios que nunca iba a dejar a Jerry hasta que uno de nosotros dos no muriese. La jovencita de dieciocho años que jugaba a la novia con un vestido blanco pensaba que la muerte es algo que les sucede sólo a quienes permiten que les suceda. Pero ahora, dos décadas más tarde, la mujer de cuarenta y dos años y corazón destrozado en que me había convertido rezaba para que Dios liberara pronto de su sufrimiento a su fatigado esposo.

Cambié de posición en la silla que simulaba una cama, donde había dormido todas las noches durante el último mes. En la habitación anterior había un sofacama. Pero ahora Jerry se estaba muriendo y estaba en terapia intensiva, y la sala de espera, diseñada evidentemente para desalentar la espera, sólo tenía sillas con brazos de madera. Resultaba imposible combinar tres sillas para armar una cama. ¿Es que no se daban cuenta de que teníamos que esperar y hacer vigilia junto a nuestros seres queridos durante sus últimos días, sus últimas horas?

Al escuchar el repiqueteo de unos tacos altos, apagado por el piso de linóleo, abrí la puerta que daba al vestíbulo sólo para convencerme de que allí afuera todavía había un mundo. Las otras veces que habíamos estado en el hospital, todo había sido distinto. Todavía teníamos esperanza en una remisión, o incluso una cura. Las otras veces habíamos podido charlar, reír, y alentarnos uno al otro. Pero ahora hacía más de un mes que Jerry me había hablado, o seguido alrededor del cuarto con los ojos. Ya ni siquiera podía hacerme saber si oía o entendía mis susurros. Sin embargo, yo le hablaba, mientras mi voz

temblaba de amor, con nostalgia, con dolor, con la esperanza de que, quizás, estuviera donde estuviere, pudiese escucharme.

“Mi amor, para mí sigues siendo la persona más importante del mundo.”

“No te dejaré. Lo prometo.”

“Si no me ves, estoy en una silla del vestíbulo o en el baño. Volveré enseguida.”

“No tienes que seguir luchando por mí. Sé que te sientes cansado. Yo estaré bien, y tú estarás bien.”

“No te dejaré. Lo prometo.”

Pero lo único que recibía como respuesta de aquellos ojos castaños que acostumbraban centellear ante mí era una mirada vacía.

La espera. La espera había terminado para la familia del otro extremo del vestíbulo. Una mujer de setenta y ocho años, víctima de un ataque cardíaco, había yacido quieta y silenciosa en su cama durante una semana. Se habían asegurado de que ya no se tomaran otras medidas heroicas que traumatizarían más aún su tránsito. Y justamente ese anochecer, ocurrió: una buena madre, tras una vida larga y satisfactoria, se había ido en silencio. Sin embargo, sus hijos, hijos políticos y nietos, no habían permanecido en silencio. Sus lamentos hicieron que las enfermeras corriesen a cerrar las puertas de las habitaciones de los otros pacientes para que ellos no oyeran los gritos de pena. “¡Oh, no!” “¡Está muerta!” “¡Dios mío, no!” “¡Vayan a buscar a Frank!” “¡Abuela, vuelve!” ¿Cómo podían no tener en cuenta a quienes seguíamos en la espera? La espera.

A fin de escapar de esa histeria, había levantado el volumen del televisor tanto como pude y llamé a mi amiga más íntima.

—Betty, háblame. Dime qué hiciste hoy. Empieza a hablar y no te detengas hasta que yo no te diga.

Betty siempre ha sido mejor amiga de lo que yo merecía. Sin una pregunta, empezó y continuó hasta que su voz calma aplacó los latidos de mi corazón.

Siempre esperando, traté de pensar. Traté de planificar. ¿Qué pasaría si no lograba manejar aquel momento inevitable? Necesitaría un compromiso por parte de nuestras enfermeras. “Por favor, ayúdeme si está aquí cuando ocurra. Creo que estaré bien, pero, si no es así, enciérreme en el baño o póngame una toalla en la boca. Si pierdo la dignidad, por favor, no permita que importune a los demás.”

Inquieta, luchando contra la constante preocupación por nuestros hijos y su dolor, busqué un escape temporario. Una caminata hasta la máquina expendedora de refrescos me llevaría a una ventana con vista al sur. Una ventana de verdad, que me permitiría entrever las luces de la calle, el tránsito, la gente, un lejano paseo de compras... La vida normal que acostumbrábamos vivir. Le susurré a Jerry que iba a buscar una gaseosa.

Al mirar hacia afuera, hacia la noche, sentí una gran necesidad de ver a mis hijas. Mi madre, que habría tenido que estar disfrutando de viajes en ómnibus junto a otros ancianos, había quedado a cargo de la casa. Carol, de veintidós años, había abandonado la universidad. Tomaba sus propias decisiones, y algunas me preocupaban. Mary, que estaba en quinto grado, era en verdad la hija de su padre en cuanto a apariencia e intereses, y extrañaba la atención que él siempre le había dedicado. Yo la había descuidado durante gran parte de la enfermedad de

Jerry, pero más que nunca en esos últimos terribles seis meses. Nuestro alegre duendecito tenía un problema en la escuela, pero yo estaba aquí, esperando, y ella estaba allá. Sólo tenía diez años. Estaría conmigo un largo tiempo. Con toda seguridad, tendría oportunidad de compensarla. Con toda seguridad.

Con un profundo suspiro, me aparté de la ventana y noté la presencia de una mujer joven, baja, de pelo rubio, sonriente. Iba cargada con un bolso de tela, una cartera y una caja de almacén. Se notaba que había pasado el día con un paciente.

Apretó el botón del ascensor y se dio vuelta para mirarme.

—Bueno, me voy a casa.

En esos momentos todo me caía mal. Me sentí abrumada de autocompasión. Eran demasiadas cosas para soportar. Me sentí desvalida, enojada y exhausta.

—Yo hace más de seis semanas que no voy a mi casa —repliqué con voz tirante.

Ella se adelantó, dejó su carga en el piso e inclinó la cabeza hacia un costado.

—¿Qué le ocurre?

—Mi marido se está muriendo.

De improviso sentí sus brazos a mi alrededor, sosteniéndome como si yo hubiera sido una niña asustada, sosteniéndome como para decirme: “Déjese ir”. Y yo lloré.

Permanecimos así unos instantes; yo lloraba en silencio sobre su hombro, ella me acunaba como si me hubiera conocido de toda la vida. Oí que las puertas del ascensor se abrían y me enderecé.

—Llegó el ascensor —le advertí.

—No importa —dijo ella, sacudiendo la cabe-

za—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Algo que necesite?

—No —insistí yo—. Por favor, váyase.

Y dejé que siguiera su camino. Y volví a la habitación de Jerry, a esperar.

Dos días más tarde, Jerry murió.

Estés donde estuvieres, mi querida extraña sin nombre, sin rostro, quiero agradecerte. ¿Cómo pude decirte que no necesitaba nada? El abrazo que me diste era exactamente lo que necesitaba. Fue un abrazo que me gustaría haber recibido de Jerry. Fue un abrazo que decía: "No estás sola". Fue un abrazo que, justo cuando pensé que mis fuerzas se habían acabado, que ya no podía seguir, me renovó para esos dos últimos días. Más que nada, fue un abrazo para recordarme que, aun cuando mi Jerry se hubiera ido, todavía quedaba amor en el mundo y, de alguna manera, me encontraría cuando lo necesitara. Sólo tenía que esperar.

Ann W. Compton

Amor después del divorcio

Cuando se busca lo bueno en otros, se descubre lo mejor en uno mismo.

Martin Walsh

Él yacía en el ataúd, cuyos costados estaban adornados con pequeñas siluetas metálicas de gaviotas. Flores de mil colores cubrían el féretro y llenaban las paredes circundantes. Había cintas con inscripciones tales como “Que descanse en paz” y “Mi pésame” dispuestas sobre los arreglos florales. Las fragancias opuestas de las flores y una habitación caldeada, llena de gente, se sumaban a la pesada sensación de una expectación acallada. El reconocimiento de la muerte creaba una imagen surrealista.

El servicio estaba a punto de empezar, y la música melancólica del órgano sonó cada vez más apagada. Varios parientes habían subido al estrado para rendir homenaje, hablar con elocuencia y contar anécdotas de tiempos pasados. Los comentarios del sacerdote provocaron lágrimas y risitas sofocadas. Luego, el ministro preguntó si alguno de los asistentes deseaba agregar algo improvisado en el momento.

Al levantarme e identificarme como "Bonnie, la ex esposa del difunto", fui consciente de los "¡Oh!" suspendidos en el aire cuando todas las cabezas giraron para verme allí parada, en la parte trasera de la habitación. ¡Nadie más sorprendido que yo, que fui la que se paró para hablar! Aunque tenía los sentidos entorpecidos por el dolor, pude sentir la tensión palpable creada por la preocupación de los asistentes respecto de lo que yo pudiera llegar a decir. ¡También ellos habían oído historias de ex esposas mordaces y coléricas dispuestas a vomitar una apología virulenta en una situación como aquélla!

Mientras estuvimos casados, Greg y yo llegamos a ser amigos íntimos y compartimos muchas ricas experiencias. Las razones y los recuerdos relativos al divorcio habían perdido importancia, puesto que nos volvimos incluso más compañeros después de la ruptura.

Poco tiempo atrás, yo había sufrido mucho durante una crisis emocional particularmente dolorosa, y Greg y su novia me brindaron un apoyo leal. Todavía teníamos propiedades en común, y los tres trabajamos y nos divertimos en medio de una cooperación recíproca, con respeto y cariño.

Ante los amigos y familiares reunidos, el ministro se había referido a los años juveniles de Greg y sus aventuras como joven adulto. Luego, en un lapso de diez segundos, aludió en forma sumaria a nuestro matrimonio de dieciséis años, y por último pasó a otras rememoraciones. Simplemente no pude dejar pasar ese momento sin rendir homenaje a la riqueza y profundidad del período que habíamos compartido.

Con la cara surcada por las lágrimas y en medio

de sollozos ahogados, hablé brevemente pero con amor y afecto de nuestra historia y nuestra relación. Me burlé del pobre Greg y de cómo le gustaba complicar las cosas “inocentemente” entre su novia y yo. Les aseguré que él no llegaba muy lejos, ya que ambas conocíamos bien su picardía.

Los múltiples ojos fijos en mí comenzaron a suavizarse a medida que los asistentes escuchaban mis palabras llenas de ternura. Aparecieron sonrisas en las comisuras de los labios apretados. Vi y sentí la calidez y la aceptación que llegaban hasta mí, y me reconfortó comprobar el afecto renovado de quienes me reconocían después de muchos años.

Terminado el servicio religioso, muchos de los amigos más antiguos de Greg y sus parientes, vinieron a abrazarme y me dedicaron palabras bondadosas acerca de cómo compartían mis recuerdos. Por espacio de sólo unos instantes, todos nos sentimos transportados a nuestros años jóvenes y a relaciones llenas de esperanza y gloriosa expectativa. Fue una ceremonia adecuada para un hombre demasiado lleno de vida y juventud como para morir tan pronto.

El amor genuino no tiene por qué vivir un divorcio como una calamidad. Que cada uno de nosotros tomara un camino distinto estuvo bien. Pero después de un tiempo inevitable de separación, pudimos volver a vernos con un cariño que nos resultó más fecundo que nuestro matrimonio. Me siento agradecida por nuestra buena voluntad y nuestra capacidad para superar la ruptura y crear algo mejor. Honrar públicamente a Greg en su funeral fue la afirmación de una verdad en la que creo

profundamente: aunque la forma de una relación puede cambiar, el amor no siempre tiene que morir.

Bonnie Furman

El baile

Uno no elige cómo va a morir, ni cuándo. Sólo puede decidir cómo va a vivir. Ahora.

Joan Baez

A Dar y a mí nos encantaba bailar. Es probable que haya sido lo primero que hicimos juntos, mucho antes de compartir nuestras vidas. Crecimos en una pequeña comunidad en las montañas de Oregon, donde se realizaban bailes casi todos los sábados por la noche, a veces en el Grange Hall, a veces en la casa de Nelson Nye. Nelson y su familia amaban tanto la música y el baile, que habían agregado una habitación especial a su casa lo bastante grande como para dar espacio a cuadrillas y contradanzas. Una vez al mes, o más, invitaban al baile a toda la comunidad. Nelson tocaba el violín y Hope, su hija, el piano, mientras el resto de nosotros bailaba.

En aquellos días, todos los miembros de una familia iban juntos, inclusive los abuelos, los granjeros y los leñadores, los maestros y el dueño del almacén. Bailábamos al son de canciones como *Chinelas doradas* y *Ala roja*, que mezclábamos con

otras más modernas como *Velas rojas en el crepúsculo* y *Es pecado mentir*.

Los más pequeños siempre tenían un lugar donde dormir entre los abrigos, bien a mano, cuando se cansaban. Era un asunto familiar, uno de los pocos entretenimientos de un pequeño pueblo montaños que salía lentamente de la Gran Depresión.

Dar tenía diecisiete años, y yo, trece, cuando bailamos por primera vez. Era uno de los mejores bailarines de la pista, y yo no me quedaba atrás. Siempre bailábamos moviéndonos mucho. Nada de temas lentos para nosotros, nada que fuese ni ligeramente romántico. Nuestros padres permanecían de pie junto a la pared y nos miraban. No eran amigos. No se dirigían la palabra, ni siquiera para una charla sin importancia. Ellos también eran buenos bailarines, y estaban orgullosos de sus chicos. Cada tanto, el padre de Dar sonreía un poco, movía la cabeza y decía, a nadie en particular pero con la intención de que lo oyera papá:

—Caramba, qué bien baila mi hijo.

Papá se mantenía imperturbable; actuaba como si no lo hubiera oído. Pero poco después decía, a nadie en particular:

—Caramba, qué bien baila mi hija.

Y como pertenecían a la vieja escuela, nunca nos decían que éramos tan buenos, ni que habíamos provocado esa pequeña rivalidad jactanciosa que se manifestaba junto a la pared.

Nuestro bailar juntos sufrió una pausa de cinco años mientras Dar se encontraba en el Pacífico Sur, durante la Segunda Guerra Mundial. En esos cinco años, yo crecí. Cuando volvimos a vernos, Dar tenía

veintidós años y yo casi dieciocho. Empezamos a salir... y a bailar de nuevo.

Esta vez era para nosotros —encontrar nuestros movimientos, nuestros giros, nuestros ritmos—, adaptándonos, anticipándonos, disfrutando. Juntos, éramos tan buenos como recordábamos, y esta vez agregamos temas lentos a nuestro repertorio.

Para nosotros, la metáfora encaja bien. La vida es un baile, una sucesión de ritmos, vueltas, tropiezos, pasos equivocados, en ciertos momentos lento y preciso, en otros, rápido y lleno de alegría. Nosotros hicimos todos los pasos.

Dos noches antes de que Dar muriese, la familia estaba con nosotros como lo habían hecho durante varios días: dos hijos con sus esposas, y cuatro de nuestros ocho nietos. Todos cenamos juntos, y Dar se sentó con nosotros. No podía comer desde hacía algunas semanas, pero disfrutó de todo... Contó chistes, les hizo bromas a los chicos con respecto a sus partidas de naipes; jugó con Jacob, que tenía dos años.

Más tarde, mientras las chicas ordenaban la cocina, puse una cinta de Nat King Cole: Inolvidable. Dar me tomó en sus brazos, a pesar de lo débil que estaba, y bailamos.

Nos aferramos el uno al otro y bailamos y sonreímos. Nada de lágrimas para nosotros. Estábamos haciendo lo que nos había encantado durante más de cincuenta años y, si el destino lo hubiera dispuesto así, lo habríamos seguido haciendo durante cincuenta más. Fue nuestro último baile... eternamente inolvidable. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Thelda Bevens

Frank, solo, se dirigió con paso raudo al patio trasero. Allí, con los hombros hundidos y la cabeza gacha, lloró desde las profundidades de su corazón destrozado. ¿Cómo iba a vivir sin Sarah? ¿Cómo iba a poder arreglarse sin su compañera? Ella había sido una madre y una esposa espléndida. Era Sarah quien llevaba a los chicos a la iglesia. Era Sarah su roca en momentos de crisis. Fue Sarah quien había curado los raspones de los chicos, sus rasguños, sus tobillos dislocados y sus corazones rotos. Sus besos maternales habían aliviado muchas enfermedades infantiles. Era Sarah quien lo había hecho un hombre mejor. Cuando logró contener las lágrimas, volvió a la casa y pidió a su hija que llamara a sus hermanos que vivían a poca distancia de allí. Al poco tiempo, todos ellos habían llegado, tres hijas y dos hijos.

—Están aquí, Sarah —le dijo Frank—. Están todos aquí.

La respiración de Sarah se había vuelto más trabajosa. El cáncer había reducido a un esqueleto a la mujer bonita, saludable, que solía ser, pero su espíritu luchador seguía presente.

—Frank, quiero pasar unos minutos a solas con cada uno de los chicos —declaró Sarah con voz débil.

Frank se apresuró a salir, mientras prometía:

—Los traeré ahora mismo, Sarah.

Frank reunió a los muchachos, todos ellos de entre veinte y treinta años, en el largo vestíbulo ubicado frente al dormitorio de Sarah. Cada uno de ellos entró y cerró la puerta para pasar un poco de tiempo a solas con mamá. Sarah les habló cariñosamente a todos y, diciéndoles a cada uno lo especial que había sido para ella, como hijo. Cada hijo, cada hija, tuvo

unos pocos pero preciados minutos con aquella madre llena de amor de quien la vida huía velozmente.

Cuando la última visita terminó, llegó el sacerdote. Frank lo recibió en la puerta y lo condujo hasta la alcoba. Sarah y él hablaron durante unos minutos sobre la familia, el paraíso, la fe y el hecho de no tener miedo. Ella estaba lista para ir al paraíso, pero odiaba tener que dejar a su familia... en especial a Frank. A esa altura, Sarah, Frank, el ministro y los muchachos se tomaron de las manos y rezaron. Frank acompañó al pastor hasta la puerta, diciéndole:

—Será en un rato más, pastor. El médico dice que es cuestión de horas... pocas horas, me temo.

Una vez que el ministro se hubo ido, Sarah susurró a sus hijos reunidos en el cuarto:

—Vayan a buscar a papá. Hablé con todos menos con él.

Los muchachos dejaron el cuarto enseguida, y Frank volvió. Cuando estuvieron solos, Sarah, con lentitud, seguridad, sinceridad, presentó su último pedido ante su amante esposo.

—Frank, has sido un buen esposo y un mejor padre. Estuviste a mi lado a lo largo de estos últimos meses de sufrimiento, y te quiero aún más por eso. Sin embargo, hay una cosa que me preocupa mucho. Nunca fuiste a la iglesia conmigo y los chicos. Sé que eres un hombre bueno. Les pedí a cada uno de los chicos que nos encontremos en el cielo porque quiero que volvamos a estar juntos, en familia. Ahora, el único que me preocupa eres tú, Frank, no puedo morirme sin saber que has hecho las paces con Dios.

Lágrimas ardientes de amor y compasión rodaron por las mejillas de Sarah.

Frank era un hombre que se había hecho desde abajo, por sus propios medios, y estaba al frente de su pequeño negocio. Era una persona seria, que trabajaba mucho, que había adquirido sus escasas posesiones con mucho esfuerzo. Con cinco hijos para mantener y educar, él y Sarah no habían acumulado demasiados bienes terrenales. Además, a Frank no lo convencía la emotividad, y a veces sentía que los servicios religiosos le resultaban un poco demasiado emotivos. En realidad, nunca le había dedicado mucho tiempo a Dios.

—Frank —continuó Sarah—, por favor, dime que estarás conmigo y los chicos en el cielo. Por favor, Frank, haz las paces con Dios.

El corazón de Frank se ablandó ante las bondadosas palabras de Sarah, y las lágrimas brotaron de sus ojos mientras el hombre enorme, de manos ásperas, se arrodillaba lentamente junto a la cama.

Frank se inclinó, tomó la mano frágil de Sarah entre las suyas, y pronunció una plegaria de perdón y amor que llegó al corazón de Dios.

Luego se levantó, se sentó en el borde de la cama, rodeó con sus brazos el cuerpo frágil de su amada esposa y la estrechó contra él una vez más. Lloraron juntos abiertamente y, desde lo más profundo de su ser, Frank dijo:

—Estaré, allí, Sarah. Te encontraré en el cielo. Seremos una familia de nuevo. No te preocupes. Estaré allí, Sarah. Te lo prometo. Te lo prometo.

—Ahora puedo morir en paz —susurró Sarah.

Él la acomodó en la cama y llamó a los mucha-

chos. Se fue solo al patio trasero, a su lugar preferido para el llanto, y una vez más limpió su alma con lágrimas. Después de eso, volvió al cuarto de Sarah para estar con sus hijos durante la vigilia de la muerte.

La respiración de Sarah se hizo más y más débil y, mientras ella moría, Frank le susurró al oído:

—Te amo, Sarah, y estaré allí.

Ángeles misericordiosos llegaron y se la llevaron; al pasar de la tierra al cielo, Sarah sonreía.

La muerte acechaba a Sarah, pero ella estaba en paz porque el hombre a quien había amado durante tantos años le había prometido: “Estaré allí, Sarah. Estaré allí”.

Ray L. Lundy

Un beso más de Rose

Lo único que nunca nos parece bastante es el amor. Y lo único que nunca damos bastante es el amor.

Henry Miller

El señor Kenney volvía con frecuencia a nuestra sección del hospital. Era un ejecutivo retirado, viudo. El cáncer le había exigido su tributo durante los tres últimos años, y había hecho una metástasis desde el colon hasta todos los órganos vitales. Ése iba a ser probablemente su último ingreso, y creo que él lo sabía.

Se sabe que algunos pacientes representan “problemas” a causa de los cambios de comportamiento que acompañan a las enfermedades serias. Cuando una persona sufre, no se da cuenta de lo que dice o hace a los demás, y con frecuencia agrade a la primera persona que entra en su habitación.

Teniendo en cuenta todo esto, las enfermeras son bien conscientes de esas circunstancias. Las más experimentadas han adquirido muchos conocimientos acerca de cómo manejar casos semejantes. Por su-

puesto, allí es donde aparezco yo... "La chica nueva del barrio", por así decir. Durante días, las enfermeras hablaron del señor Keeney en sus informes, y se realizaron reuniones especiales del personal para decidir cómo manejar su atroz comportamiento. Todos trataban de pasar el menor tiempo posible en su habitación. A veces, él arrojaba cosas a las enfermeras y a otros miembros del personal, sólo porque lo miraban de la manera equivocada.

Una noche, durante un turno particularmente atareado, tuvimos más de nuestra cuota de ingresos de emergencia en la unidad de cirugía médica, ya más que completa. El señor Keeney eligió esa misma noche para rechazar sus medicamentos, y decidió arrojar cuanto objeto voluminoso estuviera a su alcance, mientras maldecía a todo pulmón. Yo casi no podía creer que un hombre, de ochenta y un años, con una enfermedad terminal lograra alcanzar semejante volumen y causar tanto daño.

Entrando cautelosamente en su habitación, empecé a hablar.

—¿En qué lo puedo ayudar señor Keeney? ¿Qué problema tiene? Aquí hay tanto alboroto que hasta las visitas están aterradas. No sé qué pensar. Los otros pacientes están tratando de dormir.

Enojadísimo, el señor Keeney dejó a un lado su nuevo proyectil (¡que parecía estar apuntando hacia mí!), y me pidió que me sentara un minuto en la silla ubicada junto a su cama. A pesar de saber que realmente no tenía tiempo, accedí.

Mientras me acomodaba en el borde de la silla, el señor Keeney procedió a compartir conmigo algunos hechos de su vida. Empezó diciendo:

—Nadie entiende lo duro que es esto. La cantidad de tiempo que hace que no me siento bien. Hace tanto desde... desde... que alguien no se toma el trabajo de mirarme de verdad, de escucharme... y de preocuparse por mí.

Siguió un largo silencio, y yo me pregunté si aquél no sería el mejor momento para retirarme cortésmente, pero no me sentí capaz de hacerlo. Algo me decía que debía quedarme junto a ese hombre.

Después de lo que pareció ser una hora, por fin dijo:

—Hace tanto tiempo que no tengo a mi Rose conmigo. Mi adorable y dulce Rose. Siempre nos dábamos un beso de las buenas noches, y aquello hacía que todo fuera mejor. A pesar de lo que hubiera pasado ese día, el beso de Rose siempre hacía que todo fuera mejor. Mi Dios, daría cualquier cosa por un beso más de Rose.

Entonces, el señor Keeney se echó a llorar.

Se aferró a mi mano y dijo:

—Sé que usted debe pensar que estoy loco, pero también sé que mi vida está a punto de terminar. Espero ansiosamente volver a estar con mi Rose. ¡Así, mi vida es un infierno! De veras aprecio que haya invertido su tiempo en escucharme... en escucharme realmente. Sé que está muy ocupada. Sé que a usted le importa.

—No se preocupe. Mientras preparo todo para darle su medicación, ¿hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted?

—Por favor... llámeme Joseph —dijo, poniéndose de costado con gran espíritu de colaboración. Le di su inyección, y reflexionó un instante antes de contestar

mi pregunta. Cuando yo estaba a punto de terminar, dijo por fin:

—Hay un último favor que podría hacerme.

—¿Cuál, Joseph? —pregunté.

Entonces él se inclinó hacia el costado de la cama, y dijo con voz apagada:

—¿Podría darme un beso de las buenas noches? Los besos de Rose hacían que siempre todo fuera mejor. ¿Por favor? Oh, Dios, daría cualquier cosa por un beso más de Rose.

De modo que lo hice... Me acerqué y le di un gran beso en la mejilla. ¡Fue bueno besar a un hombre agonizante en representación de “su” Rose!

En la reunión informativa del día siguiente, las enfermeras dijeron que el señor Keeney había muerto pacíficamente durante la noche. Es maravilloso saber qué fuerte puede ser el amor... y ser inseparables incluso después de la muerte. Me sentí muy honrada de que el señor Keeney me pidiera que le diese un beso más de Rose.

Laura Lagana

La vida sin Michael

La memoria es el don de Dios que la muerte no puede destruir.

Kahlil Gibran

Aprendí mucho de Michael Landon. Hoy creo que mi fuerza me viene de él. Unas semanas antes de morir, me escribió su consejo final en un libro del Día de la Madre. Es algo que me resulta muy especial, y lo leo a menudo. En él decía: "Sé fuerte. Sé firme. Vive la vida y sé feliz". Una vez, Michael me dijo: "No te aflijas durante mucho tiempo". Estoy tratando, pero perder a alguien como Michael es algo que permanece con uno para siempre.

Cuando uno pierde a alguien que ama, lucha con eso todos los días. Al principio, a Sean, nuestro hijo de cinco años, le resultaba muy difícil hablar de su padre. Sólo hace poco empezó a mirar de nuevo a Michael en la televisión, y a admitir lo mucho que lo extraña. Más aún, esta mañana me dijo que extrañaba tanto a su papá que le dolía el estómago. Jennifer tiene ocho años, y todo esto también le resultó duro. Los tres estamos haciendo terapia de apoyo. Nos limitamos a vivir día a día.

Los chicos y yo vamos al cementerio a menudo. Le llevamos cartas a Michael, generalmente para contarle cómo nos sentimos y qué está pasando en nuestra vida. Pero allí en realidad no me siento tan cerca de él como en casa, donde hay fotos suyas en todas las habitaciones, y su ropa sigue en el placard tal como él la dejó. Éste es el lugar donde Michael prefería estar. Cuento con que cruce el umbral en cualquier momento. A veces, sobre todo cuando me levanto a la noche, desearía que nos estuviera esperando arriba para poder sentarnos y hablar de los sucesos del día.

Conocí a Michael cuando yo tenía diecinueve años y trabajaba como doble en *La familia Ingalls*. Al ver en qué forma trataba a todos, me enamoré perdidamente. Una noche, dos años después de haberme integrado al programa, vino a mi departamento luego de una fiesta en el set. Desde entonces, estuvimos locamente enamorados.

Nos casamos en 1983, en el día de San Valentín. Como esposo, fue el mejor. Fuerte, solícito, protector, ingenioso y divertido. Michael, además, era muy hogareño. Todos los días, antes de salir del estudio, llamaba para preguntar si necesitábamos algo del mercado. Luego se aparecía con un paquete de mercadería en los brazos. Le encantaba cocinar, y muchas noches se hacía cargo de la cocina. Sus especialidades eran los platos italianos, como tallarines con salchicha y pollo a la cazadora.

Era tan buen padre como esposo. Me encantaba verlo con los chicos, sobre todo durante las vacaciones. En Hawaii les enseñó a hacer saltar piedras en el agua, y se entusiasmaba a la par de ellos cuando des-

cubrían un caracol hermoso o un pequeño cangrejo ermitaño. Pasaba horas, literalmente, jugando en el mar con Sean y Jennifer. Todo era perfecto. Michael amaba nuestra vida y su trabajo. Siempre tuvo una salud increíble. Pensábamos con agrado en envejecer juntos.

De pronto, en febrero de 1991, comenzó a tener dolores abdominales. Siempre fue difícil llevar a Michael al médico. Por fin pedí un turno y lo examinaron, pensando en una úlcera. No le encontraron nada, pero le dieron un medicamento que lo ayudó un tiempo.

A principios de abril, el dolor reapareció. Cuatro días más tarde, el 5 de abril, tuvimos los resultados de la biopsia: cáncer de páncreas que había hecho metástasis en el hígado.

Ahora, al mirar hacia atrás, creo que Michael ya sabía que no iba a salir adelante. El cáncer de páncreas es rápido y mortal, con un promedio de vida de cinco años de sólo el tres por ciento. Yo estaba llena de rabia, aturdida. ¿Por qué estaba pasando aquello? Michael tomó una actitud más pragmática, como siempre. Desde el momento en que tuvo el diagnóstico hasta el día en que murió, nunca estuvo de mal humor. Una vez me dijo: "No es Dios quien lo hace; es la enfermedad. Dios no te da cáncer". Para Michael, la muerte no era algo que debiera temerse, pero él no quería morir. No quería dejar a los que amaba.

Tratamos a los chicos de igual a igual desde el principio. Michael y yo llamamos a sus hijos mayores para decirles lo que pasaba, y luego nos sentamos junto a nuestros dos pequeños. Les dijimos que papá

tenía un tipo de cáncer muy grave y que él iba a hacer todo lo posible por luchar, pero que no había garantías. Sean se mostró muy calmo. No estoy segura de que haya entendido. Jennifer también pareció tomarlo con tranquilidad, pero más tarde hubo señales que revelaron que sufría por dentro: dolores de estómago, jaqueca y ataques de ansiedad.

Esos primeros momentos fueron anteriores a la tormenta, al huracán de los medios de comunicación que nos rodeó tan pronto como la noticia de la enfermedad de Michael llegó a la prensa. Los fotógrafos se instalaron frente a nuestra casa y el hospital. Treparon por nuestras paredes y espionaron a través de nuestras ventanas. Los periódicos sensacionalistas publicaron historias extrañas. Casi todas las semanas inventaban algo nuevo. Una vez dijeron que Michael tenía sólo cuatro semanas de vida. Otra vez proclamaron que el cáncer se le había extendido hasta el colon. Nada de eso era verdad. Al mismo tiempo, el público reaccionó con compasión y amor. Recibimos una inundación de cartas... doce mil por semana. Michael se sintió muy conmovido y me dijo:

—Es la primera vez que me doy cuenta de la gran cantidad de vidas que he tocado.

En menos de un mes, el cáncer redobló su tamaño. Por primera vez, creo, ambos pensamos que Michael podía morir. Aquella tarde nos mantuvimos abrazados. Apoyé la cabeza en sus rodillas y lloré. Michael me acarició el pelo y susurró:

—Lo sé, lo sé.

Aunque al principio se había resistido, Michael finalmente accedió a someterse a una quimioterapia experimental. Odiaba la idea, y no creo que lo hubiera

hecho de no haber sido por los chicos y por mí. Estaba realizando un último esfuerzo por sobrevivir.

Sin embargo, la salud de Michael siguió deteriorándose, y para el Día del Padre, el 6 de junio, a todos nos resultó obvio que no lo tendríamos por mucho tiempo más con nosotros. En años anteriores le habíamos comprado regalos como, por ejemplo, raquetas de tenis. Este año fueron pijamas y hermosas tarjetas hechas a mano. Toda la familia vino a verlo.

Poco después del Día del Padre, Michael me dijo que sólo tenía una semana de vida. Esa última semana, su salud siguió empeorando. Luego, en la mañana de un domingo, el 30 de junio, la enfermera me dijo que creía que el fin estaba cerca, de modo que llamé a los chicos y a los mejores amigos de Michael para que vinieran a casa. Dado que los médicos le habían aumentado las dosis de morfina, Michael estaba soñoliento y sólo se mostraba consciente de a ratos. A lo largo del último día, cada uno de nosotros le dio el último adiós en privado, y le hicimos saber que todo estaba bien. Si se sentía dispuesto a morir, estaba bien que se dejara ir.

A la mañana siguiente Michael se encontraba en un estado parecido al sueño, y nos habíamos reunido de nuevo en el dormitorio cuando, de repente, se incorporó en la cama y dijo: "Hola. Los quiero, muchachos". Un poco más tarde, les pidió a los demás que se fueran, a fin de quedarse a solas conmigo. Al recordarlo, pienso que estaba preparado para morir, y realmente no quería que ocurriera delante de toda la familia.

Me quedé con Michael, esperando lo inevitable. A veces él parecía caer en una especie de trance. En un momento dado, le pregunté:

—¿Sabes quién soy?

Me miró y contestó:

—Sí.

Yo dije:

—Te amo.

Él contestó:

—Yo también te amo.

Aquéllas fueron sus últimas palabras. Poco después dejó de respirar.

Me sentí aturdida, y permanecí con Michael un instante antes de bajar a decirles a los demás que había muerto. Sin embargo, hubo poco tiempo para la meditación. Como si todos lo hubieran sabido, oímos el torbellino de los helicópteros de la prensa sobre nuestras cabezas. De repente oímos gritos afuera. Jennifer se había subido al travesaño de las hamacas y gritaba: "Mi papá no. Mi papá no. No quiero que mi papá se muera". Les dije a los otros que no intervinieran, porque quería que ella se desahogara. Muy pronto bajó de allí y se quedó sollozando entre mis brazos.

Poco después llegó el empleado de la funeraria. Cuando se llevaban el cuerpo de Michael, me di cuenta de que él jamás volvería. Eso fue el final de todo... Michael se había ido.

Esa noche, los dos chicos durmieron conmigo. Jennifer y yo nos pusimos camisas de Michael para ir a la cama. Yo sentía que no pertenecía a ninguna parte, como si ya no hubiera podido encajar en ningún lado. Estaba completamente perdida, sola.

Lo mejor que podía hacer era irme, de modo que llevé a los chicos cuatro semanas a Hawaii. Fuimos a un lugar que Michael y yo queríamos mucho. Fue muy duro, porque él no estaba allí. Pero fue incluso más

difícil volver a casa, sabiendo que Michael no iba a estar esperándonos. Estamos mejorando, pero todo lleva su tiempo. Los chicos todavía duermen conmigo a veces, aunque no tan a menudo como al principio. Eso sí, parecen necesitar que los abracen más a menudo. Y yo sigo pasando momentos muy difíciles. Hace unos días, estaba en la autopista y salí por el camino equivocado. Terminé en el estudio. Allí era adonde, con los chicos, íbamos a visitar a papá. Eso era una parte muy importante de nuestra vida. Pero Michael se ha ido, y nuestra vida está cambiando.

Es extraño, pero antes de que Michael muriese, yo le tenía miedo a la muerte. Me preocupaba por las enfermedades, o a veces por el solo hecho de subir a un avión. Ahora ya no tengo miedo. La vida es demasiado corta. Uno nunca sabe, de modo que es más conveniente hacer que cada momento sea lo mejor posible.

Cuando pienso en Michael, lo que más recuerdo es cómo apreciaba la vida y con cuánta fuerza amaba a su familia. El nuestro fue un buen matrimonio: Michael siempre estaba allí para mí, y yo siempre estaba allí para él. Una vez, después del diagnóstico, me dijo que, pasara lo que pasare, él podría manejarlo. "Tuve una vida increíble —dijo—, una gran felicidad." Lo extraño todos los días, pero sé que, dondequiera que esté, se siente bien, feliz... Y también sé que algún día lo volveré a ver.

*Cindy Landon
en colaboración con Kathryn Casey*

Un último adiós

He anhelado estar cerca de ti, te llamé con todo mi corazón; y cuando fui hacia ti, te encontré viniendo hacia mí.

Judah Halevi

La habitación del hospital, silenciosa y oscura, se había convertido en algo casi irreal a medida que el día pasaba con lentitud, como si yo hubiera estado viendo una representación en un teatro en tinieblas. Sin embargo, la escena era tristemente real: mi hermano, mi hermana y yo, cada uno perdido en sus propios pensamientos, sin dejar de mirar cómo nuestra madre, sentada junto a la cama de papá, sosteniéndole la mano le hablaba suavemente, aun cuando él estaba inconsciente. Al cabo de años de soportar el dolor y las indignidades de una enfermedad terminal, papá se hallaba próximo al final de su lucha y se había deslizado calladamente hacia un coma, esa mañana temprano. Sabíamos que la hora de su muerte se avecinaba.

Mamá dejó de hablarle, y noté que estaba mirando sus anillos de bodas con una ligera sonrisa

en el semblante. Yo también sonreí, consciente de que ella pensaba en el ritual que había durado a lo largo de los cuarenta años de su matrimonio. Mamá, llena de energía, nunca quieta, terminaba invariablemente con el anillo de compromiso y el de casamiento enroscados y torcidos. Papá, siempre calmo y ordenado, le tomaba la mano y con mucho cuidado se los enderezaba hasta dejarlos en su lugar. Aunque era muy sensible y tierno, no pronunciaba con facilidad las palabras “te amo”, de modo que expresaba sus sentimientos de muchas pequeñas maneras, como aquélla.

Después de una larga pausa, mamá se volvió hacia nosotros y dijo con voz débil y triste:

—Sabía que papá nos dejaría pronto, pero se fue en forma tan repentina que no tuve oportunidad de despedirme y decirle por última vez que lo amaba.

Incliné la cabeza, deseosa de rezar para pedir un milagro que les permitiera compartir su amor en el final, pero mi corazón estaba tan lleno de pena que no se me ocurrieron las palabras.

En ese momento sabíamos que sólo restaba esperar. Mientras la noche transcurría, uno por uno nos habíamos adormilado, y la habitación estaba silenciosa. De repente, nos despertamos sobresaltados. Mamá había empezado a llorar. Temiendo lo peor, nos levantamos para consolarla. Pero, para sorpresa nuestra, nos dimos cuenta de que sus lágrimas eran de alegría. Porque, al seguir la dirección de su mirada, vimos que todavía sostenía la mano de nuestro padre, pero que, de alguna manera, su otra mano, la de él, se había movido un poco y descansaba suavemente sobre la de mamá.

Sin dejar de sonreír a través de las lágrimas, ella nos explicó:

—Por un instante, me miró. —Hizo una pausa, y volvió a bajar la vista hacia su mano. —Luego —susurró con una voz ahogada por la emoción— me arregló los anillos.

Papá murió una hora más tarde. Pero Dios, en su infinita sabiduría, sabía lo que había en nuestro corazón antes de que ninguno de nosotros se lo pidiera. Nuestra plegaria fue contestada de una manera que todos atesoraremos durante el resto de nuestra vida.

Mamá había recibido su adiós.

Karen Corkern Babb

*A lo largo de los años
caminaré contigo...
en profundas selvas verdes;
en costas de arena;
y cuando nuestro tiempo
en la tierra se acabe,
en el cielo también
tendrás
mi mano.*

Robert Sexton

Sobre los autores

Jack Canfield es uno de los más reconocidos expertos norteamericanos en el campo del desarrollo del potencial humano y la eficiencia personal. Con regularidad brinda charlas motivadoras e informativas en asociaciones profesionales, distritos escolares, agencias gubernamentales, iglesias, hospitales y empresas. También participa habitualmente en programas de televisión como *Good Morning America*, *20/20* y *NBC Nightly News*.

Es coautor de numerosos libros, entre ellos la serie *Chocolate caliente para el alma* —publicada por Editorial Atlántida—, *Dare to Win* y *The Aladdin Factor* (con Mark Victor Hansen), *100 Ways to Build Self-Concept in the Classroom* (con Harold C. Wells) y *Heart at Work* (con Jacqueline Miller).

Para mayor información sobre los libros, cintas y programas de entrenamiento de Jack Canfield, dirigirse a:

Self Esteem Seminars

P. O. Box 30880 - Santa Barbara, CA 93130

fax: 805-563-2945

sitio en la Web: www.chickensoup.com

Mark Victor Hansen es un disertante profesional sobre temas tales como excelencia en ventas y estrategias, mayor capacidad personal y desarrollo y cómo triplicar los ingresos y duplicar el tiempo libre. Su mensaje lo ha convertido en una personalidad popular en los medios, con apariciones en las

principales cadenas de televisión y radio, así como entrevistas en numerosas revistas.

Además de los libros de la serie *Chocolate caliente para el alma* escritos con Jack Canfield, es autor de *Future Diary*, *How to Achieve Total Prosperity* y *The Miracle of Tithing*. También ha creado una amplia colección de cintas en audio y vídeo de programas de enriquecimiento personal.

Para mayor información sobre Mark Victor Hansen, contactarse con:

MVH & Associates

P. O. Box 7665

Newport Beach, CA 92658

fax: 714-722-6912

sitio en la Web: www.chickensoup.com

Barbara De Angelis, doctora en filosofía, ha llegado a millones de personas en todo el mundo con mensajes positivos e inspiradores a través de sus conferencias y de su activa participación en los medios. Durante dos años, apareció semanalmente en CNN como experta en relaciones, tuvo su propio programa de televisión para la cadena CBS, así como un popular talk show radial. Con frecuencia concurre como invitada a importantes programas como el de Oprah y el de Geraldo.

Fue fundadora y, durante doce años, directora ejecutiva de Los Angeles Personal Growth Center. Es autora de nueve best sellers, entre ellos *How to Make Love All The Time*, *Secrets About Men Every Woman Should Know* y *Are You the One for Me?*

Para mayor información sobre Barbara De Angelis, dirigirse a:

Shakti Communications
12021 Wilshire Boulevard, Suite 607
Los Angeles, CA 90025
e-mail: shakti97@aol.com

Mark y Chrissy Donnelly son un ejemplo del tipo de pareja que retratan las historias de *Chocolate caliente para el alma de la pareja*. Mark, ex vicepresidente de marketing de una exitosa empresa de la industria de la construcción, es en la actualidad presidente de The Donnelly Marketing Group que lleva el mensaje de *Chocolate caliente* a todo el mundo a través de proyectos especiales. Chrissy, por su parte, se desempeñaba como contadora en Price Waterhouse.

En este momento, ambos trabajan en cuatro nuevos títulos de la serie. Se los puede contactar en:

3104 E. Camelback Rd., Suite 531
Phoenix, AZ 85016
fax: 602-508-8912
e-mail: soup4soul@home.com

Colaboradores

Varias de las historias de este libro fueron tomadas de material ya impreso: libros, revistas y periódicos. Estas fuentes están mencionadas en la sección de autorizaciones. Sin embargo, la mayor parte de los relatos han sido escritos por humoristas, comediantes, disertantes profesionales, conductores de talleres de trabajo. Si usted desea contactarse con ellos en busca de información, puede encontrarlos en las direcciones y números telefónicos que aparecen más abajo.

El resto de las historias fueron presentadas por lectores de nuestros libros anteriores de *Chocolate caliente para el alma*, quienes respondieron a nuestro pedido de material para publicación. También hemos incluido información sobre ellos.

Susan Ager es columnista de *Detroit Free Press*, y se ha especializado en el tema de las elecciones que hace la gente. Casada desde hace trece años con el mismo hombre, ha sido testigo de cómo se hacen y deshacen las parejas entre sus parientes y amigos. Se la puede ubicar en 600 W. Fort, Detroit, MI 48266, o por e-mail en ager@freepress.com

“No dejes de sonreír” es el lema de **Laura Jeanne Allen**. Estudiante de periodismo en la Universidad de Missouri-Columbia, reside en Rochester, Nueva York. “Ava” está dedicado a Alice McAndrews, su abuela ya fallecida, y a todos aquellos cuyas historias quedan sin contarse. Un agradecimiento especial a sus “admiradores número uno y número dos”, y al hombre maravilloso con quien comparte una pareja del alma. Laura puede ser ubicada en laurabeans@hotmail.com

Karen Corkern Babb vive en Baton Rouge, Louisiana, con su esposo, Barry, y su hijo de cinco años, el pelirrojo Collin Gabriel. Es directora ejecutiva de Louisiana Association of Museums. Además

de su título de licenciada en Historia del Arte de la Universidad del Estado de Louisiana, posee un master de museología con orientación en administración, de la Universidad Técnica de Texas. Ha ocupado varios cargos en museos, pero el más reciente fue en el de West Baton Rouge, donde se desempeñó como su primera directora profesional. Los últimos cinco años han estado llenos de acontecimientos para ella y le aportaron muchas lecciones de vida, dado que su familia ha tenido que luchar contra el cáncer de su esposo. La batalla resultó exitosa, y la historia de la enfermedad de su padre y el último adiós entre él y su madre le recuerda siempre que debe dar gracias de que todavía no le haya llegado la hora para su propia despedida.

Maggie Bedrosian es propietaria de una empresa y entrenadora ejecutiva, especializada en ayudar a que las personas produzcan resultados puntuales con innata facilidad. Es autora de tres libros, entre ellos *Life Is More Than Your To-Do List* y *Blending Business Success with Personal Satisfaction*. Maggie ha sido presidenta de la delegación de la American Society for Training and Development, Washington, D.C., y también presidió el Writing/Publishing Group of the National Speakers Association. Para comunicarse con Maggie puede llamar al 301-460-3408.

Carole Bellacera publicó sus trabajos en revistas y periódicos, tales como *Woman's World*, *Endless Vacation* y *The Washington Post*. Su primera novela, *Border Crossings*, editada por Forge Books, apareció en mayo de 1999.

Thelda Bevens tiene setenta años y vive en Bend, Oregon. Se jubiló como docente de Literatura en el nivel medio; es madre de dos hijos varones y abuela de siete nietos. En 1993, perdió a su esposo a causa de un cáncer, luego de cuarenta y siete años de matrimonio. Thelda escribió de su paso por el dolor basándose en sus propios recuerdos personales. Luego de varios años de dolor y cura, Thelda se siente agradecida y feliz por estar empezando una nueva vida con su esposo, Wayne Wiggins.

Don Buehner está al frente de sus propios negocios en Salt Lake City, Utah, donde reside con su esposa, Susan, y su hijo de seis meses

Teancum. Tiene título de licenciado en Administración de Empresas, BYU. La historia incluida en este libro la dedicó a su hijita, Cesca Alice (1994-1997). Don puede ser localizado a través del e-mail en donbuehner@allwest.net, o en 2584 N.Sr. 32, Marion, UT 84036, teléfono 435-783-673 o fax 435-783-6736.

Katharine Byrne es viuda de un director de escuela de Chicago, madre de cinco hijos y abuela de nueve nietos. Es autora de más de cincuenta ensayos que fueron publicados en periódicos y revistas. En la actualidad es asistente legal de una de sus hijas.

Diana Chapman ha sido periodista durante catorce años, y como tal trabajó en el *San Diego Union*, y en *Los Angeles Times*. Se especializa en casos de interés humano y en la actualidad está preparando un libro que se refiere a temas relacionados con la salud, dado que en 1992 le fue diagnosticada una esclerosis múltiple. Tiene nueve años de casada y un hijo, Herbert "Ryan" Hart. Puede ser ubicada en P.O. Box 414, San Pedro, CA 90733, o llamando al 310-548-1192.

Shari Cohen es autora de once libros, dirigidos a los niños y a jóvenes adultos; también escribe sobre temas de la vida familiar. Sus artículos aparecen en muchas revistas femeninas y en periódicos de todo el país. Shari fue incluida recientemente en *Chicken's Soup for Mother's Soul*. Vive en Woodland Hills, California, con su esposo Paul, y sus tres hijos adolescentes, Barry, Adam y Stephanie. Puede ser ubicada en P.O.Box 6593, Woodland Hills, CA 91365.

Ann W. Compton es contadora en Pulliam Investment Company, Inc. Tras la muerte de su esposo se inscribió en la universidad, donde asistió a clases de redacción y coeditó el periódico de la ciudad universitaria. Más tarde comenzó a colaborar en el boletín de noticias del hospicio local y escribió "La espera" para ilustrar la importancia de ocuparse tanto de los pacientes como de quienes los cuidan. Puede ser ubicada en 116 Compton Dr., Wellford, SC 29385, o llamando al 864-439-8305.

Karen Culver es autora de varias novelas románticas. Atribuye a sus padres su capacidad para escribir acerca de relaciones donde haya amor y compromiso. Se la ubica por e-mail en KayCee101@juno.com. Maxine M. Davis nació en Salem, Oregon. Graduada de la escuela

de enfermería del Good Samaritan Hospital en 1953, fue administradora de quirófano en el Blue Mountain Hospital entre 1953 y 1954. Maxine se casó con Harold en 1954 y tuvieron dos hijas, Jacqueline y Julie. Permaneció en su casa durante diez años junto a ellas y retornó a su profesión en 1965. Trabajó en el quirófano del Southern Oregon Medical Center, retirándose como directora de Servicios Quirúrgicos en junio de 1994. Maxine ha sido miembro de las siguientes organizaciones: Association of Operating Room Services, Coalition for Kids, Citizens Review Board, Rotary International y Northwest Medical Teams. Tiene cinco nietos.

T. Suzanne Eller es madre de Leslie, Ryan y Melissa, ahora todos adolescentes. Con Richard celebró su aniversario número diecinueve el año pasado. Sobrevive a un cáncer de mama desde hace siete años; ha convertido en realidad su sueño de escribir en forma independiente, logrando ser aceptada y publicada en varios periódicos y revistas.

Bonnie Furman es una mujer de negocios que ha sido administradora y propietaria de un negocio de mascotas. En la actualidad, es consultora laboral. Vive en el hermoso Pacific Northwest y disfruta haciendo caminatas, andando en bicicleta y dedicándose a la jardinería. Su pasión por la naturaleza y los animales la ayuda a permanecer vinculada con lo que es realmente importante en la vida. Bonnie puede ubicarse en 2446 1st Ave. W., Seattle, WA 98119, o por e-mail al Bfurman@seanet.com.

Ken Grote es nativo de Florida; tiene cuarenta y ocho años y ha estado casado con Joan durante veintinueve. Tienen dos hijos ya mayores. Siempre le gustó escribir y hablar con la gente, y considera que eso es bueno, dado que muchas personas, no bien lo conocen, sienten que es fácil comunicarse con él. Ken ha escuchado historias de la gente con temas que abarcan desde el primer día de escuela hasta intentos fracasados de suicidio y dice que, si le dieran un dólar por cada vez que oyó decir la frase "No puedo creer que le esté contando esto", podría jubilarse... Pero no lo haría. A Ken le gusta escuchar y escribir sobre esas historias.

Nick Harrison es escritor y editor; vive en Eureka, California, con

su esposa Beverly. Entre sus libros se cuentan *Promises to Keep: Daily Devotions for Men Seeking Integrity* y *365 WWJD? Daily Answers to "What Would Jesus Do?"*. En la heladera de los Harrison hay dos marcas de mayonesa.

Justin R. Haskin tiene veintiún años y está cursando el penúltimo año en Macalester College, St. Paul, Minnesota. Juega al béisbol, escribe para el periódico escolar y piensa estudiar Derecho. También piensa ser autor de un libro, y cree firmemente en el poder del espíritu humano y en la voluntad de los decididos. Le gustaría expresar su amor incondicional por su madre, "la persona más fuerte que he conocido", como asimismo le gustaría agradecer a esas personas especiales que han dado forma a su vida. Y a su padre: "Te extraño". Puede ser ubicado en 1600 Grand Ave., St. Paul, MN 55105.

Thom Hunter es un autor orientado hacia los temas relativos a la familia, además de disertante y escritor independiente, que lleva humor a la realidad. Sus libros incluyen, entre otros, *Those Not-So-Still Small Voices* y *Like Father, Like Sons... and Daughters, Too*. Thom y Lisa, su esposa, tienen cinco hijos: Zachary, Russell, Donovan, Patrick y Lauren. Viven en Norman, Oklahoma. Se lo puede ubicar en: 405-329-6773; por fax: 405-278-45628; o por e-mail en: TH2950@sbcc.com.

Patsy Keech sigue encontrando nuevas alegrías en la vida por ser madre de Connor. Se trata de una disertante motivadora, una maestra creativa y una amante de la vida. Desde la muerte de Derian, Patsy y su esposo Robb, han creado la Spare Key Foundation, que ofrece apoyo a padres de niños gravemente enfermos. El hecho de trabajar juntos y ayudar a otras familias ha transformado el aislamiento causado por el dolor y ha unido a Patsy y Robb en un mismo apasionado objetivo. Existe más información sobre Spare Key en www.SpareKey.org. "El regalo de amor de Derian" es un extracto del próximo libro de Patsy, *Mothering an Angel*. Patsy puede ser ubicada en P.O.Box 612, St. Paul, MN 55075, teléfono: 612-451-2487, o por e-mail: Pkeech@SpareKey.org.

Lilian Kew es analista financiera, graduada en finanzas internacio-

nales. También dirige seminarios sobre desarrollo humano y participa de actividades de caridad locales, porque cree en retribuir a la comunidad.

Laura Lagana es enfermera profesional especializada en ortopedia, escritora, disertante y consultora. Es miembro de la National Speakers Association, de la Liberty Bell Speakers Association, de la American Nurses Association, de la Pennsylvania State Nurses Association, y de la National Association of Orthopaedic Nurses. Trabaja con gente que quiere sentirse mejor y con organizaciones que quieren empleados excepcionales. Se la encuentra en Success Solutions, P.O.Box 7816, Wilmington, DE 19810, o llamando al 302-475-4825. Su e-mail es Nurseangel@juno.com; su sitio Web es: <http://www.angelfire.com/de/lagana>.

Lorraine Lengkeek creció en una granja de Dakota del Sur y se trasladó a Michigan, donde se casó. Tiene cinco hijos, quince nietos, un bisnieto y otro en camino. Lorraine fue una de esas madres que se quedan en su casa, y luego se convirtió en niñera de sus quince nietos, todos los cuales la mantuvieron muy ocupada.

Jacklyn Lee Lindstrom proviene de la amistosa ciudad de Savage, Minnesota, y recientemente se retiró de la fuerza laboral. Ahora por fin ha podido dedicarse a sus dos amores: la literatura y la pintura. Publicó en *Chicken's Soup for the Mother's Soul* y en *First for Women*. Le gusta escribir sobre el aspecto más light de la vida en familia porque, como ella dice, después de haber criado chicos, caballos y perros, las sonrisas duran más que las lágrimas y producen mejores arrugas. Puede ser ubicada en 13533 Lynn Ave. S, Savage, MN 55378, o llamando al 612-890-9333.

Ray L. Lundy es un sacerdote poeta y disertante. Escribe artículos para revistas y para una columna semanal de un periódico local. También ha escrito un libro inspirador titulado *Special Heroes*. Se lo puede localizar en P.O.Box 217, Fair Bluff, NC 28439, o llamando al 910-649-7178.

David A. Manzi es abogado en Charlotte, Carolina del Norte. Está casado con Patricia Mary Manzi, directora de recursos humanos en Mecklenburg County EMS. Su hija, Marisa Lyn Manzi, es candidata

al título de doctora en Filosofía en la Universidad de Alabama. A David lo encontrará en 1216 Greylyn Dr., Weddington, NC28104, o llamando al 704-814-4229.

Jann Mitchell es columnista y redactora de secciones especiales en el periódico *The Oregonian*, de Portland. Escribe las columnas "Relatando", "Viviendo simplemente" y "Planteando la pregunta". También es autora de la serie *Sweet Simplicity* (Beyond Words Publishing), que incluye *Love Sweeter Love: Creating Relationships of Simplicity and Spirit*, y *Home Sweet Home: Creating a Haven of Simplicity and Spirit*. Es una famosa disertante, conocida por su humor y clarividencia; su taller de trabajo más popular es *Simplifying Your Life*. Se la puede encontrar en el 503-221-8516.

Cynthia C. Muchnick fue estudiante no graduada en la Universidad de Stanford, donde conoció a su actual esposo, Adam. Durante unas vacaciones de primavera, ella y Adam se encontraban en París, y él planteó la pregunta fatal que despertó el interés de Cindy por reunir historias sobre propuestas de matrimonio. De allí nacieron *Will You Marry Me?* y *The World's Most Romantic Proposals*, seguidos por *101 Ways to Pop the Question*. Es experta en relaciones de noviazgo y trabaja como columnista y vocera para la revista *Honeymoon*. Su libro más reciente, *The Best College Admission Essays*, es una guía para estudiantes del colegio secundario que se disponen a abordar el ingreso a la universidad.

Para contactarse con ella a fin de obtener más información sobre sus libros o establecer fechas para eventuales charlas, su e-mail es: MarryMe123@aol.com. Su teléfono es 949-644-4135.

Marguerite Murer es disertante profesional, educadora y asistente ejecutiva del presidente del Texas Rangers Baseball Club. Combinando sus antecedentes educativos con sus singulares experiencias en béisbol, Marguerite inspira y brinda energía a sus oyentes para que realicen buenas jugadas en la vida. Se la puede ubicar en 5515 Ridgetown Cir., Dallas, TX 75230, teléfono: 972-233-5238; e-mail: mmurer@texasrangers.com.

Margie Parker vivió en Florida durante más de cuarenta años —sin enmohecerse—, lo cual seguramente debe ser un récord. Tiene tres

hijos adultos, todos los cuales son maravillosos, inteligentes y trabajadores. En la actualidad el entorno familiar de los Parker está integrado por la autora, un gato maniático, un perro Labrador manto negro, numerosos pececitos siempre preñados, y el esposo, Jim, para quien fue escrito "Amor sin palabras".

Daphna Renan en la actualidad vive en Yale. Se mudó seis veces antes de ingresar en sexto grado, y fue durante esos años tempranos cuando aprendió el significado de las amistades profundas y duraderas. A Daphna le gustaría agradecer a quienes han llenado su vida de amor, risas y aprendizaje.

Joanna Slan es una influyente disertante profesional, cuyos trabajos aparecen en otros cuatro libros de la serie *Chicken Soup for the Soul*. Slan es una experta narradora de historias que celebra la sacralidad de lo cotidiano. Es autora de *Using Stories and Humour: Grab Your Audience* y *I'm Too Blessed to be Depressed*. Para solicitar catálogos o pedir fecha para una charla de Joanna con su grupo, sírvase llamar a 888-BLESSED (253-7733), o enviar un e-mail a: JoannaSlan@aol.com.

Bryan Smith es reportero del *Chicago Sun-Times* y frecuente colaborador en la revista *Reader's Digest*. Terminó sus estudios en la Universidad de Maryland en el año 1989. Ha sido honrado con numerosos premios literarios, entre ellos varios homenajes por trabajos para secciones especiales otorgados por la American Association of Sunday and Feature Editors, la Amy Foundation, la Virginia Press Association y la Oregon Newspaper Press Association. El *Sun-Times* ha presentado su trabajo para el premio Pulitzer.

Roxanne Willems Snopek vive en Abbotsford, Columbia Británica. Su vida se desarrolla alrededor de tres hijas fabulosas que estudian mucho, su esposo, que es veterinario, tres gatos, dos cacaúas y un galgo. Da clases a estudiantes de veterinaria, escribe siempre que puede, ¡y adora las buenas historias de amor! Se le puede mandar un e-mail a: 5alive@bc.sympatico.ca

Elizabeth Songster ha sido copropietaria, junto con su hermano, de una empresa durante dieciocho años. Allied Micro-Graphics es una agencia de servicios de información y documentación. Elizabeth asistió a la Universidad de New Hampshire y obtuvo el diploma de

cursos para padres. Su esposo, Daniel, el hijo de él, Cris, y sus tres hijos, Clint, Richard y Jeb, tal vez la superen en número, pero ella siempre fue "la jefa". Elizabeth ha escrito desde el colegio secundario, y ha publicado una serie de libros para niños. En la actualidad, trabaja con su hermana en un libro de cocina basado en las recetas de su familia, de origen griego. La experiencia de su esposo en el desfiladero, del cuento "Tallado en su corazón", fue para todos sus hijos un ejemplo increíble de amor y altruismo, y también de romanticismo. Comuníquese con los Songster escribiendo a 23522 Cavanaugh Rd., Lake Forest, CA 92630, o llame al 949-768-0783.

Barbara D. Starkey tiene sesenta y dos años, es viuda, madre de dos hijas y dos hijos, y abuela de siete nietos. Es directora general del *Union County Advocate*, en Morganfield, Kentucky. Sus hobbies consisten en la decoración de tortas, escribir, hacer manualidades, coser y atender a sus nietos. En el pasado, Barbara fue propietaria de varios centros de asistencia diurna y de una panadería; también actuó en el campo inmobiliario como intermediaria, martillera y agente de seguros.

LeAnn Thieman es autora, y además disertante aclamada a nivel nacional. Miembro de la National Speakers Association, LeAnn motiva a sus oyentes para que de veras vivan sus prioridades y equilibren sus vidas física, mental y espiritualmente, con el fin de lograr un cambio en el mundo. Es coautora de *This Must Be My Brother*, un libro donde se describe su rol en el audaz rescate de trescientos bebés en el puente aéreo de huérfanos de Vietnam. Para pedir información sobre sus libros, tapes y presentaciones, se la puede contactar en 112 N. College, Fort Collins, CO 80524, teléfono: 800-877-THIEMAN, online: www.LeAnnThieman.com.

Kim Lonette Trabucco y su familia residen en Maine. Más conocida como "Señora Kim", se la puede encontrar habitualmente realizando tareas voluntarias en las aulas, o escribiendo libros para niños. En la actualidad busca esa "gran oportunidad" que la mayoría de los escritores noveles quieren encontrar. Por favor, no dude en escribirle a P.O.Box 260, Portland, ME 04114.

Dorothy Walker nació en Dover, New Hampshire. Se casó con Harold Bean Walker y celebraron cincuenta y dos años de matrimonio. Fueron bendecidos con nueve hijos, y Dorothy con dos grandes hijastros, David y Burton Walker. Sus hijos son Pam, Harold Jr., Judy, John, Kerry, Steve, Richard, Syrene y Doretta. Dorothy crió a su nieta Sally, dado que su hija Pam murió en un accidente de auto. Dorothy se mantiene con su seguro social, y cuando los parientes y los amigos se preguntan cómo puede vivir con sus cheques semanales, ella sonríe y les recuerda que, cuando se casó, ¡se vivía muy bien con treinta y cinco dólares por semana!

David L. Weatherford, doctor en Filosofía, es psicólogo de niños y escritor independiente. Escribe poemas, canciones y ensayos sobre el amor, las relaciones humanas, la superación de la adversidad y cuestiones espirituales. En la actualidad trabaja en su segundo libro, en el que estudia el rol del sufrimiento en la vida. David utiliza muchas fuentes para sus variados escritos, pero sus poemas románticos están inspirados por su mejor amiga y alma gemela, Laura. David puede localizarse en 1658 Doubletree Ln., Nashville, TN 37217.

Bob Welch es editor de secciones especiales de *The Register-Guard*, un periódico de Eugene, Oregon, y autor de *A Father for All Seasons*. Han publicado sus escritos el *Reader's Digest*, *Sports Illustrated* y *Focus on the Family*. Bob puede ser ubicado en 409 Sunshine Acres Dr., Eugene, OR 97401, o por e-mail: bwelch1@concentric.net.

Jeannie S. Williams es frecuente colaboradora de los libros *Chocolate caliente*. Es escritora, disertante y maga profesional. Conduce dinámicas presentaciones relacionadas con el desarrollo personal, problemas de padres y estudiantes, usando su "magia" como instrumento didáctico. Jeannie es presidenta y fundadora de "Liberen la magia", talleres de escritura creativa, y ha hablado para el público durante años, con su especial mezcla de creatividad y humor. Comparte la magia del trabajo con niños en su libro más reciente, *What Time Is Recess?* Sus tres nietas, Tate, Kalli y Jayci llenan su vida de magia, todos los días. Jeannie puede localizarse en P.O.Box 1476, Sikeston, MO 6381.

Autorizaciones

Queremos agradecer a los siguientes editores y personas que nos otorgaron su autorización para publicar el material utilizado en este libro. (Nota: las historias anónimas, las que son de dominio público, o las que fueron escritas por Jack Canfield, Mark Victor Hansen, Barbara De Angelis, Mark Donnelly o Chrissy Donnelly no están incluidas en este listado.)

Pensando en ti. Reproducida con autorización de Alicia von Stamwitz. Copyright 1998 Alicia von Stamwitz.

Alguien que me cuide. Reproducida con autorización de Sharon M. Wadja. Copyright 1998 Sharon M. Wadja.

Hambre de tu amor. Reproducida con autorización de Herman y Roma Rosenblat. Copyright 1998 Herman y Roma Rosenblat.

Ava. Reproducida con autorización de Laura Jeanne Allen. Copyright 1998 Laura Jeanne Allen.

Una historia de amor irlandesa. Reproducida con autorización de George Target. Copyright 1998 George Target.

¿Malva intenso o borravino apagado? Reproducida con autorización de T. Suzanne Eller. Copyright 1998 T. Suzanne Eller.

Una tierna caricia. Reproducida con autorización de Daphna Renan. Copyright 1998 Daphna Renan.

Una prueba de fe. Reproducida con autorización de Bryan Smith. Copyright 1998 Bryan Smith.

Mercadería dañada. Reproducida con autorización de Joanna Slan. Copyright 1998 Joanna Slan.

La profecía de la galleta de la suerte. Reproducida con autorización de Don Buehner. Copyright 1998 Don Buehner.

Nudista por amor. Reproducida con autorización de Carole Bellacera. Copyright 1998 Carole Bellacera.

Limonada y una historia de amor. Reproducida con autorización de

Justin R. Haskin. Copyright 1998 Justin R. Haskin.

Una segunda oportunidad, Donde el amor toca tierra y ¿Existe de verdad un Príncipe Azul? Reproducidas con autorización de Diana Chapman. Copyright 1998 Diana Chapman.

Salvando la vida de mi esposo. Reproducida con autorización de Lorraine Lengkeek. Copyright 1998 Lorraine Lengkeek.

Sólo marque el 911. Extraída de *101 Ways to Pop the Question y Will You Marry Me? The World's Most Romantic Proposals.* Reproducida con autorización de Cynthia C. Muchnik y Marie y Michael Pope. Copyright Cynthia C. Muchnik, y Marie y Michael Pope.

¿Cómo te amo? Reproducida con autorización de Lilian Kew. Copyright 1998 Lilian Kew.

Buenos augurios. Reproducida con autorización de Katharine Byrne y America Press, Inc., 106 West 56th St., Nueva York, NY 10019. Publicada originalmente en los Estados Unidos.

Amor sin palabras. Reproducida con autorización de Margie Parker. Copyright 1998 Margie Parker.

Inseparables. Reproducida con autorización de Susan Ager. Copyright 1998 Susan Ager.

La tarjeta para anotar tantos. Reproducida con autorización de Marguerite Murer. Copyright 1998 Marguerite Murer.

Conectándose. Reproducida con autorización de Thom Hunter. Extraída de su libro *Those Not-So-Still Small Voices.* Copyright 1998 Thom Hunter.

Roles invertidos y Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer. Extraídas de *The Best of Bits & Pieces.* Reproducidas con autorización de The Economics Press, Inc. 1-800526-2554.

Una situación tirante. Reproducida con autorización de Barbara D. Starkey. Copyright 1998 Barbara D. Starkey.

La guerra de las mayonesas. Reproducida con autorización de Nick Harrison. Copyright 1998 Nick Harrison.

El regalo de amor de Derian. Reproducida con autorización de Patsy Keech. Copyright 1998 Patsy Keech.

Tallado en su corazón. Reproducida con autorización de Elizabeth Songster. Copyright 1998 Elizabeth Songster.

Zapatillas nuevas. Reproducida con autorización de Kim Lonette Trabucco. Copyright 1998 Kim Lonette Trabucco.

Amame tiernamente. Reproducida con autorización de LeAnn Thieman. Copyright 1998 LeAnn Thieman.

Una leyenda de amor. Reproducida con autorización de LeAnn Thieman. Copyright 1998 LeAnn Thieman.

Pertenencia. Reproducida con autorización de Bob Welch. Copyright 1998 Bob Welch.

Alguien a quien tener. Reproducida con autorización de Maxine M. Davis. Copyright 1998 Maxine M. Davis.

Sacando fotos. Reproducida con autorización de Ken Grote. Copyright 1998 Ken Wrote.

El guiño. Reproducida con autorización de Karen Culver. Copyright 1998 Karen Culver.

Las botitas rojas. Reproducida con autorización de Jeannie S. Williams. Copyright 1998 Jeannie S. Williams.

Un vínculo inquebrantable. Reproducida con autorización de Jann Mitchell. Copyright 1998 Jann Mitchell.

Los miércoles. Reproducida con autorización de David A. Manzi. Copyright 1998 David A. Manzi.

Por siempre joven. Reproducida con autorización de Shari Cohen. Copyright 1998 Shari Cohen.

Todavía te amo. Reproducida con autorización de Geoffrey Douglas. Copyright 1998 Geoffrey Douglas.

Sólo un martes. Reproducida con autorización de Dorothy Walker. Copyright 1998 Dorothy Walker.

Nena, tú eres... Reproducida con autorización de David L. Weatherford. Copyright 1998 David L. Weatherford.

En nuestro vigésimo aniversario de casados. Reproducida con autorización de Maggie Bedrosian. Copyright 1998 Maggie Bedrosian.

Sonríe a quien amas. Reproducida con autorización de Eileen Egan. Extraída de *Such a Vision of the Street* (Doubleday). Copyright 1998 Eileen Egan.

Arroz con leche. Reproducida con autorización de Roxanne Willems

Snopek. Copyright 1998 Roxanne Willems Snopek.

Una señal de su amor. Reproducida con autorización de Patricia Forbes. Copyright 1998 Patricia Forbes.

La espera. Reproducida con autorización de Ann W. Compton. Copyright 1998 Ann W. Compton.

Amor después del divorcio. Reproducida con autorización de Bonnie Furman. Copyright 1998 Bonnie Furman.

El baile. Reproducida con autorización de Thelda Bevens. Copyright 1998 Thelda Bevens.

El último pedido de Sarah. Reproducida con autorización de Ray L. Lundy. Copyright 1998 Ray L. Lundy.

Un beso más de Rose. Reproducida con autorización de Laura Lagana. Copyright 1998 Laura Lagana.

La vida sin Michael. Reproducida con autorización de Kathryn Casey. Copyright 1998 Kathryn Casey.

Un último adiós. Reproducida con autorización de Karen Corkern Babb.

El último pedido de Sarah

Puedo tener toda la sabiduría y entender todos los secretos; puedo tener toda la fe necesaria para mover montañas... pero si no tengo amor, no soy nada.

1 Cor. 13:2

La muerte acechaba a Sarah. El médico, uno de los pocos que hacía visitas a domicilio, acababa de salir de su cuarto cuando le dio a Frank, su esposo, la noticia inevitable:

—Le quedan pocas horas de vida. Si sus hijos quieren verla por última vez, deben venir tan pronto como les sea posible. Frank, voy a decirlo de nuevo: es cuestión de horas. Lo siento mucho. Llámeme si me necesita.

Con esas palabras ardiendo en su mente, Frank extendió débilmente la mano para saludar al médico.

—Gracias, doctor. Lo llamaré.

“Cuestión de horas”. La frase retumbaba en los laberintos de la mente de Frank, mientras él observaba cómo el bondadoso médico se alejaba a bordo de su auto. La noche se acercaba con rapidez cuando

Chocolate caliente *para el Alma* DE LA PAREJA

Esta colección de historias reales, íntimas e inspiradoras rinde homenaje a la capacidad que tiene el amor para perdurar más allá del tiempo, de la distancia, de las dificultades, e incluso de la muerte. Cada relato captura momentos característicos del amor: los tiernos comienzos, la profundización de la intimidad, las pruebas de fuego, las despedidas. Algunas historias lo ayudarán a renovar la pasión; otras, a apreciar cómo el amor permite crecer; otras le confirmarán la idea de que, aunque el amor nos desafía y nos bendice a cada uno de un modo exclusivo y personal, esas experiencias se pueden compartir.

Chocolate caliente para el alma de la pareja es un libro que atraparé a todo aquel que alguna vez estuvo enamorado, lo está ahora, o espera estarlo en el futuro. Sus historias dejarán una huella indeleble en el corazón y servirán de modelo para una vida llena de alegría, esperanza y gratitud.

ISBN 978-950-08-2312-8

